

C U A T R O
C O N F E R E N C I A S



“GRANDES ESCRITORES ARGENTINOS”

Director: Alberto Palcos

OBRAS PUBLICADAS

- I.—Domingo F. Sarmiento: *Discursos Populares*.
- II.—Juan B. Alberdi: *Autobiografía*. La evolución de su pensamiento.
- III.—Lucio V. Mansilla: *Retratos y Recuerdos*.
- IV.—Juan B. Alberdi: *Viajes y Descripciones*.
- V.—Nicolás Avellaneda: *Discursos Selectos*.
- VI.—Domingo F. Sarmiento: *Cuatro Conferencias*.

EN PRENSA

- VII.—General Tomás Guido: *San Martín y la Gran Epopeya*

R.15.090

GRANDES ESCRITORES ARGENTINOS

Director: Alberto Palcos

VI

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

C U A T R O C O N F E R E N C I A S

*Espiritu y condiciones de la historia
en América. La doctrina Monroe -
Darwin - Bibliotecas Populares. e*

Prólogo de ARISTÓBULO DEL VALLE



EL ATENEO
Librería Científica y Literaria
FLORIDA 371 - CORDOBA 2099
BUENOS AIRES

1928



GRANDES ESCRITORES ARGENTINOS

DEFINICIÓN DE PROPÓSITOS

LOS Grandes Escritores Argentinos se propone editar las obras de los ingenios más preclaros de nuestra literatura. Alienta el firme anhelo de ofrecer con sus publicaciones un cuadro completo de lo que encierra de más valioso la literatura nacional. Difundirá, además de las obras verdaderamente populares de nuestro pasado literario, todas aquellas que merecen ser conocidas y perdurar, todas las que arrojan alguna luz sobre el pensamiento o el arte de nuestros mejores escritores. Aspira a que los pensadores y literatos argentinos sean gustados por el público en lugar de serlo, únicamente, por los eru-

ditos y estudiosos de nuestro pasado. Tienen derecho a ser conocidos de una manera menos fragmentaria de como se les conoce habitualmente.

Hasta no hace muchos lustros el cabal conocimiento de nuestros escritores estaba reservado a una minoría escasa. Eran inaccesibles para el pueblo. Después algunas meritisimas empresas culturales pusieron al alcance de los bolsillos más modestos, un tesoro literario. Actualmente parece tomar incremento en el público cierta curiosidad por penetrar, en todo su desarrollo, en nuestro breve pasado literario nacional. Importa mucho avivar y acrecentar esa curiosidad. Las letras, como muy pocas actividades espirituales, revelan el fondo genuino de un pueblo y mantienen encendidas las llamas de un superior ideal colectivo.

Los escritores argentinos, desarrollándose los más en períodos de luchas, en medio de una sociedad en formación, cuajada de graves problemas que urgían soluciones inmediatas, no han tenido reposo suficiente para dedicarse al cultivo exclusivo de las letras

puras. Las letras aparecen en ellos impregnadas por un fervor cívico casi religioso. En sus páginas se refleja la auténtica tradición nacional. Consiste ésta en un magnífico ensueño de libertad y democracia. Sobrevive a despecho de las peores vicisitudes, de las tormentas y de las borrascas históricas, del caos, de la tiranía, para alumbrar, como un sol, la constitución de la nueva nacionalidad. Conviene que el pueblo se bañe con la lumbré de ese sol. Es acicate para grandes empresas constructivas. Los ideales democráticos que nuestros mejores escritores sostuvieron hasta el sacrificio, deben perdurar y ampliarse, extendiéndolos a todas las esferas, tanto a la política, como a la cultural, a la social y a la económica. Hay en nuestro pasado intenso y dramático la levadura con que se elaboran las grandes cosas, generosas simientes de libertad y de progreso, arrebatados afanes por convertir a la América en el hogar cálido, cordial, de una nueva humanidad que supere las contradicciones y las fealdades en que se debate el viejo continente. Difundirlos es suministrar desinteresadamente al pue-

blo un sano deleite intelectual y estético; nutre al cerebro y edifica al corazón.

Tal es el espíritu que preside la nueva empresa cultural que acometemos y cuyo sello distintivo consistirá en ofrecer, en un todo orgánico, las producciones de nuestros mejores escritores. Cien volúmenes cuando menos, contendrán todo lo que merece conocerse de la literatura nacional. Los iremos dando con toda regularidad, a cortos intervalos. Esperamos llenar cumplidamente el vasto programa trazado. El concurso editorial del "Ateneo", huelga decirlo, constituye, en tal sentido, la más eficaz garantía.

ALBERTO PALCOS.

LAS "CUATRO CONFERENCIAS" DE SARMIENTO

LAS cuatro conferencias que publicamos destacan la personalidad de Sarmiento bajo otros tantos aspectos.

La primera, Espiritu y condiciones de la historia en América, data de 1858. Conviene no olvidar la fecha. El trabajo entonces leído por su autor, está lleno de anticipaciones de conceptos que luego gozaron de gran predicamento en todo el mundo. Para la época eran relativamente novedosos, cuando no se adelantaban francamente a ella, algunas de las interesantes consideraciones que formula sobre la historia americana, la concepción evolucionista que contiene, la división en dos clases opuestas que esboza de las sociedades y la importancia que atribuye a la geografía y a la economía política en la interpretación de los acontecimientos históricos. . .

Cuando se pregunta: "¿Quiénes somos? ¿A dónde vamos? ¿Somos una raza? ¿Cuáles son nuestros progenitores? ¿Somos nación? ¿Cuáles son sus

límites?" apunta un arduo problema que dió lugar a amplios desenvolvimientos, cabalmente un cuarto de siglo más tarde, en su obra medular "Conflicto y armonías de las razas en América". Este hecho corrobora cómo Sarmiento, siendo espontáneo en la forma y produciendo sus obras de una sentada, solía elaborarlas y madurarlas mentalmente, en medio de sus múltiples actividades, con mayor lentitud, a favor de una subconsciencia sin cesar despierta. Síguese de aquí que la aparente facilidad de los creadores a lo Sarmiento implica la labor exenta de descanso de un cerebro robusto que está, por decirlo así, en perpetua ebullición, noche y día.

La conferencia sobre La doctrina Monroe, pronunciada en 1865 en Rhode Island, puso a prueba su don profético, la visión como quien dice telescópica de las cosas, típica en él. Justifica históricamente la aparición y el papel que en su hora llenó la doctrina Monroe como reacción contra la Santa Alianza, pero reconoce, con la proverbial valentía suya, no obstante la investidura diplomática que a la sazón ejercitaba, que la famosa doctrina "es más bien una niebla que una luz", para añadir luego que necesita "ser depurada de todas las manchas que el contacto de la mano del hombre ha echado sobre su lustre". Contemporáneamente, en su libro sobre la vida de Lincoln, preguntaba si el principio de "América para los americanos", a causa de la guerra de Méjico, (desde entonces presa codiciada) "no encierra un doble sentido, como las res-

puestas del oráculo de Delfos". Su idolatría por los norteamericanos no fué óbice a que palpara los defectos de la gran república, muchos de los cuales, apenas empezaban a incubarse. La disertación de Sarmiento constituye una magistral reivindicación de los países hispano-americanos hecha ante los Estados Unidos. Precisa el origen distinto de una y otra América, insiste en que el desarrollo más tardío de la América española se debe a un conjunto de causas que no gravitaron en la del norte y analiza los motivos por los cuales debe tenerse fe en los destinos de estos países, que han menester de mayor tiempo para completar su desenvolvimiento. Termina señalando la necesidad de la compenetración recíproca, idiomática y cultural, de ambas Américas y sentando que la influencia de las escuelas y de las múltiples invenciones norteamericanas sería la auténtica doctrina Monroe en acción. Escritos posteriores de Sarmiento, confirmatorios del que damos, autorizan a afirmar que contemplaba la aplicación de la doctrina Monroe con inquietud. Y en verdad no podía equivocarse al respecto quien ya en 1849 advertía a los chilenos que "contra la violencia y la injusticia de los yanquis no hay apelación en la tierra". Y si esto fuera poco, al punto agregamos que en 1855, con mirada zahorí, en un lampo de verdadero genio, vaticinó el carácter de las luchas internacionales cuyas dolorosas consecuencias sufre hoy el mundo, empapado en sangre y lodo. "Parécenos ver — escribía — algo de más

serio que luchas de razas, de las que habría ya desaparecido las trazas sobre la tierra. ¿No será por ventura lucha de industrias, de poderes, de desarrollo, y de fuerzas de expansión la que se inicia?" Profecía tan certera está contenida, al pasar, en un libro sobre educación poco conocido. ¿Quién, entre los pensadores contemporáneos de Sarmiento, penetró en esta y otras cosas tan en la entraña misma de los acontecimientos futuros? Contadísimos, en todo el mundo.

Aún hoy se lee con sumo interés la conferencia que pronunció en 1881 sobre Darwin, entre la sorpresa de quienes la oyeron, confundidos por la versación y la extraordinaria agilidad de aquella mente septuagenaria, abierta a todas las innovaciones y a las doctrinas que, por su índole, sólo conseguían habitualmente adeptos entre los jóvenes. Sarmiento anciano era el más joven de los jóvenes; otro prodigio y otro privilegio del genio.

Por intermedio de esa conferencia hicieron irrupción en nuestra república las más nuevas concepciones acerca del origen del hombre con sus derivaciones en el campo de la historia y de la sociología. Conquistólo de tal manera la doctrina darwinista que alguna vez propuso jovialmente nacionalizarla, argentinizarla. No se detuvo allí. Avanzó resueltamente y en sus últimos años declaraba entenderse complacientemente con Spencer, el universalizador del concepto de evolución, eje y sustancia de su sistema filosófico.

Sarmiento amaba entrañablemente a la Naturaleza. La sentía con particular intensidad. De este amor nació, seguramente, su apego por las ciencias que las estudian. Escribió un libro sobre Muñiz, el primer gran naturalista argentino. Descubrió a Ameghino ante el público y lo saludó como a un astro. Aprovechó muchas ocasiones para hacer llegar sus estímulos nobilísimos al joven y por entonces oscuro hombre de ciencia. En un artículo que no guarda relación directa ninguna con el asunto, decía de paso... "Un paisano de Mercedes, Florentino Ameghino, que nadie conoce, y es el único sabio argentino según el sentido especial dado a la clasificación, que reconoce la Europa"... Esto en 1882.

Viejo era en él ese gusto por las ciencias naturales, a igual de la importancia que le asignaba en la educación de la juventud y en el desarrollo de la riqueza de las naciones. En un artículo escrito en 1844 dirige una recomendación al pueblo hermano del otro lado de la cordillera que todavía, en los días que corren, es de palpitante actualidad en nuestra república y en toda la América española: "¿Por qué no abandonáis esos caminos estrechos, ese campo agotado ya y estéril, para explorar el terreno virgen de las ciencias naturales, cuyo cultivo no trae por resultado positivo, como la abogacía, el arrancar una piltrafa al que se arruine en los pleitos, sino aumentar la riqueza de la nación, estrechando la limitada esfera de la producción, y agre-

gando nuevas riquezas a la que ya forma el corto caudal nacional?"

La Lectura sobre Bibliotecas Populares es el mejor alegato que pueda escribirse en favor de la difusión de la lectura. La apología de la novela que contiene es interesantísima. "No os riáis de la novela, — exclama — oh sabios! La novela es la vida humana, la sociedad, el ideal mismo". "La novela es la gran maestra del pueblo, la Aurora de Guido Reni, que viene con el crepúsculo derramando rosas delante de Febo, quien la sigue de cerca cargado de los rayos espléndidos de la ciencia. Si una niña lee, si un niño es goloso de las novelas de Verne, ese niño está salvado, y aquella niña será más coquetamente elegante, o más elegantemente coqueta".

Los juicios que formula sobre los escritores leídos traducen sus gustos y sus preferencias. Generalmente son agudos, aunque se discrepe con algunos de ellos. Léase lo que escribe de Pérez Galdós y dígame si no sabía donde estaba lo mejor entre los autores a la sazón nuevos, o poco menos, del habla española. Hay algo así como un anticipo de ruidosas ideas psicológicas modernas en el papel que asigna a la lectura de novelas. Las miras bajo una luz muy favorable. Hasta perdona, después de condenarlas, en principio, a las tachadas de inmorales, en virtud de una razón original, "Esta es la moral de las novelas inmorales". "Suprimen, en el afán de leerlas, horas de fastidio, de holganza, que

suprimen a su vez centenares de crímenes en la vida real".

La vigorosa presentación de lo que hacen los norteamericanos en materia de bibliotecas populares es rica en sugerencias que no han envejecido. El proyecto de editar y traducir obras al castellano con el concurso de los gobiernos americanos, aprobado por una convención de distintos países continentales reunidos en Chile merced a su fervorosa iniciativa, abortó desgraciadamente. De lo contrario, ¡cuán útil habría sido y cuántos beneficios hubiera reportado a la incipiente cultura americana! Todavía hoy el problema no halla solución. Las naciones de este continente viven en un vano y absurdo aislamiento intelectual, ignorándose mutuamente, cuando mil motivos las invitan, en forma perentoria, a entenderse y a estimarse para elaborar un alma y un destino comunes.

Las cuatro conferencias, tratando temas tan distintos, guardan unidad estilística y unidad espiritual. Conservan su frescura y su sabor de actualidad y son un testimonio más de la admirable flexibilidad e intuición de mentalidad tan multifaceta y del raudo pensamiento y la visión profética del recio autor de Recuerdos de Provincia.. (Las notas que preceden a cada conferencia pertenecen al nieto del prócer, D. Augusto Belin Sarmiento).

ALBERTO PALCOS.

SARMIENTO

(DISCURSO PRONUNCIADO EN LA INHUMACION
DE LOS RESTOS DE SARMIENTO EN NOMBRE DE
LA PRENSA ARGENTINA)

"Es la humanidad una tierra dura e ingrata,
que rompe las manos que la cultivan y cuyos
frutos vienen tarde, muy tarde, cuando el que
esparció la semilla ha desaparecido."

SARMIENTO. — 1845.

SEÑORES:

QUIZÁ hubiera sido preferible rodear de solem-
nísimo silencio el sepulcro de ese hombre excepcio-
nal; nuestra palabra poco agrega a la majestad del
homenaje que recibe su memoria en este momento,
porque el duelo causado por su muerte ha salvado
las fronteras de la patria y alcanza ya las propor-
ciones de un acontecimiento americano. Por otra
parte, es difícil llegar a la justa medida del elogio y
detenerse en ella. El que conoce los sucesos, decía
Pericles en una situación análoga, encontrará que
el orador no ha estado a su altura ni ha expresado

bien todo lo que se quería; y el que los ignora pensaría que el elogio es exagerado porque los hombres desconfían de lo que no son capaces de hacer. Y ¿quién podría abarcar, en la breve oración que las circunstancias imponen, tan grande personaje y tan larga vida, ni mucho menos satisfacer el anhelo público que quisiera ver aparecer de nuevo, evocada por la elocuencia, esa figura característica y representativa de la civilización sud-americana? Los sentimientos colectivos necesitan expansión y buscan su intérprete; pero, muerto Sarmiento, ¿quién entre sus contemporáneos sería capaz de proseguir y terminar la historia portentosa que comienza en los "Recuerdos de Provincia"?

En lo que a mí se refiere, honrado con la doble representación de la Asociación de la Prensa y de la comisión popular que ha tomado la dirección de esta grande manifestación pública de respeto y de admiración hacia la memoria del ilustre anciano, cumpliré el deber que he aceptado, recordando algunos rasgos más salientes de su vida pública.

En Sarmiento se fundía de tal manera el pensador con el hombre de acción, que no hay posibilidad de clasificarlo en una u otra categoría exclusivamente. Sus ideas brotaban con aliento de vida, y apenas enunciadas, se las veía tomar cuerpo, encarnarse y convertirse en acción personal o social; su obra inmensa de propagandista, innovador en la primera edad, cuando era necesario arrojar el país en las corrientes de la vida moderna, y seriamente

conservador, cuando esta evolución se realizó, revela en todo momento la inspiración de una mente altísima. Constantemente ocupado de la suerte de su patria y de los destinos de la América, su pensamiento no se extravió jamás en los espacios vacíos de la metafísica pura; era un experimentador que hacía sus investigaciones sobre la carne viva de su propia nación, sometido siempre a la influencia emocional del patriotismo, pero de un patriotismo tan levantado que a veces se confundía con el sentimiento humanitario. Descubrió el primero que la causa de nuestros históricos trastornos residía en la barbarie de las campañas y se hizo el apóstol de la educación popular, hasta transformar en pasión pública los aforismos doctrinarios de Rivadavia.

Hoy día, cientos de miles de argentinos saben leer porque el infatigable propagandista logró convencer a su país y a su época que la educación del pueblo es una función eminentemente gubernamental.

Sarmiento comenzó su vida pública en tiempos muy duros, cuyo recuerdo va desapareciendo de la memoria de las actuales generaciones, y es necesario remover los escombros que han acumulado los sucesos de medio siglo, para poder medir la magnitud de sus trabajos. Era entonces la República un país despoblado y semibárbaro, azotado por todas las tempestades, la guerra civil, la anarquía, el despotismo, sin medios de comunicación para los hombres ni para las ideas, pobre y sin hábitos de tra-

bajo. San Juan era una aldea separada del resto del mundo por los desiertos arenales que la circundan y por la muralla colosal de los Andes. Cuáles fueron los antecedentes, cómo se desenvolvió en aquel medio el grande intelecto de Sarmiento, no es asunto para ser tratado en esta oportunidad. Basta decir que un día pasó los Andes y sin permiso de nadie, sin introducción alguna, se apoderó en país extraño del espíritu público, entró a formar parte de los consejos de gobierno, habló a los pueblos de sus grandes destinos e inició la revolución social y política que da fisonomía peculiar a esta civilización sud-americana, que ya se distingue de la del norte por cierto calor de sentimiento que le viene de su clima y de su cielo, o que trayeron en su sangre las razas progenitoras. Desde entonces y hasta el día de su muerte ha sido la primera figura en el vasto escenario de cuatro naciones que lo cubren con sus banderas.

¿Era Sarmiento un hombre de letras? No cursó humanidad en universidad alguna; pero su obra literaria vivirá en América mientras se hable en ella la lengua española. En los "Recuerdos de Provincia" hay páginas dignas de Cervantes, y "Facundo" es la pintura animada de un estado de civilización, si tal puede llamarse la época en que predomina la barbarie; esos libros se leen como el antropologista estudia el documento humano que suele encontrar en las entrañas de la tierra para arrancarle la revelación de la vida de su tiempo; con el

interés y la pasión de quien busca los antecedentes perdidos de su raza.

Pero donde está la mejor parte de la obra incommensurable de Sarmiento como escritor, es en la prensa diaria, forma la más adecuada para sus bellas espontaneidades, de donde se apartan cuidadosamente los clásicos de todas las épocas, y donde él mostraba sin ostentación la superioridad incontestable de su ingenio, su originalidad nativa y su prodigiosa fecundidad.

Pero Sarmiento era además un orador, un grande orador. Lo que no ha hecho con la pluma lo ha hecho con la palabra hablada. Ha pronunciado arengas en nuestros parlamentos, que oídas en el foro romano, en los últimos días de la República, habrían retardado la llegada de los emperadores.

Como hombre de gobierno ha fundado una escuela que alguna vez dará sus frutos legítimos. Recibió en Chile la inspiración de Portales y aprendió a gobernar con Montt; visitó la Europa entera y vivió largos años en los Estados Unidos con el oído abierto a todas las enseñanzas de la vida pública; sus principios de estadista pueden formularse en dos renglones; autoridad, en el gobierno, libertades para el pueblo, todo dentro de la constitución y de la ley.

¿Para qué hablar de su honradez inmaculada? Hace dos meses le oía estas serenas palabras.

“La pureza de los administradores públicos ha sido la tradición nacional. ¿Cómo se le había de

ocurrir a los unitarios, a Mitre, a don Valentín Alsina, a ninguno de nosotros lo que no se le había ocurrido a Rosas en veinte años de gobierno irresponsable?...

No hay posibilidad de condensar en forma alguna adecuada a este acto la larga vida del noble anciano. La República no ha dado un paso desde hace cincuenta años sin su concurso o sin su consejo. Su mano y su acción y su influencia se ha sentido y está visible en todas las manifestaciones de la vida nacional. El fundó en San Juan el primer diario y el primer colegio de niñas; fué el primero en reivindicar las glorias nacionales, encarnadas en San Martín; fundó en Chile la primera escuela normal de una y otra América; agitó durante cinco años el espíritu de dos naciones, escribiendo diarios y panfletos que removieron todas las cuestiones de su tiempo; la inmigración, la educación, la libertad de los ríos, la supresión de las aduanas interiores, la viabilidad, las cuestiones agrarias, sin abandonar su cruzada en favor de la libertad humana; vuelto a su patria escribió diarios y libros, fundó escuelas, iluminó los parlamentos con su elocuencia y dirigió la política de su tiempo; llegado a la presidencia de la república fundó los colegios nacionales, las bibliotecas populares, la academia de ciencias, el observatorio astronómico, el colegio militar y la escuela de marina; nadie levantó más alto que él el principio de autoridad; ningún gobernante respetó como él la libertad electoral; dentro y fuera del go-

bierno se ha ocupado de todos los intereses nacionales, de las viñas de San Juan y Mendoza, de la ganadería en Buenos Aires; a su iniciativa se debe los alambrados que dividen hoy día la propiedad rural y entre sus viejos papeles se encontrará el certificado de haber sido el primer introductor de los eucaliptus que cambiarán un día la fisonomía de la pampa y regularizarán las lluvias. Pero sobre todo esto, está su acción por la libertad y la unidad argentinas.

“Buenos Aires sin la confederación, decía hace treinta años, es como la cabeza de un guillotinado; continúa pensando y sintiendo largo rato; la confederación sin Buenos Aires es como aquel jinete que durante el bombardeo por los ingleses, seguía galopando y blandiendo la espada por las calles mucho tiempo después que una bala de cañón le había volado la cabeza.” “No soy provinciano, repetía, sino como parte de la gran familia argentina; no soy porteño sino en cuanto argentino!” Nunca, jamás, en ningún momento dejó de ser esencialmente argentino, y por eso la nación entera concurre a su apoteosis.

¡Maestro y amigo, descansa en paz después de tanto trabajar por el bien de tus conciudadanos!

ARISTÓBULO DEL VALLE.

ESPIRITU Y CONDICIONES DE LA HISTORIA EN AMERICA

MEMORIA LEÍDA EL 11 DE OCTUBRE DE 1858, EN
EL ATENEO DEL PLATA, AL SER NOMBRADO
DIRECTOR DE HISTORIA.

Es de notarse la fecha de esta notable producción, muy anterior a las teorías que Darwin ha hecho penetrar en las ideas universales, y sin embargo, conteniendo adivinaciones de las mismas que hoy pasarían desapercibidas.

En la edición de 1883 no figura esta pieza, porque el editor no tropezó con ella en la colecciones de periódicos y el autor la había olvidado por completo, siendo el Dr. Avellaneda quien la señalase a nuestra atención y nos diese rumbos para descubrirla y sacarla del olvido.

Señores:

CUATRO horas más tarde de esta misma noche en que el Ateneo del Plata se reúne para inquirir el espíritu y condiciones en que ha de escribirse la Historia en América, el grito de ¡tierra! dado desde a bordo de la *Pinta*, anunció el descubrimiento

de un mundo nuevo. Trescientos sesenta y seis años han transcurrido desde entonces, y la más luminosa página de la historia de la humanidad, tiene por encabezamiento aquella exclamación de alborozo.

Esto para el mundo; para nosotros que habitamos un punto de esa América, otro hecho importante tuvo lugar esta noche, acaso esta misma hora, a pocos pasos del lugar en que estamos reunidos, la inauguración de la mazorca! Como en el mes de julio consagrado a César por Roma despojada de sus libertades, como la Roma republicana había antes inmortalizado el nombre de Junio Brutus su libertador, los fastos de la tiranía llamaron al mes de octubre, mes de Rosas. Ya veis cómo se ligan los sucesos humanos, y cómo caen manchas sangrientas en las páginas de la historia. He aquí, pues, dos hechos que imprimen una grande solemnidad al estudio de la nuestra.

He aceptado el honroso cargo de dirigir vuestros primeros pasos en el obscuro sendero por donde marchan y dejan estampados sus rastros los acontecimientos humanos, solo por no dejar frustrada una esperanza de corazones juveniles. Mi abstención habría sido achacada a desdén de vuestros conatos, más bien que a conveniencia de la propia insuficiencia; y siempre he tenido para mí, que a falta de hombres de ciencia, debemos, como Dios nos lo de a entender, poner todo nuestro contingente de buena voluntad para suplir a las necesidades de la República. Los errores del espíritu fe-

cundan la tierra en que ha de crecer la verdad, como los despojos de la vegetación silvana han creado el *humus* en que prosperan hoy las plantas de que vive el hombre.

No quiero que la juventud que se predispone a surcar el campo de las letras, bajo los rayos fecundantes de la libertad, se persuada que los que cosechamos antes uno que otro mal sazonado fruto, en tierra mal preparada y en malos años, procedimos a la ventura, a la manera que las islas del Paraná ostentan sus naranjales y durazneros, sin que nadie reclame el intento de haberlos plantado.

Yo he bosquejado algunos cuadros de hechos y hombres que entran en el dominio de la historia americana, sin pretender por eso alcanzar a la majestad de la historia; pero el largo andar por los límites de la crónica contemporánea, acaso por haber estado veinte años, como tantos otros, con los ojos fijos sobre el teatro sangriento en que se desenvolvía el extraño drama de la tiranía; siguiendo con apasionado interés las peripecias de la lucha, espionando las faltas que el tirano cometía en daño propio, o revelando a los pueblos la existencia de caminos poco frecuentados por donde tomarle la vuelta y circunvenirlo, ello es que viendo producirse la historia de nuestro país, no sé si decir también que despejando a los sucesos el buen camino, para hacerlos prósperos, de adversos que pudieran sernos, abandonados a las fuerzas que los empujaban, he creído que al fin se formaba en mí clara

idea del espíritu que inspira y de las condiciones que modifican los hechos históricos con relación a la América, que me encargáis señalarlos.

La *Historia* en general, lo sabéis, tiene su asiento entre las musas. Herodoto leía su historia en los juegos olímpicos, como Píndaro recitaba sus versos. No es, pues, la Historia la sencilla narración de los humanos acontecimientos; es además una de las bellas artes, y como la estatuaría, no sólo copia las producciones de la naturaleza, sino que las idealiza y las agrupa armónicamente.

El libro que narra los hechos sociales, es una creación del ingenio que toma por materia la vida de los pueblos, por cincel el lenguaje y las ideas, por tipo, un pensamiento supremo.

Esta era por lo menos la historia en manos de Herodoto, Tito Livio o Plutarco, este historiador de hombres excelsos, como los pintores de vírgenes y de santos cristianos. Pero en nuestros tiempos, la historia ha perdido mucho de sus formas plásticas. Como a la poesía, como a la oratoria, fáltales hoy la inmovilidad de las sociedades antiguas, la limitación de la escena, y el culto de las formas, que constituyó la esencia casi de las pasadas civilizaciones. Ni tenemos idiomas eufónicos para dar cadencia a los conceptos, como el bardo acompañaba con la lira la recitación de sus cantos, ni hemos llegado a épocas definitivas en las que las sociedades hayan tomado asiento, como el viajero que descansando ya bajo el techo hospitalario, vuelve

retrospectivas miradas hacia el camino que ha andado. Nosotros escribimos la historia marchando.

Por otra parte, faltando hoy a la guerra su gloria antigua, porque los pueblos modernos empiezan a mirarla como una enfermedad social, y no como medio de engrandecimiento, el héroe desaparece, o se le encuentra sólo en los accidentes del cuadro, como aquellos helechos que fueron árboles en las épocas primitivas de nuestro globo, y son hoy humildes plantas que ostentan su follaje a la sombra de las rocas. Wáshington se obscurece cuando más alto papel desempeña en los destinos de su patria a la cabeza del Estado, porque depuesta la armadura del guerrero con que pudo hacer brillar su genio, el Presidente es sólo el ejecutor de las leyes, a guisa del maquinista de la locomotiva cuya función es mantener activo el fuego que da vida a la ingeniosa aplicación de la ciencia.

Los tiempos heroicos de las sociedades han pasado. La conquista que hizo de Alejandro, Aníbal, César, Cortés, Napoleón, entidades históricas más visibles que las naciones que les servían de peana y centros a cuyo rededor se agruparon los acontecimientos, ha dejado de ser el comienzo y el fin de los imperios. Otras son las fuentes del desarrollo y lustre de las naciones. La ciencia humana ha trazado también a la marcha de las sociedades sus leyes fundamentales, como Newton acabó con el arbitrario en el Gobierno del Universo.

Los pueblos modernos permanecen estacionarios,

crecen o declinan según que han obedecido o no a las leyes naturales del desenvolvimiento humano. La súbita aparición de la América en la escena histórica, humedecida aun con las gotas de agua que revelan su reciente emersión y no obstante armada de todas las artes y poder de las civilizaciones más adelantadas, Venus, Minerva y Juno a la vez, han trastornado todo el plan de la historia como arte, como enseñanza y como ciencia. El mundo está viendo nacer Estados en toda la plenitud de su fuerza, con la misma sorpresa que si viera aparecer nuevos planetas en el espacio. No era, pues, el engrandecimiento de las naciones la obra lenta de los siglos, y de transformaciones sucesivas, como la oruga se transforma en crisálida, antes de lanzarse al espacio sostenida por las lujosas alas de mariposa que adquiere para amar y morir.

La historia, hoy que la humanidad entera se ha puesto en contacto por el comercio, por los vapores, por la prensa, por el telégrafo, por el grabado, por las instituciones, hasta por la moda, no puede clasificarse para nosotros al menos, en historia de Francia o de Inglaterra, como de Grecia y de Roma en otros tiempos. La historia moderna no es la historia de nadie, testigo, Santa Helena; ni la de una nación, testigo la América. La historia es la ciencia que deduce de los hechos la marcha del espíritu humano en cada localidad, según el grado de libertad y de civilización que alcanzan los diversos grupos de hombres y el mejor historiador

del mundo sería el que colocase las naciones según la medida de sus progresos morales, intelectuales, políticos y económicos.

No teniendo los antiguos una base de criterio para la apreciación de los hechos históricos, que tanto dependían de la acción individual de los héroes, o de la colectiva de los bárbaros que contrariaban o sofocaban el desarrollo de la civilización, adoraron al destino ciego, como guía de los sucesos humanos. Bossuet cristiano, parado ante el mismo enigma, apeló a los designios de la Providencia en la dirección de los acontecimientos. Nuestra época admite la intervención de la Providencia en los humanos destinos por medio de las sabias leyes que ha dado a las fuerzas sociales, como en el gobierno del mundo material, su presencia se revela por la gravitación, la cohesión, la electricidad, la luz y las afinidades químicas. Nada de *secreto* tiene el designio que nos da la enfermedad como resultado de desorden, el frío como estímulo para cubrir la desnudez.

La América ha borrado la palabra Destino y divulgado el secreto de la Providencia: — principios!

II

Para nosotros, colocados sobre un punto de la tierra, que como el Asia, la Europa y el Africa misma, que ha servido de arena a los ensayos de la

antigua civilización, la historia general se presenta, como se presentaría la pirámide de Cheops al que la mire desde su cúspide, todos los andamios simple base de sus propias plantas. La historia o la ciencia que entra en la provincia del Ateneo del Plata, no es, por tanto, la historia del mundo, sino por cuanto ha guiado hasta la época y el Continente, en que rehaciéndose las sociedades y las naciones sobre un nuevo padrón, los hechos que la componen han debido disciplinarse, y para nosotros circunscribirse a nuestro hemisferio. Así, pues, la historia americana es el campo a que debéis limitar vuestras miradas para deducir de sus leyes generales, el carácter de los hechos sociales que se desenvuelven dentro del círculo de nuestra propia esfera de actividad.

Todavía la historia de América es un archipiélago confusamente trazado en la carta de la humanidad, de que sólo se conocen grandes promontorios que avanzan en el mar agitado de los acontecimientos humanos, o picos egregios que el navegante divisa en el interior de las tierras, envuelto a veces en nubes que impiden determinar sus formas.

Pero ya no vendrán Colones del viejo mundo a descubrirlos, ni Américos Vespucci a darles nombre, ni Solices a exclamar alborazados Montevideo, ni Pizarros a echar a rodar cándidos imperios, para establecer sus reales. Sois, vosotros, hijos de los descubridores y de los conquistadores, quienes

han de dar a Europa la descripción topográfica de los lugares, disipando las ilusiones que el miraje había acreditado como realidades, y revelando verdades nuevas que el europeo no puede alcanzar, por faltarle la intuición que nace del medio ambiente. Voy a señalaros una entre mil.

La filosofía europea ha partido de un punto falso, tomando por base a veces el arquitrave que remata el edificio. Vosotros habéis seguido los cursos universitarios en que se había de religión natural, de derecho natural, de razón natural, como expresión de la religión, del derecho y de la razón humanamente perfectas. Es preciso haber nacido en América, para empezar a dudar de la propiedad de estas denominaciones; Rousseau, en medio de las pompas del reinado de Luis XV, ponía la perfección humana en la vida salvaje; y creyendo que la libertad había mecido la cuna del género humano, el hombre había nacido libre, decía, y por todas partes se le ve encadenado.

Este error de óptica venía, sin embargo, acreditado de siglos, y sin aquellas formas paradójicas, se perpetúa hasta en la enseñanza científica.

No han contemplado como nosotros, los filósofos europeos, la desnudez de espíritu y de cuerpo del salvaje, ni escuchado en la vecina horda del Pampa o del Ranquel, como en la hamaca del niño, vagidos y llantos en lugar de sonidos articulados. El Ser Supremo no ha nacido todavía para el lujo primitivo de la naturaleza, abandonado a

sus propias concepciones, o más bien, el salvaje no ha ascendido en la escala de la civilización lo suficiente, para empezar a discernir confusos lineamientos del conjunto de la creación, espectáculo sublime que ha reclamado de la inteligencia del hombre, necesariamente muy desenvuelta ya para tanto esfuerzo, un creador que presida a su maravilloso concierto.

El derecho natural, sigue las mismas leyes de la religión y de la razón naturales. Las tinieblas son invisibles por su naturaleza, porque son la negación de la luz; y en los lagos subterráneos de las cavernas del Kentucky, los peces nacen y viven sin ojos, que serían, en un mundo obscuro, un lujo de pura forma.

Sucede lo mismo con respecto a los pueblos civilizados transportados a América, a quienes por faltarles el finido de obra artística, colocan en el prólogo o entre los andamios de la historia, si no es que los miran como feto, viviendo aun de la vida materna. Pascal fué el único en sospechar que la virilidad humana estaba en la época moderna; pero no habría podido aceptar que la América era la más avanzada antigüedad de la historia humana.

Vosotros mismos miráis como paradoja esta aserción, por la fuerza de las ideas recibidas a que se amolda nuestro pensamiento, y acaso porque colocados nosotros en tierra baja, no alcanzamos a ver los horizontes que desde los Chimboraces sociales de la América se descubren.

El rol histórico de la América, lo prepara el renacimiento de las ciencias en Europa, al despertar el espíritu humano de la somnolencia agitada de la Edad Media; Galileo asignando a la tierra su noble condición de planeta, hace necesaria la existencia de América, y el genio de Colón tropieza con ella, al verificar la redondez y la viabilidad del mundo.

La historia hasta entonces no es universal, porque el universo mundo no era conocido aun. Es la historia del Mediterráneo, en cuyo rededor se agrupan, se desgarran y separan los pueblos. El Asia, con sus asirios, medos y persas; Fenicia y Cartago, Egipto y Alejandría, Grecia y Roma, Italia y Venecia, franceses y españoles, por las cruzadas, o la conquista de los árabes, son peripecias y accidentes de la monografía del Mediterráneo.

Con el descubrimiento contemporáneo de ambas Indias, comienza la historia a tener por centro el Gran Océano, trayendo dos páginas que faltaban al libro de la humanidad, hasta entonces trunco; la del hombre, animal gregario apenas, sin religión, sin domicilio, sin vestido, sin tradición, vagando sobre la mitad de la tierra, y el primer borrador de la historia europea misma, olvidado o perdido en la obscuridad del Oriente que había transmitido en tiempos remotísimos a griegos, romanos, árabes y teutones la índole y las radicales del sanscrito con las primeras nociones religiosas, y más tarde, y por vías ignoradas, la invención del papel, de la pól-

vora, de la brújula, acaso de la imprenta, que son los instrumentos con que el Occidente rompió al fin las ligaduras que lo retenían en el círculo que tuvo por centro el mundo del Mediterráneo.

Con el advenimiento de la América, la humanidad emprende de nuevo su marcha, siempre hacia el Occidente; el Océano es el vehículo y el vínculo de las naciones, volviendo a repetirse el movimiento bíblico de la dispersión de los pueblos, por toda la redondez del globo, sólo entonces librado por entero a la actividad y desenvolvimiento del hombre.

Concíbese la revolución obrada en el modo de ser íntimo del mundo antiguo, por tamaño acontecimiento.

El comercio cambiaba súbitamente de derroteros, de centro y de esfera, y los nombres de Amberes, Londres, Cádiz, Liverpool, Nueva York, Río de Janeiro, Buenos Aires, Panamá, Valparaíso, estaban destinados a substituirse progresivamente a Tiro, Sidón, Alejandría, Cartago, Venecia, que es siempre la misma plaza de comercio que muda un poco de lugar, para el cambio de los mismos productos.

En el mundo moral, la América aparecía providencialmente a la hora precisa para salvar de inevitable naufragio a las grandes ideas sociales, políticas y religiosas que el Renacimiento había hecho surgir en Europa y que habrían perecido faltas de

aire para desarrollarse, entre los escombros de las instituciones del pasado.

La guerra religiosa de treinta años, la gloria sin fruto de Carlos V, la espantosa desolación de Flandes, la tiranía sombría de Felipe II, trajeron la derrota en unas partes, el triunfo sólo parcial en otras, del espíritu humano en su primer conato de poner orden en el gobierno de las sociedades, y asegurarse la libertad propia, a que lo excitaban las revelaciones de Galileo que dió a la tierra su carta de ciudadanía en los cielos entre Venus y Marte: la imprenta que creaba una memoria eterna a la humanidad para retener las sensaciones de todos los siglos; el telescopio que le agranda los ojos para ver de cerca los astros; el microscopio que revela un mundo infinitesimal tan asombroso, tan grande en su pequeñez como el universo de las nebulosas lo es hoy en su abismante profundidad; la brújula, con cuyo auxilio el tenebroso Mare Magnum se convierte en la vía pública del mundo; la pólvora, en fin, que acabaría con la barbarie haciendo imposible las inmersiones de la civilización, bajo torrentes de puebladas atraídas a sus centros por el brillo de las artes y la acumulación de riquezas.

Mucho debe perdonársele a la razón humana si después de haber tomado así por asalto posesión completa del universo, quiso aplicar también su ojo omnipotente al examen de las tradiciones de la humanidad.

Nuestro siglo con sus ferrocarriles, sus telégrafos, ciñendo ya la tierra y dándole lengua para que hable ella misma; con su química y su geología, la ley y los profetas de la creación, no tiene más motivos de orgullo que el siglo XV, que descubrió a priori la América, porque era necesaria a la economía del globo terráqueo, como Leverrier buscó un planeta Neptuno porque se echaba de menos en la economía de los cielos.

Los siglos que se han sucedido a aquella época, son la parte reglamentaria y administrativa de sus descubrimientos y de los grandes principios que dejó señalados. Porque nacía con el descubrimiento de América la razón y la necesidad de su invención, — no había de hacerse esperar el telégrafo submarino que establece las comunicaciones entre las masas civilizadas de ambos mundos. Franklin, Fulton y Morse son americanos y el telégrafo une al primero y al último por el intermedio del segundo, en una cadena de pasmosas aplicaciones.

Vais ahora a ver a la América resolver desde sus selvas primitivas, las grandes cuestiones de la humanidad entera.

La guerra fué siempre la tela de la historia. Guerra de conquista, guerra de dinastías, guerras de sucesión, guerras religiosas, he ahí el alfa y omega de la historia antigua.

Las religiones falsas y la verdadera se parecen en una sola cosa, y es en haber empapado en sangre la tierra, cuanto más persuadidas estaban de

su origen divino. Desde los emperadores romanos, por no ir más lejos, que emprendieron diez veces exterminar al cristianismo, hasta la guerra de los arrianos, que hicieron en tres siglos perecer la mitad del mundo romano, desde los secuaces de Mahoma que llegaron a la India hacia el Oriente y a Viena y España hacia el Occidente, extendiendo las riberas de un lago de sangre humana hirviente, hasta la inquisición y las guerras de Flandes que agotaron la iniquidad tan fértil en horrores, el pensamiento del hombre había venido revolcándose en sangre, o abriéndose paso por entre las llamas o los cadalsos.

Al norte de América llegaban los dispersos en las batallas de los siglos XV y XVI por cuestiones que hoy avergonzarían a la razón humana, y ya iban a renovar el combate fratricida sobre la tierra que les servía de refugio, cuando Rogerio Williams proclamó los derechos de la conciencia humana, y substrajo sus persuasiones del alcance de las leyes y de la acción de los gobiernos.

“Es el derecho como también el deber, dijeron los descendientes de los adustos puritanos en 1585, al constituirse República; es derecho y deber de todos los hombres en sociedad adorar al Ser Supremo, Gran Creador y Conservador del Universo, públicamente y en determinadas ocasiones. Y ningún habitante será dañado, molestado, coartado en su persona, libertad o bienes por adorar a Dios en la forma y épocas más en armonía con los dic-

tados de su propia conciencia, o con su profesión religiosa o sus sentimientos; con tal que no perturbe la paz pública o coarte el derecho de otros en su adoración religiosa”.

La más envenenada de las llagas de la humanidad fué curada con este bálsamo, y entre las adiciones que las colonias emancipadas hicieron al pacto por el cual se constituían en nación unida, fué la 1^a: “El Congreso no dictará ley alguna respecto a una religión establecida o prohibiendo el ejercicio de alguna”, lo que importaba declarar que la soberanía del pueblo no alcanzaba hasta constituirse en apoderados de Dios, y contra su precepto expreso extirpar la cizaña, queriendo arrancarla de entre el buen trigo. El más pavoroso osario de los pueblos quedó así para siempre cerrado en América.

Más radical si cabe fué la cura puesta a las otras enfermedades de la vieja humanidad, que en cuatro mil años de pruebas y de sufrimientos no había dado con el medio de organizar sus sociedades. La república moderna es hija de la América. La democracia había dado, es verdad, sus frutos desde muy antiguo en la prodigiosa exaltación del espíritu humano en Atenas, que en tres siglos alcanzó al pináculo de la perfección en las bellas artes, la historia, la elocuencia, la poesía, la arquitectura, la estatuaria, la gimnástica y la pintura, a punto de que entre veinte mil ciudadanos salieron en tan medido espacio de tiempo mayor número de genios

que los que la humanidad entera ha producido en veinte siglos, no obstante tener por modelos el Partenon, la Venus (de los Médicis) y la *Iliada*, que legaron a la posteridad como un reto eterno.

Roma ensaya la libertad privilegiada de los patricios, y lega al mundo sus leyes, como Atenas su filosofía y sus estatuas; Roma extingue sus plebes en el colosal intento de someter a su dominio la tierra; pero el día que la hubo conquistado, no sabiendo cómo adaptar los comicios de Roma, el Senado de Roma, los Cónsules y los Tribunos de Roma, a una república que tenía por límites los del mundo conocido, aplastada por su obra y pisoteada por el carro triunfal de los emperadores, que había armado para desolar la tierra, Roma fué la prostituta cargada de oro y roída por las enfermedades que le trajo su desenfreno.

A la orgía imperial, lo sabéis, se sucedieron las irrupciones de los bárbaros que de todas partes acudían a llenar el vacío que dejaba el hundimiento del romano imperio, como acuden de todos los puntos del horizonte los vientos en torbellino a reemplazar el aire rarificado en un punto de la tierra, y fácil es conjeturar el gobierno que establecería Calfucurá, tendiendo sus toldos en la plaza de la Victoria.

Los reyes de la Edad Media semiromanos, semi-bárbaros, son Rosas con diversos nombres, Rosas el cojo, Rosas el tartamudo, Rosas el temerario,

Rosas el cruel, Rosas el imbécil, llámense Luis XI, Felipe II o Enrique VIII.

En Inglaterra, diez mil conquistadores extranjeros fueron otras tantas cabezas de familias feudales que explican el patriciado romano, las cuales con la sucesión por primogenituras, legaron a sus descendientes su parte de poder como en los tiempos de la conquista, y el derecho de asistir a los concejos del soberano representante del conquistador normando.

La Magna Carta, el habeas corpus y el bill de derechos fueron otras tantas capitulaciones con que aseguraron la continuación de sus fueros. El pueblo, la masa de los desposeídos, obtuvo lentamente, primero poder hablar al rey sin hincarse de rodillas, más tarde el de negarle subsidio para sus empresas y disipaciones. La Inglaterra había con esto andado un camino inmenso; pero camino suyo propio, pues el patriciado feudal en el resto de la Europa, había sido al contrario, vencido por los reyes, y mal podía transmitir al pueblo el calor de la libertad que habían perdido aquellas lunas que recibían su luz del favor real.

En América, porque sólo en América el suelo estaba desembarazado de construcciones góticas, pudo levantarse el edificio del Gobierno fundado en el consentimiento de los gobernados, existiendo la sociedad antes que el Gobierno, y creándolo ésta para su conservación. Donde los reyes no lo eran de derecho divino, lo que supone su preexistencia a

todo acto deliberado, éranlo por herencia y propiedad del suelo en que están ubicadas las habitaciones de los pueblos.

La declaración de los derechos del hombre en América ha fijado para siempre los humanos destinos. “Tenemos por verdades de toda evidencia, — decía en 1768 un Senado de varones sencillos, reunidos, por decirlo así, a la sombra de las selvas americanas, como si nada de nuevo dijeran; — tenemos por verdades de toda evidencia:

“Que todos los hombres han nacido iguales.

“Que han nacido dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables, entre los cuales están la vida, la libertad y la solicitud de la propia felicidad.

“Que para asegurar estos bienes ha sido instituído el Gobierno, derivando sus poderes regulares del consentimiento de los gobernados; y

“Que toda vez que una forma de Gobierno se opone a estos fines, es derecho del pueblo alterarla o abolirla, e instituir un nuevo Gobierno cimentándolo en *principios* y organizando sus poderes en aquella forma que mejor crean garantizar su seguridad y su felicidad”.

He aquí borrada de la historia la conquista, la herencia, el derecho divino, el arbitrario y las aristocracias que por tantos siglos campean entre los elementos de la historia; he aquí la proclamación de una especie humana, una e indivisible, dogma y hecho exclusivamente americanos.

¡Ah! ¡vosotros no habéis visto con vuestros propios ojos los efectos prácticos de la igualdad en los afortunados países donde fecunda todas las instituciones públicas, y da energía a los sentimientos del corazón! La igualdad es en la organización de las sociedades, lo que en la doctrina moral del Evangelio es el precepto "amarás a tu prójimo como a ti mismo", el medio y el fin.

En América, ni tradición tenemos de los estragos que las antiguas desigualdades sociales han causado por todo el haz de la tierra.

Los pueblos estuvieron divididos en dos categorías siempre, cualquiera que fuese la forma de Gobierno. En amos y siervos en las antiguas monarquías, esto es, un solo hombre en pleno goce de su dignidad, y millones dependientes de sus menores caprichos: en nobles y plebeyos, cuando algunos centenares de familias participaban hasta cierto punto de las prerrogativas reales; en ciudadanos y esclavos en las antiguas repúblicas; en burgueses y bajo pueblo en las sociedades modernas; y en todas, antes y ahora, predominando siempre la *masa* popular, la plebe, la muchedumbre, pobre, ignorante, inmoral, que se dijera constituir una humanidad abortada, monstruosa caricatura del Modelo de quien el hombre es hecho a imagen y semejanza, si no se nos enseñara, al mismo tiempo, que ese hombre de las *masas* en las sociedades cristianas, el *paria* de la India, el *esclavo* del África, o el *salvaje* de América son seres decaídos de su pri-

mitiva grandeza; lo que vale decir que no son el hombre ideal a que se refieren las consoladoras palabras de la Escritura.

La historia de los padecimientos humanos no se ha escrito todavía. Al hombre que ha diezmado regularmente cada diez años la masa de las poblaciones, le ha faltado Homeros que inmortalicen sus hazañas. Un millón de habitantes pereció en Irlanda en 1845 a causa de la enfermedad que atacó a las patatas, único alimento de las muchedumbres, y hasta un siglo antes toda la Europa era Irlanda en la miseria de las masas, sin el auxilio de las patatas que son un don de la América hecho a las masas humanas. La estadística ha revelado que el pueblo vive en término medio cuarenta años hoy, mientras no hace medio siglo, en los mismos lugares no vivía más de veintiocho, y puede afirmarse que durante toda la Edad Media el término medio de la vida del hombre no ha pasado de quince años, si el hombre no era rey, sacerdote, lord, conde o duque; tales eran las dificultades de la existencia donde la tierra pertenecía al señor feudal con el pueblo que como las plantas estaba adherido a ella. Los señores feudales se hacían la guerra entre sí, y juntos combatían contra los reyes, y los reyes a su turno llegaban con la corona guerrera de setecientos años de data, como las de la Francia y la Inglaterra, y Arabes y Tártaros traían, además, al Africa y al Asia con Tamerlán y Tahemet, a pisotear con sus jinetes este vasto hormi-

guero de seres humanos tiranizándose y devorándose entre sí.

El hombre va en camino de desaparecer hasta en Europa. En cuanto a la América, las leyes agrarias distribuyen a cada familia su legítima de globo habitable, y aun guardan para las generaciones futuras el espacio que reclamarán a su tiempo. En una gran parte de la América, de cada tres familias una posee tierra; mientras que aun existen naciones en Europa donde la proporción es uno por quinientos.

Hija de la igualdad americana es la igual distribución, como de la tierra, de legados, de verdades y descubrimientos que viené atesorando la especie humana y forman, por decirlo así, el alma del mundo. La educación común, ha llevado a la raíz del árbol la fecundación de sus frutos, en lugar de tronchar con el hacha del verdugo como hasta aquí, las ramas que nacen ya viciadas.

La educación común, institución americana, es un mundo nuevo de que no fuera posible anticipar idea si sus resultados no estuviesen ya a la mano, como se presiente la hora en que la tierra quedará ceñida por ferrocarriles, y envuelta diez veces en alambres eléctricos. ¡Ay de los pueblos que se queden atrás de un siglo al paso que van los que han puesto la Escuela en la cuna de la sociedad, el telégrafo para transmitir las ideas, el ferrocarril y los vapores para acudir con sus productos adonde haya demanda!

Tales son los elementos y los límites de la his-

toria en la parte de América que tiene ya por cronista el telégrafo y la prensa, por soberano director la inteligencia popular desenvuelta; las máquinas, el vapor, la electricidad por agentes.

Nuestra historia será, si queréis, la lastimosa narración de las caídas que damos en el penoso ascenso de esa encumbrada montaña de principios, dejando estampados en sangre sus rastros, las generaciones que se suceden. Eso es la independencia conquistada, eso las tiranías vencidas. Pero, allá vamos.

De los grandes principios americanos nace la moral de la historia. Con su antorcha en la mano podeis recorrer, sin miedo de extraviaros, el laberinto de acontecimientos políticos que se vienen desenvolviendo de medio siglo a esta parte entre nosotros; con esta piedra de toque podeis reconocer los quilates del mérito intrínseco de los personajes históricos que descuellan. Preguntad ahora, quiénes eran Moreno y Rivadavia, Artigas y Rozas, Quiroga y Paz, y qué significan las guerras y las revoluciones por que hemos pasado, y cada hombre y cada suceso vendrá de suyo a tomar su lugar y su nombre de progreso o de obstáculo, de elemento disolvente o regenerador, de esperanza o de desaliento.

Tened presente siempre, mientras atravesamos estos cuarenta años por el desierto, que la igualdad es el señor que nos sacó de la esclavitud de la casa de Egipto, y que el pueblo adora dioses de barro,

y erige imágenes de reptiles para prosternarse ante ellas.

Nuestra historia colonial anterior a 1810, es una prolongación del viejo mundo en nuestro suelo, con todas las desigualdades de la vieja tradición de la humanidad; desigualdades que pertenecen a la geología de un mundo creado bajo otras condiciones atmosféricas y están, por tanto, condenadas a perecer, faltas de medio ambiente congenital.

Y aquí debo señalaros uno de los mirajes que nos extravían a cada momento, viendo fuentes de aguas cristalinas donde no hay sino abrasados secadales. No hablo de los que toman por nivel de la igualdad las líneas ínfimas, llámense pueblo, tradición o héroe. El marino toma por guía una estrella colocada en el polo del cielo, o por un principio imponderable que figura entre las leyes de la creación; y cuando necesita saber dónde está, interroga con el sextante al sol mismo o a Júpiter, porque nada encontraría en sí mismo que esté libre de incertidumbre.

Los "principios" colocados a la altura de la estrella polar, de la gravitación o de la tracción en la política americana, son como aquellas guías, verdades eternas, claras para todas las inteligencias, sobrenadando, por decirlo así, sobre la movible corriente de los sucesos humanos.

¿Quiénes somos? ¿Adónde vamos? ¿Somos una raza? ¿Cuáles son nuestros progenitores? ¿Somos nación? ¿Cuáles son sus límites?

De estas dudas han nacido derroteros que conducen al abismo. Cual habla de raza latina y raza sajona, dividiendo la América en dos porciones cuyo antagonismo reclama una liga de nacionalidades por la lengua para hacer frente a la acción del filibusterismo. Quien pide a la sombra de cualquier violación del derecho americano, cuyo decálogo habéis oído, fundemos una nacionalidad nuestra, olvidadiza de los principios constituyentes de la asociación americana, tomando un hombre o la geografía por base, ya que la raza nos hace según ellos solidarios, sin hacernos nación por eso, de las prevariaciones del pueblo desde Méjico hasta Valdivia.

Los acontecimientos contemporáneos, lo habéis presentado ya, son la pugna entre estas tendencias, que tienen su base en nosotros mismos, y cambian según el punto de observación, lo que demuestra su inconstancia.

Cuando éramos colonia, la tierra, la ciudadanía, pertenecían a la España. Las leyes de India prohíben al extranjero tocar las playas americanas, poseer bienes, ejercer industrias, adorar a Dios. La ley colonial les negaba la tierra y el agua. En 1745 el censo de la campaña de Buenos Aires daba un inglés, un italiano, cuatro franceses como únicos extranjeros.

Abred ahora el censo. Cuarenta mil blancos criollos, diez mil descendientes de indios o de africanos, diez mil italianos, quince mil vascos de ambas fal-

das de los Pirineos, siete mil ingleses, alemanes o norteamericanos. ¿Cuál es nuestra raza? ¿vascos?

Abrid el mapa. Principiaba la nación en España, se extendía desde la Florida hasta Magallanes en América, hasta las Filipinas y las Molucas en Asia. Tuvo más tarde por límites el cerro argentífero del Potosí y las selvas del Paraguay al Norte, las Cordilleras al Oeste, un grado de latitud convencional al Este. El Paraguay, el Pilcomayo, el Paraná, el Uruguay, eran arterias de su corazón. A poco andar todo cambiaba, los límites se estrechan, los ríos salen a los extremos. A un nuevo vuelco del caleidoscopio, he aquí que las aguas del Norte besan blandamente las plantas de la escurridiza nación argentina, y es fuerza remontar ríos arriba para encontrarla esquivando de mostrar el rostro al mundo, y como el Paraguay, escondida en los bosques, a fin, sin duda, de que los extraños no la vean sentada a la puerta de la tienda de algún Jacob, rodeado de sus rebaños. . . (1)

¡Abrid nuestras constituciones, nuestro derecho civil! ¡El extranjero no existe! ¡las razas no existen! ¡las clases no existen! ¡La Nación la constituyen actos deliberados del pueblo, representado en asambleas, y hay de sus bases y condiciones constancia escriturada, porque es la inteligencia y la voluntad las que constituyen la asociación y no la tierra ni la sangre.

(1) Alusión al Gobierno del Paraná (*N. del E.*)

Si todas nuestras leyes no obedecen a esta ley suprema, es que algo queda de la colonia, de las malas tradiciones antiguas, y de los hábitos no regenerados. Todo lo que no es conforme a los principios abstractos, absolutos, en nosotros no es América, en esta o en la otra porción del continente, son restos de otro mundo condenado a desaparecer en el frote diario del pulimento, que nuestras ideas e instituciones sufren hasta que la palabra América desde el Labrador hasta la Tierra del Fuego, despierte en el alma el conjunto armónico de los principios que ella ha proclamado, practicado e introducido en el mundo como móvil de los hechos históricos.

Tales son, según mi entender, el espíritu y las condiciones que rigen la historia de América.

¡Cuán grande e instructivo es el espectáculo de la historia mirado desde esta altura! El historiador americano es entonces el juez supremo que llama a juicio a los acontecimientos y a los caudillos del pueblo, y como en el fresco de Miguel Angel, rodeado de todos sus santos, Wáshington, Rivadavia, Franklin, Belgrano, pesa los actos públicos de todos, y sin distinción de emperadores, papas, reyes y poderosos de la tierra, precipita al fuego eterno de la condenación de la posteridad, a los que detuvieron con sus locas ambiciones, su egoísmo, su falta de fe en la marcha de los pueblos que aun van rezagados, por las faltas de los Moisés, Aarones y Josué condenados a morir en el desierto.



IV

Me habéis pedido consejo para escribir la historia, y os he mostrado las armas de Rolando que nadie de entre nosotros osara levantar por ahora.

Un trabajo preparatorio por lo menos está a vuestro alcance, y es reunir las pruebas, verificar los datos, esclarecer los hechos en que ha de apoyarse aquel fallo sin apelación y sin causas atenuantes. Ni a la primera edad de la vida, ni a la parcial apreciación de los contemporáneos sienta bien la gravedad de la historia, cuyo augusto magisterio es enseñar, amonestar, precaver, premiar, corregir. Pero podéis como el dibujante estudiar las facciones aisladas, antes de delinear fisonomías, antes de agruparlas piramidalmente, que es el colmo y el escollo del arte plástico. Los grupos históricos se componen de biografías, de accidentes territoriales que les sirven de cuadro, de épocas que son como la atmósfera que respiran. Tomad una figura culminante en nuestra historia, rodeadla de todos los hechos que completaron su existencia, agrupad en torno suyo los hombres y los sucesos, y alguna vez acertaréis a volverle la vida, y dejar un cuadro que se sostenga por la verdad de los accidentes, como aquellos retratos antiguos de personajes ignorados que revelan la mano del maestro. Haced monografías, y el solo esfuerzo de restablecer una época, os habituará la mano para mayores empresas. Nuestra

historia es rica de episodios que pueden separarse del conjunto sin dañar el resto.

La defensa de Buenos Aires, la revolución de Mayo, las campañas de San Martín, el alzamiento de las masas de jinetes, la iniciación de Rivadavia, la recaída de Rosas, etc., etc.

El aspecto topográfico presenta las mismas variedades. La carta comercial del Río de la Plata, ha sufrido tantas variaciones como su carta política, y su estudio os confirmará en la verdad de esa completa unidad americana que me sirve de antorcha para mostraros el camino. Buenos Aires es hijo de Jamaica.

La ley fundamental de las colonias españolas fué el monopolio, su jurado fué el contrabando, monopolio religioso, monopolio de raza, monopolio de autoridad y de poder. Un cordón sanitario de prohibiciones guardaba la América. El istmo de Panamá era la ruta real del Pacífico; los galeones reales, los únicos transportes de los tesoros de Méjico y el Perú. ¡Y bien! El contrabando estableció sus factorías en Jamaica, la libertad de acción, de industria, de comercio, el derecho humano de participación a los beneficios de la América organizaron la República de los Filibusteros, que desde las islas desiertas del mar Caribe asaltaba los galeones y recogía en una hora de lucha, lo que en años de trabajo libre no habría alcanzado. Los Bucaneros tuvieron escuadras formidables, héroes como Morgan, comerciantes y banqueros que celebraban tran-

sacciones por millones con toda la Europa. Faltó-les sólo la familia para constituir una Cartago a las puertas de Roma.

Cartagena de Indias y la soberbia Panamá fueron conquistadas, incendiadas, saqueadas, y sus damas y sus monjas pasaron a alegrar los festines de los hijos del agua salada, que tenían por patria el casco de un buque de piratas.

Destruídos los Filibusteros, el contrabando buscó otro punto por donde enderezar los entuertos del monopolio. Introdújose furtivamente en el Río de la Plata, y desde la Colonia del Sacramento y Buenos Aires se abrió una ruta por tierra al Pacífico. La España advertida mandó un virrey a esta factoría improvisada por el comercio, y el camino de cordilleras substituyó a la antigua ruta del Panamá, ciudad que yo he alcanzado en ruinas, antes de que el tránsito a California y el ferrocarril del Istmo, la volviesen a la vida con la revolución de la independencia; el cabo de Hornos fué habilitado, y el monopolio dejó de producir lo contrario de lo que se propone.

Estos hechos explican el móvil y los antecedentes que trajeron a la Inglaterra en 1806 al Río de la Plata. El contrabando le había enseñado este camino. El virreinato le debe su origen. Los sitiados que se hallaban en Luján y los Galeones cargados de plata tomados por los ingleses en estos mares, son la prueba fehaciente. Las reformas comerciales de la España fueron el primer ensayo económico

del genio de la América, con Moreno, Belgrano y Funes, hombres que bien pronto veréis figurar al frente de la primera página de la revolución que debía intentar la regeneración completa de la organización social, y cuyos últimos desenvolvimientos estamos nosotros mismos bosquejando medio siglo después.

Las rentas que se creó la República desde 1814, eran el resultado de todo este trabajo.

El Paraguay es otra monografía de una porción de la especie humana, y el filósofo, el historiador, el humanista hallarán en su estudio luces que no han alcanzado a dar pequeñas sociedades como la de Pitchaim, de hijos de cristianos nacidos en una isla y secuestrados setenta años de todo contacto con la raza humana, con el comercio y la civilización. El Paraguay con las misiones jesuíticas, con el doctor Francia remedo de Felipe II, con sus monopolios, su aislamiento, sus tradiciones y pueblo guaraní, sus tiranías sin modelo, será un romance extraño, que nadie querrá creer que es historia de un ensayo de tradiciones atrasadas. El rey Busiris, las castas sacerdotales de la India, la clausura de la China, la autocracia de la Rusia, han encontrado una segunda edición en el Paraguay, sin condiciones, sin protesta, como si fuesen sólo cosas un poco olvidadas que es fácil hacer recordar a la especie humana. Lo más curioso del Paraguay es que la colonia española y jesuítica hasta 1810, al ruido de la revolución cierra sus ojos a la luz y sus

puertas al comercio, a la libertad, al contacto con el siglo. El Paraguay es un pedazo del mundo antiguo, que pudiera exhibirse en las exposiciones universales.

He debido fatigar vuestra atención, aún antes de descender a las causas accesorias que imprimen a los sucesos sociales direcciones adversas, como aquellas corrientes del mar que las montañas submarinas u otros accidentes determinan, en dirección opuesta a la marea general o de los vientos reinantes. Esta es vuestra obra, y la carta topográfica que os toca diseñar para la completa explicación de los acontecimientos, de que sois testigos y actores.

La tierra es siempre en historia la fuerza que da nueva vida a los titanes. Los Gracos hubieran salvado a Roma, si hubiesen podido hacer pasar sus leyes agrarias. Y esto es cierto hasta en lo moral. La tierra sostiene largo tiempo en cada localidad las tradiciones, las costumbres, las ideas recibidas, los hábitos que tantas resistencias oponen a la nivelación de la humanidad y a la distribución general de los humanos progresos. Una vez que quise darme cuenta de la lucha entre la civilización y la barbarie entre nosotros, parecióme *hallarla en el aspecto físico del suelo, de hábitos e ideas que engendra*, y alguna verdad debían encerrar aquellas cortas páginas, puesto que han sido aceptadas como esclarecimiento de los hechos.

Pero una fuente y verificación de verdad histórica puedo señalaros sin temor de equivocarme: la

economía política. Los datos estadísticos son para la inteligencia moderna, lo que la intervención de los Dioses es para los antiguos. Son los libros de la Sibila que contienen las predicciones del porvenir. La República, la Monarquía, la libertad, el despotismo, la América, la Europa, las razas, y los sistemas todos, sometedlos a este cartabón. Los hechos económicos, la ley del acrecentamiento de la riqueza, de la población, del crédito, del comercio, de la difusión de las luces, las máquinas, los ferro-carriles, los telégrafos, la sustitución de la razón y la conveniencia pública, a las decisiones de la guerra y de la fuerza, aplicad esta linterna a todos los pueblos, a todas las doctrinas, a todos los hombres, a todos los hechos.

El último progreso humano es el que acaba de realizarse en el telégrafo submarino, que liga a la América con la Europa. Asistimos, pues, a la inauguración de un tercer mundo nuevo; el mundo transparente, visible a un tiempo desde todos sus puntos, la humanidad sintiendo en cada pueblo la repercusión instantánea de las sensaciones sentidas en los otros por los nervios sensorios de que ha sido dotado el globo. Cuando este nuevo sistema se complete y extienda por toda la redondez de la tierra, será lícito al hombre exclamar como Sir Humphry Davy, después de haber aspirado oxígeno puro: "*Sólo el pensamiento existe, y el Universo no se compone sino de ideas, de impresiones de placer y de sufrimientos.*"

LA DOCTRINA MONROE

DISCURSO DE RECEPCIÓN EN LA SOCIEDAD HISTÓRICA DE RHODE ISLAND. — *Providence, Octubre 27 de 1865.*

En una visita de inspección de las Escuelas Comunes del más radical, más rico y culto Estado norteamericano, y en cuyas Escuelas superiores las niñas aprenden latín y griego. de que dieron examen a los visitantes, siendo el orador miembro de la Sociedad Histórica de Rhode-Island, fué invitado por el Gobernador que lo acampañaba, a una sesión que celebraría dicha sociedad para serie presentado.

El discurso de Rhode-Island recuerda los elementos norteamericanos que han contribuído al desarrollo y viabilidad de nuestro país, estando presente el señor Hopkins uno de sus *pioneers*.

Habría que oponer a este cuadro uno que aún no ha sido trazado, de la influencia que la América del Sur ha ejercido, también con sus elementos en el desarrollo de la riqueza de los Estados Unidos. Suyo era el oro de los placeres de California, pero la industria minera no era norteamericana por tradición, como lo es la nuestra; y los cateadores mejicanos, chilenos, peruanos, siguiendo la pista (los rodados), cuando el oro en polvo se agotó en el llano, dieron con las vetas de cuarzo; y del oro pasaron al cinabrio, al cobre y a la plata, y de las faldas de la sierra Nevada del Oeste, a las del Este

donde encontraron las famosas vetas de plata que han hecho de los Estados Unidos el país más productor de metales preciosos. La viña la encontraron cultivada en verjeles, y la reprodujeron por millones de plantas al año. La *irrigación* se les comunicó de la tradición española y peruana; y hasta el cultivo de la alfalfa y la cebada, proceden del mismo origen. Este discurso corre impreso en lengua inglesa, editado por aquella Sociedad.

Señor Presidente:

HACE algunos años que recibimos en Buenos Aires, por conducto de mi amigo el Sr. Hopkins, aquí presente, el Coronel Mitre, y yo, los diplomas que nos constituían miembros honorarios de la Sociedad Histórica de Rhode-Island. Deber mío era al venir a los Estados Unidos, ocupar el asiento que me habéis ofrecido entre vosotros, cuando más no fuera para expresaros mi gratitud, ya que mi honorable amigo el Vice-Presidente Gobernador Arnold, ha tenido la bondad de proporcionarme la ocasión, provocando esta reunión extraordinaria. Muchos años se han acumulado ya sobre mi cabeza; algunos miles de leguas de la superficie de la tierra he recorrido en una vida casi entera de movimiento; mucho me he rozado con los hombres de diversas sociedades, para ceder a la tentación, disculpable en otra edad y circunstancias, de creer que algún título mío me hacía acreedor a esta distinción.

Nuestro concolea el General Mitre, es hoy Presidente de la República Argentina, y S. M. el Em-

perador del Brasil tiénelo por digno aliado, y acaso la misma tienda de campaña cubre sus cabezas a la hora de ésta. Recuerdo este hecho para justificar vuestra elección, ya que ese General Presidente, es también historiador, poeta y publicista, únicos títulos valederos ante vosotros.

No llevaré la afectación de modestia hasta insinuar que igual consideración sería fuera de propósito para conmigo, pues que en algunos de los estantes de vuestra biblioteca han de encontrarse huellas si no profundas de seguro numerosas, de que también yo he trillado el camino de las Letras y removido por lo menos los materiales de que se forma la Historia. En estos días he añadido la *Vida de Lincoln* en español, como muestra de que pongo mi grano de arena en el examen y generalización de los hechos que más de cerca os interesan, porque a nosotros nos interesan también. Lo que no admito es que este nombramiento y el de mi distinguido concolega, fuese producido por el conocimiento anterior de nuestros trabajos históricos. Para el pensamiento sud-americano, el océano es mal conductor, y no llevaré la presunción hasta preguntar, como un capitanejo del Rey de Bambarra en África, qué pensaba y decía de él la Reina de Inglaterra, que acaso ignorase que tal reino existiese en la tierra. Hasta ahora pocos años, un grave historiador inglés, no obstante la comunidad de lengua, preguntaba con desdén: ¿quién ha leído un libro norte-

americano? Podríaís repetir lo mismo de la otra América.

Pero así como no hay efecto sin causa, así también sucede que los extremos se tocan, y los contrastes establecen afinidades, y pudiera ser que entre el Río de la Plata y la bahía de Narrangaset, entre Buenos Aires y Providence, entre los extremos Norte y Sur de América, existiesen esas corrientes y atracciones misteriosas que la ciencia suele encontrar entre substancias diversas. Acaso así se explique cómo un sudamericano se encuentre sentado entre los miembros de una Sociedad Histórica de uno de los Estados que componen la pléyade de la Nueva Inglaterra; Danaides cuyo vaso no está agujereado en el fondo, como el de las antiguas, a juzgar por las pasmosas riquezas que han acumulado su industria y economía.

Apenas hube visitado vuestra pintoresca ciudad de Providence, encontréme con Mr. Church, que conocí ingeniero en Buenos Aires, donde visitó en comisión del Gobierno nuestras fronteras, y escribió una importante memoria, indicando un sencillo plan de defensa contra los salvajes, fundado en el estudio de nuestra geografía. Aquí lo encuentro Coronel de los soldados de Rhode-Island que acudieron al llamado de la Libertad en peligro, como él ha podido vernos en nuestro país, con la espada al cinto por la misma causa. Ya veis que el ingenio de Rhode-Island ha tenido carta de ciudadanía en nuestra patria, y Mr. Church ha debido re-

cordar a su regreso, acaso con simpatía, el país a que prestó el concurso de su inteligencia, y por accidente, el nombre de los que sabían apreciar sus talentos. Supe luego que Mr. Wheelwright, el ingeniero constructor de ferrocarriles, que actualmente lleva a las Pampas, donde sólo relinchaban caballos antes, el silbido civilizador de la locomotora, es oriundo de Newburyport, y ya la conexión entre vuestra República y la nuestra es más sensible, pues el genio emprendedor de este hijo de la Nueva Inglaterra ha hecho campo suyo dos repúblicas, Chile y la República Argentina.

En Rhode-Island se organizó la sociedad que acometió la primera tentativa de introducir la industria norte-americana, en el secuestrado Paraguay, donde tuvo el mal éxito que era de temerse de las veleidades y recelos de los régulos sombríos, que desde el Dr. Francia hasta el último de los López, lo han sustraído al contacto del mundo exterior. Un gobierno que echó dentistas por no hallarlos necesarios, con más razón destruiría una industria naciente, para monopolizar toda fuente de riqueza. Pero aún este desgraciado éxito establecía relaciones entre Rhode-Island y el Río de la Plata. He visto lanzar desde la risueña ensenada del Tigre en el Paraná, el primer vaporcito que surcó sus aguas y ha de haber en Rhode-Island quien se acuerde haber mandado la máquina de vapor que le daba impulso. Tocóme en el Senado de Buenos Aires conceder la línea férrea del Norte; y quien la inven-

tó, solicitó y realizó, era el representante de sus amigos de Rhode-Island, para comunicar la vida y el movimiento a aquellos países.

No ha mucho que a bordo del vapor de la carrera, regresando de aquí a esta última ciudad, el joven capitán de buque J. H. King, me decía que partiría en pocas semanas, en un vapor de Rhode Island al Río de la Plata, a establecer un atracadero-ferrocarril en las márgenes del Paraná, para la carena y compostura de vapores, como los que había construído en Shanghai en China, con capitales y por empresa de Rhode-Island. Comprendo así, que el país donde los ingenieros, las máquinas, los vapores, el capital de Rhode-Island, son los *Pioneers* norte-americanos, pueda haber hecho conocer de algún tiempo los nombres de los hombres públicos argentinos, que más simpática acogida han dado a esta iniciativa; y entre esos nombres, me envanezco de decirlo, figura el mío.

¿Pero cuál ha debido ser mi asombro al visitar la biblioteca de Mr. John Carter Brown, el distinguido bibliófilo, y encontrar en Providence la más completa, abundante e instructiva colección de autores españoles, sobre todo de los que han escrito sobre la América del Sur, desde los primeros días de la conquista hasta nuestra época? Comprendo, después de haber admirado tan rico tesoro, que el sesudo inglés Helps, autor de una excelente historia de la Conquista Española, declare haber encontrado en Rhode-Island los documentos sobre la América

Española que no le suministraba el Museo Británico, tenido por abundante en libros raros. Lo que no comprendo es, si no se apela a esas misteriosas afinidades de que hablaba al principio, por qué se encuentra en Providence este tesoro que la América del Sur le envidiaría. Si, por ejemplo, hubiese de escribirse sobre la guerra que hoy asola el Paraguay, el Brasil y las Repúblicas del Plata, el que la intentare, debiera venir a Rhode-Island a buscar en esta rica colección de libros sobre las misiones de los Jesuitas y las guerras entre españoles y portugueses, por causas de límites, la descripción geográfica de cada palmo de terreno, y los antecedentes echados ya en las misiones guaraníes, con su gobierno teocrático, de las tiranías posteriores y de la presente guerra.

Otros vínculos entre uno y otro país encontré aquí, que no debo pasar por alto. La obsequiosa hospitalidad de nuestro Vice-Presidente el Hon. Samuel Green Arnold, me permitió ver en su biblioteca numerosos documentos argentinos, entre ellos escritos míos casi olvidados, y en el trato familiar descubrí que habla el español sin dificultad, y lo que es más, que ha atravesado la América del Sur de un extremo al otro, visitado la República Argentina, comido con el famoso tirano Rosas, y frecuentado la sociedad de amigos personales míos, los Ocampo y otros cuyo recuerdo me es caro. En su libro de apuntes de viaje vi recordados los incidentes principales, los nombres y fisonomía de los lu-

gares, el aspecto de la sociedad, el Gobierno y los hechos contemporáneos.

En cuanto a mi país, poco bien, si no es el de la buena acogida que recibió, ha podido decirlo el viajero Arnold. Visitólo en 1848, en la época más aciaga de su historia, cuando ya iban transcurridas dos décadas de un despotismo ignorante, cruel y bárbaro, de que no habría ejemplo en la historia, si Felipe II no hubiese en solo un reinado, anonadado una nación para cuatro siglos.

Recuerda Mr. Arnold que sobre el frontispicio de todos los edificios públicos de Buenos Aires y en una cinta colorada que llevaban al pecho los ciudadanos, leía: "*mueran los salvajes, asquerosos, inmundos unitarios*", emblema puesto por el tirano, al pueblo subyugado por veinte años de matanzas. Una soldadesca brutal ostentaba el rojo *chiripá* del indio salvaje por todo vestido, en medio de una sociedad civilizada. En lugar de caminos, conducían a la ciudad canales de barro en que carretas de construcción primitiva, tiradas por bueyes semi-salvajes quedaban para siempre sepultadas. Las calles alumbradas escasamente con velas de sebo, charcos de agua estancadas y hoyos y hiatus en las estrechas aceras. No quiero extenderme más en estos detalles, que estarán estereotipados en la memoria de mi distinguido amigo.

Pero necesito borrar ese daguerreotipo de un mundo fósil ya, y substituirle los lineamientos principales de la escena actual; y como he podido

darle en privado noticias de los numerosos amigos que allá dejó, quiero en el seno de la Sociedad Histórica de Rhode-Island, de que es Vice-Presidente, dar'e también noticias de las ciudades y pueblos sudamericanos que recorrió para mostrarle que mientras se acumulan canas sobre nuestras cabezas como individuos, allá como aquí, las sociedades extienden sus ramas y se cargan como las plantas de frutos dorados. Principiemos por donde su viaje concluyó, en la costa del Pacífico. No lejos del puerto sin nombre de Copiapó en Chile, que el vapor inglés debió tocar en 1848, se fundó en 1852 el puerto y la ciudad de Caldera, desde cuyo muelle arranca el ferro-carril que escalando las Cordilleras de los Andes, trae desde Cbañarcilla y Tres Puntas, los millones de marcos de plata que alimentan el comercio del mundo. Un día de navegación al Sur, lo llevará al puerto de Coquimbo, y un ferrocarril a la Serena. Al anuncio del bloqueo de estos dos puertos, intentado por los españoles, el cobre ha doblado de precio en Inglaterra, lo que prueba que esos dos ferrocarriles exportan casi la mitad del cobre que hoy recibe aquel país.

Un día más y se llega a Valparaíso, la ciudad europea, por su comercio, sus edificios, norteamericana por su actividad, sus ferrocarriles urbanos y el camino de hierro a Santiago, obra del genio norteamericano, en la persona del distinguido ingeniero Allan Campbell, que se ha complacido allí en jugar con las dificultades para otros invencibles, de

escalar materialmente en Tabon la cadena exterior y paralela a los Andes centrales. Santiago, que Mr. Arnold debió conocer ciudad colonial, es hoy llamada la ciudad de los palacios, y aún la morisca Alhambra tiene suntuosa copia en miniatura entre ellos. No la conociera hoy si volviera a verla, como la desconocí yo, que había vivido quince años en ella hasta 1855.

Atravesando los solemnes Andes, una escena dolorosa sorprendería a Mr. Arnold en su segundo viaje. La ciudad de Mendoza, de que tan agradables recuerdos conserva, dejó de existir hace cinco años. Murió de muerte violenta, arrasada hasta los cimientos por el más horrible terremoto de que haya memoria; y le recomiendo que conserve el recuerdo de la ciudad tal como la vió, porque esa imagen es el único monumento que queda de su fisonomía. Queda sólo aquella lujosa vegetación, aquellas risueñas y dilatadas campiñas de alfalfa y de mieses, cuya vista tanto complació al agricultor de Rhode-Island, aquellas viñas que producen hoy exquisito Burdeos, merced al mejor cultivo e industria de viñadores franceses.

Dejando a un lado a San Juan, mi provincia natal, que dista cuarenta leguas de Mendoza, con su ciudad un tanto embellecida, con su "Escuela Sarmiento", la más vasta y monumental de la América del Sur entera; con sus minas de plata que explotan los millones ingleses, y cuya existencia ni soñada era en 1848, sigamos el camino que hoy

hacen en ocho días, las diligencias de Mr. Sauce hasta las márgenes del Paraná. Sobre el Desaguadero hay echado un puente que no había entonces. Lo que sigue de país hasta la villa del Río IV, no ha cambiado sensiblemente de aspecto, y su descripción se la dejo a Mr. Arnold. Pero del Río IV adelante, encontrará al ingeniero Mr. Blyth, su compatriota, que desde el trayecto del ferrocarril a Córdoba cuyos rieles estará colocando a milla por semana, le enseñará la tienda de Mr. Wheelwright, otro compatriota suyo, donde ha de estar con el mapa y el compás en la mano, trazando la prolongación de otras cien leguas de ferrocarril hasta la tórrida Tucumán, sombreándose bajo las enramadas de sus naranjales, jazmines, cedros y pacaraes. Hemos llegado al Rosario, que en el diario de Mr. Arnold figura como un villorrio oscuro de ranchos y casuchas en 1848. Muy atrasado de noticias está. El Rosario es un puerto y ciudad bellísima, punto de partida del ferrocarril central, emporio de los productos de todas las Provincias, con diarios en español, en inglés, y todos los signos de la actividad del comercio.

En lugar de comprar carruaje para hacer la travesía de la Pampa, un vapor lo aguarda en el muelle Kopkins; y descendiendo las tranquilas aguas del Paraná, por entre leguas y leguas de durazneros cargados de frutas que Dios da para regalo de sus criaturas, sean hombres o aves del cielo, llegará a San Fernando, rozándose con las islas que dejó

eriales, habitadas por tigres y hoy son jardines deliciosos, formando con sus numerosos canales una rural Holanda, productora de plantas, maíz, frutas deliciosas y maderas.

Desde San Fernando, el ferrocarril trazado por su amigo Hopkins, lo llevará, pasando por Belgrano, ciudad nacida de la noche a la mañana, por el famoso Palermo de San Benito, antigua residencia del bárbaro tirano, convertida en Escuela de Artes y Oficios, hasta Buenos Aires, ciudad hoy de ciento cincuenta mil habitantes, creciendo hace años a mil edificios anuales y cuya iluminación a gas, enseña los suntuosos hoteles de la Paz y del Louvre, el Coliseo, el Hotel de Roma, el Capitolio, los Clubs del Progreso y del Plata, la Bolsa, el teatro Colón, las cúpulas de diez templos nuevos, la mitad protestantes, y un pueblo activo, la mitad europeo, agitándose en calles empedradas, echando miradas curiosas sobre los almacenes, joyerías y exposiciones de las riquezas industriales de todo el mundo.

Para visitar la campaña, el ferrocarril de la Ensenada, el de Chascomús, el del Oeste y el del Norte, están prontos a toda hora a su servicio. San José de Flores, cuyo bello templo recordaba Mr. Arnold, es ya suburbio de Buenos Aires, mañana será barrio y parroquia de la gran ciudad. Más suntuosa que la iglesia es la Escuela de San José de Flores, y puesto que por ese lado llegó hasta Luján, contaréle que lo que entonces era Guardia de Luján, es hoy la muy noble ciudad de Mercedes, ro-

deada de plantaciones una legua en contorno, y cuyo club, abierto al llegar a sus puertas el ferrocarril del Oeste, costó cien mil pesos. Más al centro de la Pampa, donde en 1848 rondaban todavía los salvajes, se extiende el Partido de Chivilcoy, con cuarenta leguas cuadradas de tierra rica en cereales, cortadas por calles y en lotes de dos leguas; y en el centro de este país agrícola, poblado por inmigrantes, y surcado con los arados norteamericanos que introduce Mr. Coffin con todos los otros implementos de agricultura de este país, se ostenta la hermosa villa de Chivilcoy, con sus anchas avenidas como las de Nueva York, con su *green* (plaza o paseo de césped) como New Haven con sus Escuelas como las de Providence; y como lo indicaba el Rev. Erastus Otis Haven en su lectura sobre los *Beneficios indirectos de la Educación*, como un *desideratum*, en las Escuelas de Norte América, el adornarlas, para formar el gusto nacional con los productos de las bellas artes, Chivilcoy es el único pueblo del mundo que para glorificación de sus Escuelas, ha encomendado al escultor Duteuil, representarle en un grupo, aquella sublime escena del Evangelio en que Jesús dice a los Apóstoles: "*dejad venir a mí los niños y no se lo estorbéis*", imponiéndoles las manos en seguida.

Este es, concolea Arnold, el Buenos Aires que hemos hecho diez años después de veinte de duro batallar por arrancarnos la indígena planta de la tiranía de Rosas. Parte de eso han hecho también el

genio, el capital y el espíritu emprendedor de Rhode Island, y debéis todos vosotros congratularos de ello.

Si notáis que señalo en cada población de campaña, o en la capital, o en algunas Provincias, la existencia de edificios soberbios de Escuela, pido a mi noble amigo Mr. Arnold que recuerde que no hace quince días que le invité a acompañarme al Cementerio del Norte de Providence, y que después de recorrer a la ventura sus sombreadas calles y caminos, ascendiendo sus elevaciones, o bajando a los vallecitos que tan variado hacen el risueño paisaje de la mansión de los muertos, al divisar dos columnas funerarias, "la segunda es", le dije: y desmontándonos del carruaje, nos acercamos religiosamente a la tumba de Horacio Mann, que reconocí por el obelisco que sabía imitado del Vaticano en Roma, y cuya forma recordaba. Todavía otro vínculo entre Rhode Island y mi patria. Aquellas escuelas que embellecen la Pampa de Buenos Aires, son efecto de la inspiración del huésped que descansa al lado de vuestros padres e hijos. "El edificio de la Escuela es la Escuela misma, casi toda la Escuela". Este fué el axioma que aprendí de la experiencia de Horacio Mann, en nuestros coloquios en 1847 en West Newton: porque debéis saber que, mientras Mr. Arnold visitaba mi país para comunicarle un día el movimiento industrial con sus capitales y sus amigos, yo visitaba su patria para llevar el fuego sagrado que mantiene viva

la llama de la libertad, la educación universal del pueblo. Tenía, pues, un amigo más en Rhode Island: Horacio Mann, tenemos otro vínculo más que la Sociedad Histórica, las escuelas comunes. No me detendré a ostentar nuestras líneas de vapores, nuestros diarios y demás adminículos de la civilización. Vuestros marinos os contarán eso y mucho más. Lo que necesito preveniros en precaución y como buen amigo y consocio, es que si alguna potencia nos bloquea, como hoy la España a Chile, estéis preparados a cerrar la mitad de vuestras fábricas de tejidos de lana, porque la que produce la República Argentina de sólo diez años a esta parte, es ya poco menos que la de Australia; en cuatro años más excederá la de ésta y la del Cabo de Buena Esperanza; y al paso que vamos, en diez más, como cuando los Estados Unidos dejaron de proveer algodón, mucho frío ha de sentir el mundo si nosotros le escaseamos nuestros vellones de lana, para abrigarse en el invierno. Esto es para mostrar a los políticos miopes, que tienen grande y personal interés en dejar a la América desenvolverse, porque todo gobierno debe sentir hoy lo que sentía el liberto Terencio hace dos mil años, *Homo sum, et nihil humanum a me alienum puto*. Nada humano es indiferente para los pueblos modernos.

Esto me hace subir de los hechos parciales que he señalado, al principio que debe regirlos. Os decía antes que no hay efectos sin causas. ¿Por qué

Rhode Island está presente en el Río de la Plata? ¿Por qué estoy yo sentado aquí? Os pido toda vuestra indulgencia. Debemos dejar el terreno de la geografía, para remontarnos a las altas regiones de la filosofía de la historia, que es nuestro propósito estudiar, y deseara, contando con vuestra indulgencia, exponer al incorporarme a vuestro Instituto, cómo me explico yo estas influencias de la América del Norte sobre la América del Sur, y cómo habrán de obrar armónicamente en mayor escala, desde que nos hayamos detenido a considerar de dónde emanan, y cuál será la forma en que mejor hayan de dirigirse.

II

Excepto Roma, que desde su fundación sobre las siete colinas, tuvo conciencia de sus futuros destinos, los pueblos predestinados a influir en las instituciones y marcha de la especie humana, se ignoran a sí mismos en sus primeras manifestaciones. Para ellos, como para el individuo, es lento y difícil el *nosce te ipsum* del sabio antiguo. Un ojo extraño acierta mejor a veces a comprenderlo; y en este sentido, Anarchasis no es completamente una invención de Barthélémy. Despojado de todo lente artificial, el observador excita ejercer la visión del conjunto, sin el movimiento propio del objeto observado. En su candor nativo trae la primera

página de la civilización griega, y esta será mi disculpa para aventurar aquí algunas observaciones.

Si largo tiempo transcurre para que los pueblos iniciadores se sientan artífices de la obra que se les ve ejecutar, al principio, por aquellas persistentes asociaciones con lo pasado, vuelven instintivamente los ojos hacia atrás, en lugar de seguir el itinerario que les está trazado. El pueblo escogido de Dios recaía a cada momento en la idolatría que debía disipar en el porvenir; los griegos se aunaban por vengar en la asiática Troya agravios de sus antepasados; y siglos más tarde, Alejandro, con toda la civilización helénica, contramarchaba al Oriente, a perderla y perderse, en lugar de seguir al Occidente, hasta el Lacio, donde tenía ya su vanguardia en la Grande Grecia. Habría sorprendido entónces a los hijos de la Loba etrusca en la infancia, y amansádoslos con las artes de Fidias y la ciencia de Aristóteles. Sin el error de rumbo del hijo de Filipo, nuestras mujeres estarían hoy modeladas por la Venus de Milo, el mundo civilizado hablaría el idioma de Demóstenes, y los bárbaros no habrían perturbado y detenido doce siglos la marcha de la civilización, paralizado las bellas artes, y retardado el triunfo de la democracia.

La Francia en 1789, cediendo a esta fatal propensión del espíritu humano, remontó la historia para buscar en Grecia y Roma la libertad y la República que tenía al habla y le llevaba Lafayette con la Declaración de la Independencia y la Cons-

titución de los Estados Unidos. La verdad está siempre en los hechos actuales, y sólo la cariátide que sostiene el entablamento o lleva la antorcha, parece ignorar su fuerza, o la luz con que ilumina a los otros. ¿Escaparán los Estados Unidos a esta como fatalidad histórica?

Ved sino la doctrina de Monroe, de que se muestra impregnada la atmósfera, y que es más bien una niebla que una luz. Esperan los unos ver desprenderse rayos de su seno; los otros resolverse en aurora boreal fija y esplendente, en aquella luz del Norte que presentía Webster, destinada a guiar a los Magos del Sur, hacia la cuna de la libertad americana. Para el mundo es una causa más de perturbación.

Y sin embargo, la doctrina de Monroe tiene su ejemplo en la historia, y su lugar preparado en el derecho de gentes. El cristianismo tiene su doctrina Monroe, aceptada por el Islam y las potencias occidentales. La Francia ejerce de siglos atrás el protectorado moral del Santo Sepulcro, e interviene con el asentimiento de la Europa en favor de los cristianos de Oriente, a condición de no poner una mano profana sobre el sagrado depósito, en beneficio propio.

Una nación como los Estados Unidos, que ha fecundado en menos de un siglo la República como forma de gobierno estable, sobre terreno virgen y desligado geográfica y políticamente del asiento de los gobiernos tradicionales del resto del mundo,

tiene derecho de guardar los alrededores de la Santa Cuna de un mundo nuevo, y proteger a los cristianos de este occidente, que desprendidos igualmente de todo vínculo, ensayan sobre terreno virgen la organización de la República. La América española no ataca derecho alguno europeo o dinástico en su suelo, y hay agresión europea en intentar recolonizarla con un principio de gobierno que no importaron sus primeros pobladores. La América del Sur está muy abajo en la corriente humana, para pretextar que enturbia el agua a los gobiernos dinásticos.

La doctrina de Monroe fué en su origen la protesta de la Inglaterra y los Estados Unidos, contra toda intervención europea que tuviese por objeto, como lo intentaba la Santa Alianza, la proscripción de principios del gobierno libre en la América del Sur, como habían sido proscriptos en Europa después de 1815.

La Europa entera asintió a ella por el reconocimiento de la independencia de las repúblicas, y la mantiene en las protestas diplomáticas que preceden o suceden a los actos hostiles, de no atentar contra la independencia de ninguno de sus Estados. La doctrina Monroe, asegurando la independencia de las colonias, de suyo independientes, y asegurando el derecho de las colonias a emanciparse, que los Estados Unidos habían proclamado en su Declaración, no comprometía la soberanía inglesa donde se conservaba, puesto que de acuerdo con la Ingla-

terra y a provocación de Mr. Canning, vino la doctrina de Monroe al mundo.

Pero hay siempre una secta que materializa las ideas morales y cree que el Mesías prometido es un rey poderoso que viene a someter la tierra al pueblo que lo espera. El depositario olvidó un momento las leyes del depósito, y la doctrina Monroe perdió su santidad y dejó de ser una barrera de separación, como hoy se la querría pervertir en amenaza.

Al presentarse los Estados Unidos en la escena del mundo moderno, ponían a prueba una constitución sin precedente en la historia de los gobiernos; y los mismos que lanzaban esta nave, construída sobre no experimentado modelo, en mares para ellos inexplorados, temieron a cada momento verla estrellarse contra sirtes desconocidas. La nave hendió los mares, impulsada por auras propicias, haciendo presentir el siglo del vapor aplicado al desenvolvimiento humano. El éxito era debido precisamente a que el plan de la estructura se fundaba en las simples nociones de la justicia. Pero la posterior introducción de un viejo material, antes repudiado, cual es la dominación y absorción de pueblos y territorios por las armas, era volver atrás dos mil años, y renunciar a la iniciativa de la nueva reconstrucción de la humanidad. Era volverse europeos, asiáticos, de americanos que eran, como el general Bonaparte descendía desde lo alto de las pirámides del Egipto, donde el porvenir lo

contemplaba, para disfrazarse con la púrpura poluta y descolorida de Marco Antonio, que traía rodando a sus pies el Simoun de las revoluciones. ¡Qué eclipse tras las nubes de polvo de la historia!

El sistema federal es la más admirable combinación que el acaso haya sugerido al genio del hombre. La Grecia se salva si lo ve; porque a la vista y entre las manos lo tenía, en sus Ligas aqueas y anfictiónicas. Roma se salva, si el Senado concede a los Italiotes aliados la igualdad que reclamaban. La Francia se salva, si por seguir republicana la obra de Luis XI, Richelieu, Mazarín, la Constituyente de 1790 no borra del mapa la Guayana, la Bretaña, el Languedoc, el Artois, la Picardía y las trituradas en Departamentos, como un damero, para entregarlas al Faubourg Saint Antoine o a cualquier general feliz en el juego del ajedrez político. Pero si el sistema federal ha dejado ejercitar los miembros, sin traer congestiones cerebrales, peligroso es convertirlo en República invasora, tragando sin digerir, como el boa romano. Nunca probó bien el experimento. El imperio república con Alejandro, murió de muerte natural en Arbella, matando a la Grecia; la república imperio, con César, abrió como Nerón las entrañas maternas para ver de dónde había salido, y libró su cadáver y el mundo, doce siglos a los ultrajes de los bárbaros. Napoleón murió atado a una roca en medio del océano con que no había contado en la constitución del mundo moderno, y la Francia devolvió la mitad de sus

Departamentos. La España, en cuyos dominios no se ponía el sol, tiene hoy sobre el cielo de la Península una nube de plomo que le impide ver a ella misma el sol que alumbra nuestro siglo; y la Inglaterra no se ha salvado sino el día que preparó sus colonias a emanciparse, dejándole así al mundo el legado de sus instituciones libres, sin la amenaza de su dominio, y creando una Inglaterra moderna, como los fenicios crearon a los cartagineses, sin su fatal destino. La república coronada de laureles y ostentando trofeos, es la muerte del ebrio de oxígeno, que llena de gloriosas ilusiones la mente, mientras el cuerpo muere en convulsiones inefables de alegría. La doctrina Monroe necesita, pues, ser depurada de todas las manchas que el contacto de la mano del hombre ha echado sobre su lustre. Ahora que la Constitución de los Estados Unidos va a fijar en el frío bronce, el metal nuevo que ha salido depurado de la hornalla de la guerra intestina, debe añadirsele como cláusula inmaleable, para dar tranquilidad al mundo exterior. La República de Chile puso a la cabeza de su Constitución esta cláusula: "Chile es el país comprendido entre los Andes y el Pacífico; entre el Cabo de Hornos y el Desierto de Atacama". Los Estados Unidos necesitan decir que son el país que media entre dos océanos y dos tratados; y al día siguiente que lo haga, la doctrina Monroe es aceptada en el derecho de gentes de la Europa, cerrando así el rumbo por donde la magnífica nave puede un día hacer agua.

Quinientos millones de seres humanos se solazarán dentro de dos siglos en ese espacio de la tierra que encierra todos los dones de la naturaleza, y nuestras ideas actuales del derecho, no están calculadas para el gobierno de tales masas de hombres. A este precio, la doctrina Monroe será la oliva ofrecida al mundo.

El gobierno de las sociedades es como la *moral* del individuo, de origen e inspiración divina, y cada rayo de luz que se desprenda de este fuego, cuando acierte a encontrar por pábulo una verdad que esté en la naturaleza humana, iluminará sus alrededores en la extensión del presente o en la profundidad del porvenir, hasta donde la intensidad y brillo de su luz lo permita. Será luna con el despotismo, para dejar siquiera ver los objetos en las tinieblas de la servidumbre o de la ignorancia. Será sol esplendente cada vez que fuertes corrientes de libertad aviven su llama.

¿Quién había de temer que la República había solo de proyectar sombras en torno suyo, la esclavitud hacia el Sur, la conquista al Oeste, la amenaza al Norte, el reto a la Europa, como la Francia que en un tiempo entonó la Marsellesa al balcón de todas las naciones, para darse y darle un nuevo y más grande Luis XIV?

Afortunadamente que la República americana, volviendo luego sobre sus pasos, atraída por las tempestades que deja en pos el que va sembrando vientos, tuvo que depurar su simiente de la cizaña

de malos principios que se introdujeron del mundo antiguo, como la cicuta y el cardo, que desde las costas van invadiendo las pampas argentinas, de donde no son oriundos, y ahora vacilan, tentadas a veces a contramarchar también como los griegos al Asia, para vengarse de los Daríos harto castigados en Maratón y Salamina.

No nos toca a nosotros señalar el camino que delante de sí tiene la República moderna, si no ha de dejarse extraviar por los fuegos fatuos que a tantas otras perdieron; pero nos será permitido, con la ciencia del desierto interrogar el suelo, la lengua, la historia y los progresos de la América del Sur, en relación con la del Norte, que no sólo el istmo de Panamá constituye continuación la una de la otra; y acaso podamos mostrar huellas medio borradas unas, impercederas otras, que revelen el tránsito del *pioneer* exp'orando el país, abriendo caminos para el futuro movimiento.

Desde luego, los Estados Unidos precipitaron la independencia de la América del Sur. Las colonias inglesas al declararse independientes, establecieron ciertas verdades como evidentes *de por sí*, que no lo han sido, sin embargo, para todos los pueblos del mundo, sino a la luz de su feliz ensayo de la Constitución de los Estados Unidos; pero que fueron proclamadas en nombre de la humanidad, como lo exponía Lincoln en su inmortal interpretación de la Declaración, en Independence Hall, en Pensilvania. Hay otras, empero, que se dirigen a

pueblos colocados en ciertas circunstancias con relación a otros: "Cuando en el curso de los sucesos humanos, dice, se hace necesario para un pueblo romper los vínculos que lo ligaban a otro, y asumir entre los poderes de la tierra la posición igual y separada de la Naturaleza y la naturaleza de Dios le asignan, etc."

Fué esta la proclamación del derecho de las colonias a emanciparse, donde quiera que rijan las leyes de la Naturaleza, y la naturaleza de Dios sea comprendida por la conciencia humana. La América del Sur se sintió evocada por este heraldo, y en San Martín y en Bolívar, hablaron Wáshington y Lafayette, que le aseguraron por la sanción de la victoria, la independencia que sus congresos declararon y como los norteamericanos, tomaron asiento entre la familia de las naciones.

Su reconocimiento no se obtuvo sin vencer malquerientes oposiciones. Cuando las nuevas repúblicas nacían a la existencia, acababa de ser vencido y encadenado Napoleón, hijo extraviado de la República francesa. Los Borbones habían sido restaurados como representación incólume del derecho divino de gobernar, y la Santa Alianza constituyéndose en inquisición política para quemar las constituciones que invocasen la voluntad del pueblo.

La Inglaterra y los Estados Unidos, olvidando disentimientos pasajeros, se acordaron esta vez que quedaban solos en el mundo para preservar las libertades inglesas, expuestas a ser aisladas, o pros-

critas; y defendiendo la una el origen popular de sus reyes, sosteniendo los principios de la declaración de la independencia los otros, pidieron y obtuvieron asientos para las emancipadas colonias, declarándolas sus iguales. La doctrina Monroe, que nació entonces, tiene origen más elevado que un nombre propio, como el sistema métrico decimal, que está fundado en las leyes de la naturaleza de Dios, y por tanto no es francés sino humano.

Lo que el Gobierno de Wáshington hizo entonces fué enviar al Río de la Plata, en la América del Sur, a bordo de la fragata "Congress", una misión sin carácter diplomático, a fin de que examinase de cerca el estado y las probabilidades de la guerra de las colonias contra la España por aquella parte. Quería sondear el terreno para proceder al reconocimiento, según la capacidad de las colonias de triunfar definitivamente.

Publicóse el resultado de esta misión exploradora en 1819, en dos volúmenes, en Baltimore, y fué reimpressa en Londres en 1810, y dedicada por el secretario de la misión, Mr. H. M. Brackenridge, a sir James Mackintosh como a quien *comprendía plenamente los destinos futuros de ambas Américas, del Sur y del Norte*, tan de acuerdo marchaban los gabinetes, y tan unidos iban los dos continentes en las simpatías y en la doctrina.

Esta obra, por su carácter y origen oficial y por los documentos que la acompañan, despertó mucho interés en favor de la América del Sur en Ingla-

terra y Estados Unidos. Acompañan a la obra del Secretario el Informe de Mr. Rodney, Jefe de la expedición, dirigido a Mr. John Quincy Adams, entonces Secretario de Estado. Graham, otro de los comisionados, dió por separado otro informe complementario del de Mr. Rodney, que debieron firmar ambos. Termina la obra una carta dirigida a Mr. James Monroe por un ciudadano norte-americano, abogando calurosamente por la Independencia de las colonias españolas, y preparando así la opinión pública al reconocimiento. La conclusión a que llegaba este escrito después de haber sostenido el derecho y la justicia de las colonias a emanciparse, era ésta: *“Es del todo evidente que nosotros debemos ser y hacernos un título de honor de ser los primeros en reconocer la Independencia de Sur América o una parte de ella, toda vez que sea consumada ahora o en diez años más”*.

El libro de Mr. Brackenridge, los informes oficiales y la carta a Monroe, respiran el mismo interés por la causa sur-americana, la misma aprobación de sus motivos, la misma confianza en los resultados. Campea en ellos un simpatía profunda por los pueblos que habitan las márgenes del Río de la Plata, explicando su situación, y suministrando animadoras noticias sobre la topografía, recursos, comercio y civilización presente, y esperanzas de desarrollo, con tal fiel relación de los acontecimientos que han presenciado, y los antecedentes que los produjeron, que los posteriores historiado-

res argentinos, Dominguez, Lamás, Mitre, López, han debido ocurrir a estas fuentes, como a un daguerrotipo de la edad juvenil, para verificar los hechos históricos comprendidos en aquella época.

El público de los Estados Unidos conoció entonces, por el Viaje a Sud América de los Comisionados de Gobierno en la fragata "Congress", la historia, geografía y crónica contemporánea de los países bañados por el Río de la Plata, y se interesó en su independencia, que no tardó en ser reconocida por los Estados Unidos.

Después de aquel acto y del libro de Brackenridge, no se ha publicado obra alguna en los Estados Unidos de estudio y apreciación tan simpática de las Repúblicas de la América del Sur, cuya independencia fué asegurada por generales y batallas que en importancia en nada ceden a las más esclarecidas que celebra la historia.

En 1826 en la discusión sobre la misión al Congreso de Panamá, Webster dejaba oír desde lo alto de la tribuna del Congreso estas sentidas palabras, contra la indiferencia que ya empezaba a insinuarse en los ánimos: "¿Qué se quiere, señor, decía, significar con esto? ¿Preténdese que el pueblo de los Estados Unidos deba mostrarse del todo indiferente a la suerte de estos nuestros nuevos vecinos? ¿No habremos de mirarlos bajo un nuevo punto de vista, desde que se han emancipado de todo dominio extranjero, establecido su Independencia, e instituído a nuestras puertas mismas gobiernos, republica-

nos en su esencia, siguiendo nuestro propio ejemplo? ¡No quiero, señor, hacerme ilusión sobre los progresos de los nuevos Estados, en la grande obra de establecer una libertad popular sobre bases sólidas. Sé que en esa obra larga y que en esa parte son niños de escuela. ¡Pero a Dios gracias ya están en la escuela!"

"Han tenido que habérselas con dificultades que ni nosotros, ni nuestros padres encontramos nunca, y debemos ser muy indulgentes para con ellos. ¿Qué conocimos jamás nosotros de parecido a la servidumbre colonial de aquellos Estados? ¿Cuándo hemos nuestros padres ni nosotros, sentido como ellos, el peso del despotismo que encorva al hombre hasta el suelo, o el de la intolerancia religiosa que va hasta cerrar las puertas a toda otra creencia? Señor, nosotros pertenecemos a otra sociedad, tenemos otros antecedentes. Nosotros no hemos probado ni sufrido nada del despotismo político de la España, ni sentido el calor de las hogueras de la Inquisición. Un hombre racional no ha de exigir de la América del Sud que corra con la misma rapidez que la del Norte, ni pretender que una provincia española insurrecta se encuentre en las mismas condiciones en que se hallaron las colonias inglesas, cuando proclamaron su independencia. Mucho más queda por hacer en el primero que en el segundo caso; pero no por eso ha de ser menos digno de honra el intentarlo, y si a su tiempo todas las dificultades llegasen a ser vencidas, el honor sería más

grande todavía. Será muy ardua la empresa; pero no será menos noble, porque haya mayor ignorancia que disipar, más preocupaciones que desvanecer. Si se achaca a debilidad sentirse fuertemente interesado en el buen éxito de estas revoluciones, tengo que confesarme criminal de aquella debilidad”.

La historia de los Estados Unidos muestra que hasta Jefferson Davis, Webster fué el último de sus hombres de Estado que sintió aquella debilidad.

III

¿Quién ha leído un libro americano? preguntaba no ha mucho el historiador inglés Macaulay. Washington Irving respondió presentando *Vida y Viajes de Cristobal Colón*, y la Inglaterra y el mundo leyeron un libro norteamericano de nacimiento, sudamericano y español de raza.

Fernando e Isabel, Reyes de Aragón y de Castilla, Colón y el Descubrimiento de Hispaniola, son la primera página de la historia de Norte América; y toda vez que el espíritu norteamericano haya de remontar hasta sus fuentes el río histórico de que los Estados Unidos forman un solo brazo, ha de llegar a la España de Carlos V y de Felipe II, como los exploradores del Nilo a las fuentes recientemente descubiertas, y esparcirse por sus contornos, seguir el curso de otros brazos, y encontrarse

por afinidad y complicación, historiador de otra lengua, de otra nación y de otras colonias. WASHINGTON IRVING, siguiendo a COLÓN señaló el camino en el dédalo de cronistas e historiadores españoles y sudamericanos, y los polvorosos documentos hacinados en el archivo de Simancas a toda la escuela de historiadores norteamericano-españoles que siguió sus huellas. Prescott fué el primero que penetró en el río Blanco de las conquistas españolas en Méjico y en el Perú, en los reinados de los Reyes Católicos y de Felipe II, para mejor explicarse el sentido histórico de los sucesos que narra, como Leverrier rehacía y rectificaba los cálculos astronómicos existentes, antes de alzarse en busca de su planeta.

Prescott es historiador sud-americano, y tiene en la historia de las colonias carta de ciudadanía. Prescott es también un historiador español, por su erudición profunda, y por aquella indiferencia moral, que ya veía venir y rechazaba Webster, en cuanto a las consecuencias de los errores y perversidades de la colonización española en la América del Sud. Es regla del arte plástico de la composición histórica, que el historiador ha de mostrarse imparcial y transportarse a vivir de la vida, preocupaciones e ideas de los tiempos que describe. Pero hay gran riesgo de tocar en el extremo opuesto, y perder, a fuerza de imparcial, toda la conciencia del bien y del mal, y enamorándose de su asunto, como el estatuario de la Venus que saca

su cincel del mármol, atentar contra el pudor de la historia y hacerse cómplice de los vicios de sus héroes. Yo he querido descubrir en qué país y en qué siglo han sido escritas las obras de Prescott sobre la colonización española de la América del Sud, y a veces me ha parecido que era en España, a mediados del siglo XVI.

Otra cosa es Motley en su *Rise of the Dutch Republic*, otro brazo de la dominación española que va a los pantanos de Holanda a ahogar en su cuna y la propia patria del degenerado flamenco Felipe II, los gérmenes de la libertad moderna. Motley es norteamericano en cuerpo y alma. Historiador imparcial, ejerce la judicatura histórica, llamando ante su tribunal a los ilustres malvados, que no tienen otro juez en la tierra que el historiador, quien después de oídos los testigos y exhumados los cadáveres para verificar las heridas o la presencia del veneno, entrega a aquellos con su fallo a la execración de las edades futuras. Motley, sin faltar a la imparcialidad histórica, pelea al lado de Orange el Taciturno, interpreta su mutismo y ejecuta sus órdenes. La historia de las guerras de Flandes, es el comienzo de la historia norteamericana, por cuanto allí se ensayaron los principios de gobierno que se desarrollaron al Norte de América, y de la de América, porque los capitanes españoles que de allí pasaron a América, aprendieron a endurecerse al crimen y a la violación de las leyes divinas, en nombre de un Dios, servido con el pillaje y el exterminio.

nio. La historia de Motley no ha sido aún traducida al castellano, acaso porque los ajusticiados en ella, tienen deudos o amigos que se sienten *ensambenitados* en aquel AUTO DE FE celebrado en desagravio de la humanidad, la libertad y la conciencia; y sería de desearlo en la América del Sud, para que el valiente y generoso Motley vaya allí a castigar con su látigo histórico, todo lo que queda de la obra de Felipe II en las colonias que Prescott dejó impune y en tranquila posesión del suelo.

Trasladado así el arte histórico norteamericano a los orígenes de la historia de Sud América, necesitaba penetrar más adentro en la literatura y las bellas artes españolas, y Ticknor, desde Boston, escribió con éxito cumplido la *Historia de la Literatura Española*, con el auxilio de cinco mil volúmenes escritos en aquella lengua, como los ingleses estudiaron el sanscrito, olvidado de los indues, en los Vedas y Puranas. ¡Cosa singular! Las imprentas del idioma español están en París, Bruselas y Nueva York; el primer hablante de la lengua castellana, Andrés Bello, venezolano residente en Chile, no ha estado nunca en España, aunque haya sido nombrado Miembro de la Real Academia de la Lengua, que como el Tribunal de los Ritos en China, tiene por función, rechazar en nombre de una civilización inerte y congelada, las palabras que con los objetos y el movimiento de las ideas, piden carta de ciudadanía. En la Nueva Inglaterra sin hablarla mejor que el griego o el latín, está Mr. Ticknor, el

erudito literato actual de la lengua española, tratada así por los extraños como lengua clásica, pero muerta.

Digna materia de estudio es la España en sus manifestaciones artísticas, que salvo influencias colaterales son suyas propias, sin la herencia del arte antiguo, que no renació para la España como para el resto de la Europa con la caída de Constantinopla. Hasta hoy en la Península y en la América española, Sófocles y Homero no han dado lectura de griego en sus universidades. Velazquez, Murillo, Zurbarán, no son como Miguel Angel y Rafael, discípulos de Fidias ni de Praxíteles. El modelo de Velazquez es el pastor de Castilla la Vieja, elevado al rango de Patriarca: la Virgen de Murillo es la andaluza de formas ondulantes, como lo requiere la belleza curvilínea del ideal humano. Calderón de la Barca inventa de punta a cabo un arte dramático, y llega a mayor perfección que el misterioso pueblo que ha dejado sus monumentos en Nicaragua en la estatuaria. Su mérito no pasa de ahí sin embargo, aunque es tan grande, que la humanidad le debe un *accessit*. Es un prodigio crear un arte, sin echar mano de la tradición humana desde los griegos que deificaron las formas en el mármol o en la palabra; pero tales ensayos no pueden servir de modelo, y después de admirados, pasan a los museos de curiosidades.

En literatura española, Mr. Ticknor ha debido tropezar con aquella grande aerolita, caída del cie-

lo sobre el suelo de la Mancha, Don Quijote, y parándose a contemplarla con la misma admiración y estupor que todos los literatos del mundo. ¡Del cielo! porque no se descubren combinaciones metálicas de ese género en las montañas de España. Ni francesa, ni italiana es, por lo que pudiera haberla perdido un transeunte, como el Gil Blas. Cervantes, como Homero, no tiene parientes: su regia stirpe acaba con él mismo. En efecto, después de Cervantes... la pitonisa ha enmudecido para el mundo. Es el genio humano extraño a las influencias de raza o atmósfera. Encuentra en España rezagada la leyenda extranjera de Amadis de Gaula y la andante caballería, y emprende a golpes de genio expulsar a los haraganes, que pervierten el sentido de la nación. Pero extirpada aquella mala yerba de la edad media, nada nació en su lugar, cuidando la Inquisición de arrancar de raíz toda nueva planta, traída en germen por los vientos que agitaban la Europa moderna.

Cervantes conocía poco la historia de España, y lo que Ticknor señala como descuidos, lo manifiesta por lo numerosos y esenciales. Es por esto que no pertenece a nación alguna. Es gloria excelsa de la raza humana, y todas lo reclaman. Creó a su paso en la tierra un idioma, porque los ángeles del cielo perfeccionan todo lo que tocan. Este idioma se llama el idioma de Cervantes, y ha sido momificado en su honor.

Otra corriente de su propia historia debía lle-

var a los norteamericanos de la América del Sud, desde que su país dejase de ser inglés, para ser AMÉRICA en la historia y progreso de la raza humana. Desde Bancroft y sus historiadores del movimiento interno, la ficción con Cooper, intentaría describir el contacto de la raza blanca con los indígenas que poblaban el suelo que han ido sometiéndolo a cultura, y cuyos anales están perdidos en la espesura de las selvas primitivas. El pensamiento americano no se apercibe todavía de la tintura especial que la vecindad de la selva, le da la filosofía, en la historia, en bellas artes, el espectáculo de la naturaleza originaria, el contacto con el alma humana, tal como era en las primeras ediciones, y se ve en el salvaje, antes que se saturase con las nociones que la historia y el arte de escribir le suministran; pasando de imaginar a razonar, de la comparación a la deducción. La oratoria del piel roja, el consejo de los sachems, el wiggam encierran a Demóstenes, el senado romano, el ágora.

Más allá de las de las fronteras y de lo presente, están los monumentos de una civilización que ha tenido su edad media sin *renacimiento*. La América tiene sus petrificadas ciudades, moradas que fueron de un gran pueblo que creció en ellas: pirámides del género de las de Egipto, templos y palacios que hoy fecundan los troncos de árboles seculares. La arquitectura de Sahi, revela una civilización a la egipcia, aunque rama de la misma familia humana por la construcción piramidal y la momia que

se encuentra en Tebas y en el Perú, con el mismo *canopo*, o ídolo, con el mismo nombre y el mismo lugar colocado; y cuando estos monumentos que principian por montículos y acaban por la enorme masa de piedras talladas y esculpturadas con mil jeroglíficos, hayan sido estudiados, clasificados y comparados, la historia de ambas Américas comenzará por la misma página, ilustrada con las mismas láminas desde sus orígenes indígenas, hasta Colón, desde donde se divide en dos grandes capítulos, Cabot y Pizarro, que termina en Wáshington, Bolívar y San Martín en los extremos opuestos para volver por las instituciones propias y los desarrollos sucesivos, a ser la *Historia Común de la Grande Familia Americana*, poniendo en la antigua, o el renacimiento, para instrucción de sus hijos, las de las naciones que le suministraron sus habitantes y sus artes: el Egipto y los bárbaros primero, los ingleses y españoles después, el mundo entero más tarde.

No había de hacerse esperar largo tiempo la crítica histórica aplicada a los toscos *materiales*, colectados por historiadores plásticos y por viajeros observadores. *A New History of the Conquest of Mexico in which Las Casas's denuntiations of the popular historians of that war are fully vindicated*, by Robert Anderson Wilson, han venido a abrir una nueva época en la historia del mundo antiquísimo, mostrando por el examen crítico de las ruinas de treinta ciudades de la América Cen-

tral, que antes de la aparición de griegos y romanos, ligaba por la navegación, la religión y las artes, una misma humanidad de la misma manera civilizada, la India, la Fenicia y el Egipto, el Yucatán en la América Central, Méjico al Norte y el Perú al Sur, pues no ceden en importancia las ruinas peruanas a las de los otros países nombrados, ni en indicaciones de la evidencia del origen común entre fenicios y egipcios y las antiguas civilizaciones americanas.

Aquel estudio sobre las artes y monumentos antiguos, ha principiado ya en Norte América; pero siguiendo las trazas del pueblo que los dejó en sus emigraciones al Sur, Stephen los ha encontrado aproximándose al arte griega en las estatuas de Nicaragua, Norman en Yucatán diseminadas en pirámides, palacios y templos en las solemnes ruinas de Chichen, Kabah, Zahi y Uxmal. como los exploradores españoles las habían encontrado asombrosas en Palenque, en el Cuzco y por todo el Perú, donde hay señales no de una sino de varias civilizaciones monumentales anteriores a la época de los Incas, quienes ya las encontraron en ruinas.

Mientras que estos trabajos de anticuarios se completan, sigamos los pasos de otros exploradores que examinan el terreno de la escena futura del movimiento humano.

The exploration of the Valley of the Amazon, made under direction of the Navy Department, by Lewis Herdon and Lardner Gibbon, mandada pu-

blicar por la Sala de Representantes del Congreso de los Estados Unidos, ha expuesto a la contemplación del mundo el más pasmoso estuario de ríos que como las venas en el cuerpo, se difunden para dar vida a todo el continente sudamericano, pues se ligan a la hoya del Orinoco y pueden sin grande esfuerzo comunicarse con el Río de la Plata. Acaso el Amazonas está destinado para hacer una devolución de los países tórridos a la zona negra, a quien Dios lo adjudicó, levantándose naciones púnicas a lo largo del poderoso Amazonas, con libertos del Brasil y de los Estados Unidos.

La Plata, the Argentine Confederation and Paraguay, being a narrative of the exploration of the tributaries of the river La Plata and adjacent countries, under the order of the United States Government, by Thomas Page, U. S. N. Comander of the Expedition, es otra exploración del segundo de los ríos sudamericanos después del Amazonas, y continuación por la "Watter Witch" en 1855, de la misión de 1817, de la fragata "Congress".

La obra publicada sobre Chile por el teniente Gillis, de la marina norteamericana y más tarde secretario del Instituto Smithsonian, completa aunque con poco tino en esta parte, el estudio norteamericano en los puntos principales de la América del Sud, esperándose la obra de Mr. Squier sobre Yucatán y el Perú, sobre monumentos antiguos, y lo que añade del estudio presente de aquella parte.

Pueden citarse como complemento científico de

estas exploraciones de la América del Sud, las observaciones astronómicas ejecutadas por el mismo Gillis desde Chile sobre la región austral del cielo en las inmediaciones del Polo, que aún no han sido publicadas, y que fueron mandadas hacer bajo el patrocinio del Gobierno de los Estados Unidos. La expedición científica encabezada por el sabio Agassiz, y costeada por ciudadanos de Massachusetts, con el propósito de estudiar la geología botánica y mineralogía del Brasil, y de la hoya del Plata, está destinada a ilustrar con nuevos datos las nociones que ya se tienen sobre aquellos países; y si se llevase a cabo la idea del astrónomo Gould de Cambridge, de erigir en Córdoba un observatorio para completar lo que falta a un catálogo completo de las estrellas, los Estados Unidos habrían dado la última mano a la grande obra de inventariar la Creación, de que nuestro globo forma tan mínima y humilde parte.

Más influyente parte en el progreso material de la América del Sud cabe a los que han extendido hasta ella los beneficios de la locomoción rápida, que tantos males de la mala colonización española ha venido a remediar. Panamá, el punto central en la ocupación y conquista de las costas del Pacífico por la España, fué un tiempo la ruta oficial y obligada del comercio, hasta que el contrabando abrió nuevas vías por el Río de la Plata y Chile para llegar al Perú. La revolución de la independencia franqueó el Cabo de Hornos, y disi-

pados sus terrores Panamá cayó en ruinas como Palmira del Desierto, cuando el comercio de Oriente abandonó la ruta del golfo pérsico.

El norteamericano Stephens, el célebre anticuario, emprendió ligar los dos océanos con el ferrocarril de Panamá, obra pavorosa que sólo el *go a head* americano podía acometer, calculando de antemano como el general que quiere apoderarse de una posición estratégica, el número de víctimas que habrán de sacrificarse a los dioses infernales. Panamá ha vuelto a ser el centro del comercio de ambos mares, y lo será del Oriente y del Occidente, con los archipiélagos del mundo oceánico intermediario.

En Chile, Wheelwright abre la primera línea de ferrocarriles en Copiapó, haciendo nacer un puerto y una ciudad en Caldera. Entre Valparaíso y Santiago, Campbell traza el proyecto que más dificultades naturales haya vencido en el mundo, con sólo dos excepciones hasta entonces, y el norteamericano Meigs, es el ejecutor feliz de aquella obra de ciencia y de audacia.

Campbell pasa la cordillera de los Andes, y traza sobre la llana y de suyo nivelada superficie de las Pampas argentinas, el ferrocarril central desde el Rosario a Córdoba, que está construyendo actualmente Wheelwright, quien se propone llevarlo por Tucumán hasta las profundidades del continente sudamericano, con lo que se introducirá un rayo de civilización y progreso en aquellas colonias mediterráneas que la España escondió en el seno

de las selvas y lejos de las costas para substraerlas al movimiento del mundo.

Puentes en los ríos, telégrafos eléctricos, canales como el que abrirá en el Delta del Paraná Eduardo Hopkins, inventor del ferrocarril de Buenos Aires y San Fernando, como asimismo servicios de diligencias en los caminos, molinos de vapor como los norteamericanos, provisión de aguas corrientes a las ciudades, ferrocarriles urbanos, son de ordinario en la América del Sud empresa o ejecución de ideas norteamericanas, y muestra de su necesario contacto.

Así la historia de las colonias españolas y la literatura de su lengua; los monumentos y vestigios de otras edades que cubren su suelo; la exploración de los grandes ríos y sus tributarios; la geología y naturaleza de los terrenos que bañan las vías de comunicación terrestre para acelerar el movimiento; hasta las constelaciones del cielo austral, han venido durante medio siglo excitando la actividad de los norteamericanos, como si fuesen parte integrante aquellos conocimientos de su historia, geografía y cielo, y aquel mundo prolongación natural del suyo, dando campo vasto a su actividad e industria, arrastrándolos la naturaleza de las cosas, más que una reconocida homogeneidad, a extender su acción sobre aquellos países, y avanzar los conocimientos humanos sobre sus mal exploradas regiones.

¿No hay en este movimiento instintivo leyes que lo dirijan e impulsen, como las aguas se encami-

nan hacia donde un desnivel y depresión mayor del suelo les traza un canal?

El mundo político actual presenta muchos de los rasgos de aquellas épocas iniciales en que sociedades espontáneas ensayaban siete y más principios de gobierno y civilización, según que accidentes históricos o geográficos determinaron su desenvolvimiento interno; chocándose entre si por prevalecer en el exterior, hasta que sucumbiendo las organizaciones débiles, como supone Darwin en la selección natural de las especies, se determinó una corriente que arrastró tras sí las otras tendencias, imponiéndose aquella por siglos a la humanidad. Los Egipcios con sus castas sacerdotales: los Persas con sus Daríos; los Espartanos con sus leyes de Licurgo; los Atenienses con sus bellas artes; los Fenicios y Cartagineses con su comercio y colonias; los Romanos con sus legiones y su legislación, cada uno de por sí vienen bregando, luchando por establecerse modelo y regla universal, hasta que los Griegos eliminan a Persas y Egipcios; los Romanos a Griegos y Cartagineses, y Roma al fin se hace la corriente que remodela el Oriente y Occidente, absorbiéndolos en su seno.

¿Quién no ve que hay flotantes, por decirlo así, en el mundo político actual, como aquellas enormes masas de hielo polares, impelidas por los vientos y próximas a chocarse, tendencias cartaginesas con su comercio, colonias y fuerte oligarquía; aspiraciones teocráticas que remueven las sociedades

desde otro punto, solicitándolas a volver atrás; recrudescencias de imperio romano con sus águilas y sus legiones de veteranos por toda razón, y hasta una Macedonia se encontraría a retaguardia y en la frontera de aquella discordante Grecia, espiando sus movimientos?

La reproducción del ciclo fatal de Vico, aunque en proporciones más vastas se realizaría, sin el advenimiento de la América que ha dislocado el mundo antiguo, sacando su centro del Mediterráneo y descentralizándolo.

En la América, los Estados Unidos acaban, por la guerra social interna, de tomar posesión definida en el mundo político, pasando de ensayo de instituciones, a civilización inicial, armada de todas piezas, y preparada necesariamente para servir de regla y modelo a una de esas generales conclusiones en que la humanidad ansía por reposarse después de haber sostenido cada una de sus fracciones alguna verdad separada.

Sería necesario más espacio y meditación que la que admite una reseña pasajera, para determinar, dadas las necesidades de la época, los elementos que constituyen la civilización norteamericana. Indicaremos los que entran en nuestro propósito. Separación histórica y alejamiento geográfico de las tradiciones y escena del viejo mundo. Exposición al Pacífico y al Atlántico, al Oriente y al Occidente antiguos. Posesión en su territorio de enormes depósitos de oro, plata, hierro, carbón de piedra y

maderas, elementos indispensables al engrandecimiento humano. Diez veces más terreno que el que ocupa la generación presente, para dar lugar a las futuras, con su natural crecimiento, y la absorción acelerante del crecimiento de otras naciones. Supremacía marítima como medio de contacto con los otros pueblos; sin inferioridad militar, a nación alguna existente, tanto en el número, como en la eficacia de las armas; generalización nacional de la facultad inventiva, para acelerar y multiplicar las producciones de la industria humana, y apropiarse la materia; aptitud intelectual generalizada a toda la nación y a todas las generaciones por un plan de educación universal para difundir inmediatamente todo nuevo progreso del saber humano en todos los países; preparación del suelo terminada ya por ferrocarriles, canales, ríos y mares a un rápido movimiento y circulación; y todo este conjunto de ventajas naturales o adquiridas, creado, impulsado, regido por un sistema de instituciones políticas que tienen la sanción del tiempo, de la experiencia fructuosa y feliz, y lo que es más, la sanción moral de la conciencia humana en todos los países, puesto que la libertad civil y religiosa, de acción y de pensamiento, está ya como una verdad incuestionable, en la conciencia de los hombres, aunque no en todas partes esté en los hechos.

Como se ve por esta reseña, ninguno de los poderes actuales de la tierra tiene en su seno o en su esencia todos, aunque tenga algunos, de estos ele-

mentos de grandeza presente o de desarrollo futuro.

Por otra parte, sólo la Inglaterra y los Estados Unidos tienen instituciones fundamentales que ofrecer como modelo al mundo futuro; la Inglaterra porque propaga las suyas, con su comercio, industria y lengua, a sus numerosas colonias, no exportando afuera los moldes de tierra en que fueron vaciadas, su monarquía y su patriciado; los Estados Unidos, porque las han fecundado y dilatado en terreno exento de las creaciones del pasado. La Inglaterra aristocrática puede enorgullecerse de haber producido los democráticos Estados Unidos, como la patricia Cornelia a los tribunicios Gracos; pero falta aún ver si los Gracos modernos aciertan mejor a dirigir las fuerzas populares y salvándose a sí mismos, salvan al mundo de esos retrocesos que siguen al extravío de los iniciadores y guías en los grandes movimientos sociales. Nosotros no creemos en la fatalidad histórica. El mal es obra de los hombres, de los accidentes de la vida, de un error o de una pasión del momento. ¿En qué forma habrán de dilatar su acción los Estados Unidos?

IV

IMAGINAOS la posibilidad de que de la materia solar se desprendiese una grande mole, y obedeciendo a la ley empírica de Bode, viniese a fijarse entre

Marte y Júpiter en el hiatus en donde hoy vagan cien asteroides. ¡Qué perturbación en las órbitas del mundo solar! ¡Qué aberraciones hasta equilibrarse las antiguas con la nueva atracción perturbadora! ¡Y en el interior de los planetas, qué sacudimientos nunca vistos; qué alzarse violentamente los mares, y de ahí los cambios de lecho, los diluvios y los trastornos! ¡Cuánto tiempo para que de la confusión universal saliese el nuevo orden regular, armónico, equilibrado!

Tal fué la situación de la América del Sur al comenzar de nuestro siglo. Los Estados Unidos se desprendieron al fin del resto de la masa del mundo europeo, y tomaron asiento entre las antiguas naciones, llenando el hiatus que separaba el Oriente antiguo del moderno Occidente; y la conmoción se sintió luego en toda la tierra. La América del Sur fué irresistiblemente atraída a ser independiente también; y luchó y batalló desde un extremo al otro y rompió sus cadenas y fué independiente. "Y fué la tarde y la mañana del primer día." El día siguiente traía su tarea; organizar gobierno. ¿Serían Repúblicas? La francesa de 1793 había sucumbido. ¿Serían monarquías? Los reyes de España, el uno era imbécil, el otro estaba cautivo. ¿Serían imperios? El grande emperador estaba para escarmiento, atado a la roca de Santa Helena. Despejada la tormenta europea en 1815, iluminado el caos, el mundo político aparece en tres grupos. La Europa continental bajo la Santa Alian-

za; la Inglaterra liberal y monárquica; los Estados Unidos de América republicanos y federales. ¿Cuál de estos dechados tomará por tipo la América del Sur?

El libertador Bolívar extiende su prestigiosa influencia sobre Venezuela, Nueva Granada, Ecuador, Perú y la improvisada Bolivia. Bolívar *imaginó*, al decir de un panegirista suyo, una adaptación del gobierno inglés, "*libre sin excesos tumultuarios, fuerte sin los azares del despotismo, con Cámaras populares, Presidente vitalicio, y entre estos extremos un Senado hereditario*".

¡Pero entre imaginar y realizar, hay un mundo! ¡Cuánto no han imaginado los franceses desde Siéyès, Robespierre, Fourier y Napoleón el Grande! Por toda la América del Sur, del fondo de la sociedad, en despecho de las cuerdas combinaciones algebraicas de los hombres de Estado, salía de la lucha misma, de la parcial emancipación de los pueblos, la disolución de los antiguos virreinos, con la palabra *federación*, más que con la forma; con la intuición más bien que la idea. "Semejante forma de gobierno, decía Bolívar, es una anarquía regular, o más bien la ley que prescribe desasociarse y arruinar el Estado. Pienso que mejor sería para la América adoptar el Koran, que el Gobierno de los Estados Unidos, *aunque es el mejor del mundo.*" Y sin embargo, la grande aglomeración que venía haciendo desde el Orinoco hasta el Desaguadero, se *desasoció*, y la República

federal, como los Estados Unidos, quedó establecida, o sigue pugnando por establecerse.

Por el mismo tiempo, el Libertador del extremo Sur de la América, el General San Martín, cuya vida y actos públicos he tenido el honor de ofrecer a vuestra biblioteca, decía: "me muero cada vez que oigo hablar de federación. ¿Puede verificarse?" Y sin embargo, no murió sin reconocer en su país la federación intuitiva, establecida a despecho del Congreso de 1818, que aceptaba la monarquía, y a despecho del Congreso de 1826, que constituía la República unitaria. Después de su muerte, esos mismos que como él se morían de oír la palabra federación, constituyeron las *Provincias Unidas del Río de la Plata*, obedeciendo al voto popular, como Méjico ha luchado veinte años por llamarse los Estados Unidos de Méjico.

¿Por qué esta persistencia general en adoptar una forma que no estaba en sus antecedentes históricos? Porque con esa forma se presentaba poderosa, feliz, libre, la única República subsistente, los Estados Unidos de América; y los pueblos no aceptan ideas abstractas, sin la forma que revisten en los hechos prácticos. Aquellos países serán aptos o no para la federación, estarán o no preparados para el gobierno propio, la República vino, por la misma razón que vino la Independencia, y porque la República de nuestro siglo, la República modelo, la gran República revestía el ropaje federal.

He aquí, pues, otra influencia de los Estados

Unidos sobre la América del Sur: influencia *inconsciente*, latente, permanente, instigadora de cambios y de revoluciones.

La mitad de los trastornos de Méjico, de Colombia, de la República Argentina, durante medio siglo, hasta demoler todo el sistema colonial, hasta pulverizar las imitaciones de la República romano-francesa, han sido efecto de influencias indirectas, pero eficaces de los Estados Unidos.

De las directas, un solo hecho os dará idea. En 1848 volvió de los Estados Unidos un viajero, y con la inspección que había hecho del juego admirable de la Constitución de los Estados Unidos y con sorpresa de sus antiguos correligionarios políticos, inició un movimiento en la prensa, que pasó a la opinión, a los partidos, a la guerra y a las instituciones. Su razonamiento era sencillo. "La voluntad nacional, la violencia, los hechos, han dado al Estado la forma federal. Las constituciones no son más que la proclamación de los derechos y obligaciones del hombre en sociedad. En este punto todas las constituciones del mundo pueden reducirse a una sola. En cuanto al mecanismo federal, no hay otra regla que seguir por ahora, que la Constitución de los Estados Unidos. ¿Queremos ser federales? Seámoslo al menos como lo son los únicos pueblos que tienen esta forma de gobierno. ¿Queríamos acaso inventar otra forma federal desconocida hasta hoy en la tierra?... Llamaos los Es-

tados Unidos de la América del Sur, y el sentimiento de la dignidad humana, y una noble emulación conspirarán para no hacer un baldón del nombre a que se asocian grandes ideas." En 1859, después de diez años de trepidaciones en los hechos y en las ideas, las Provincias *Unidas* del Río de la Plata fueron proclamadas, con lo que Story destronó a Rosas, fruto de la doctrina del libre arbitrio en materia constitucional, como fueron la obra de Rousseau, Sièyès, Robespierre, Napoleón, los desastres de la revolución francesa que decapitaba a Luis XVI en nombre de la libertad, para llegar dos veces a Julio César, esto es, para volver dos mil años atrás en la ciencia del gobierno de las sociedades humanas.

Principio norteamericano es la libertad de las conciencias, la igualdad de las creencias, el desarme general de las ideas religiosas que han ensangrentado la tierra por siglos. A la persecución religiosa debe el mundo la existencia de los Estados Unidos; a Rogerio Williams debe la historia el pacto de alianza entre perseguidores y perseguidos, y la raza humana su quietud de conciencia presente. Strauss, Colenzo, Renan, pueden examinar de nuevo la Biblia, sin llevar como Lutero, Calvino, Torquemada, Tomás Becket de Cantorbery, los hombres y los libros, a la guerra y a la hoguera, para someter la verdad religiosa al juicio de la sangre y del fuego que se creía el juicio de Dios.

La América del Sud, poblada por exterminado-

res religiosos, aunados el fanatismo y las Leyes de Indias, en el Estado inquisición, se ha desgarrado heroicamente para arrancarse del cuerpo este elemento constitutivo de su propia esencia, adherido tenazmente en una iglesia dominante, con inmensos bienes, con un personal exclusivo, docente sin contradicción, prestigioso, prepotente.

La libertad de cultos ha sido la piedra de escándalo en toda la América española, y las temporalidades del clero, el blanco de la lucha de los partidos. Las muchedumbres ignorantes, supersticiosas, indiferentes a la libertad, al bienestar, a la nacionalidad, sólo eran sensibles cuando se hacía vibrar la cuerda de la religión dominante, exclusiva, intolerante; y los Estados Unidos están presenciando la suerte que cupo a Méjico en su lucha por romper la cadena secular. Juárez secularizó los bienes de la Iglesia, y los obispos entregaron el Estado al extranjero. Maximiliano, en nombre de los grandes principios, hizo justicia a Juárez, y se quedó con la República. ¿Hay tanto motivo para maldecir esas santas luchas intestinas de la América del Sur?

El soldado que sale cubierto de heridas del combate, ¿es menos glorioso que el que salió sano y salvo? Norte América cosechó el fruto de la sangre derramada por sus padres en Inglaterra, que les trajo a los Peregrinos, a Lord Baltimore, Penn y Williams. Sólo hace cuarenta años que el pueblo en Lima desparpajó los tizones de la Inquisición, y des-

barató los instrumentos de la tortura. La América del Sur va todavía por su guerra de los Treinta años, para entrar en las condiciones sociales del mundo moderno; desangrándose, para que protestantes y disidentes ingleses y norteamericanos tengan derecho, allá como aquí, de adorar a Dios, según la fe de sus padres. La primera Constitución de las Provincias Unidas del Río de la Plata, decía en 1815: "la religión *católica, apostólica, romana*, es la religión del estado". La segunda de 1819 añadía, "a la que prestarán sus habitantes el mayor respeto, *sea cuales fueran sus opiniones*." La de Buenos Aires, de 1834, promulgada más tarde, siempre con religión de Estado, decía sin embargo, "*es inviolable el derecho que todo hombre tiene para dar culto a Dios, según su conciencia*". La final de 1853, suprimiendo la religión de Estado, se contenta con decir: "EL GOBIERNO FEDERAL *sostiene el culto católico*". Cuarenta años ha costado llegar desde la exclusión colonial, hasta la supresión de la iglesia de Estado; pero entre cada una de aquellas enmiendas, media un trastorno y muchas batallas. Acaso sean necesarias otras y otras para llegar al principio norteamericano.

Cuatro años de guerra, la pérdida de un millón de hombres y cinco mil millones de deuda, cuestales a los Estados Unidos ser los últimos en la tierra en abolir la esclavitud. La propia experiencia les ha enseñado a ser indulgentes con aquellos audaces y determinados patriotas sudamericanos, que desde

1810 adelante, emprendieron a un tiempo ser independientes, dar libertad a sus esclavos como la querían para ellos, y darse una forma de gobierno que no estaba en sus tradiciones coloniales, como la de los Estados Unidos, sin desalentarse dos veces como la Francia, y abandonar su suerte a la tutela de un hombre, pues que ni el prestigioso Bolívar, ni Rosas el sanguinario exterminador, fueron parte a domeñar el indomable propósito de la América del Sud, de aprender a ser libre, a sus costillas, a su riesgo y peligro, ofreciendo su sangre, una generación tras otra, para regar cada principio nuevo introducido en la patria. Así es que cuando habían ganado un punto, y dejándolo establecido, lo abandonaban al cuidado de las mujeres, y por el cilicio y el ayuno, se preparaban a conquistar el otro; y una nueva guerra civil comienza, y tras la batalla se firma la *carta magna*: tras otra *el bill of rights*; tras otra la libertad de cultos para los extranjeros, porque nosotros los católicos la tenemos. ¡Santos Padres Peregrinos de la América del Sud, un día os harán justicia los hijos de los Plymouth de Rhode-Island y Massachusetts Bay!

No quiero disimularos que la ignorancia de tres siglos, la ignorancia española del siglo XV, traída a tierra salvaje, la abyección del indio crudo incorporado en la sociedad colonial, el fanatismo, el aflojamiento de todo vínculo moral, su consecuencia, no produzcan en la América del Sud peores resultados que los que ha producido la esclava-

vitud en el Sud de los Estados Unidos. No hay apostolado sin Judas, sin Pedro que niegue tres veces a su maestro. Habéis visto en el sincero historiador Macaulay, cómo la época y los hombres más depravados de Inglaterra, fueron sin embargo los que constituyeron definitivamente la libertad inglesa.

No os pedimos indulgencia sino justicia para la América del Sud. Sólo el tiempo necesario para que cada causa produzca su efecto. Comparemos. Los Estados Unidos pusieron diez años en hacer la guerra de la Independencia, y cuatro en la de la esclavitud. Como nosotros hicimos las dos cosas a un tiempo, pusimos quince. Estamos a mano. Pero vosotros no habéis hecho la guerra por establecer la libertad de conciencias, que la Inglaterra hizo por vosotros en un siglo de horrores, de persecuciones y de destierros por millares. Vosotros soís el resultado de esa guerra. Dadnos veinte años siquiera para apagar los fuegos de la Inquisición, a cada rato renaciendo aquí y allá en la vasta extensión de la América. Pero vosotros no habéis tenido una influencia francesa que desde 1810 hasta 18... qué se yo cuántos, os haya estado perturbando con malos libros y peores ejemplos, para mostraros, como era el *maximum bonum* del gobierno, la República, no, que el imperio. El imperio no, sino la monarquía por la gracia de Dios restaurada: no restaurada, sino popular. ¡Fuera monarquía! venga la República. ¡Abajo la República, es Empera-

dor...! pero vosotros no habéis tenido unos Estados Unidos por vecinos, que al mismo tiempo os tantalicen con su federación, con sus progresos asombrosos y sus libertades. ¿Cuántos años nos concedéis para ensayar todos estos modelos de la perfección humana? ¿Ni veinte más siquiera? Pues no hace tantos que logramos ser independientes y comenzamos a probar recetas, buenas unas y perversas otras, hasta que el diablo metió la cola, y volvió a encenderse la guerra por toda aquella extensión. Y la Europa interviene en Méjico, en Chile, en el Perú, en Santo Domingo. Salen a la palestra los indios guaraníes, educados por los Jesuitas, a darnos un cacique salvaje, gerente de Dios en la tierra, y tenéis el campo de Agramante.

¿Creéis que en el entretanto aquellos países se han arruinado? ¡Pobres deducciones del viejo sentido común! Eso era bueno antes de la guerra de los Estados Unidos. Vosotros sabéis en qué época se introdujeron en la Aduana de Inglaterra las primeras siete pacas del algodón con que hoy vestís al mundo. Pues bien: en menos tiempo la República Argentina se ha hecho el primer productor en peleterías y el segundo en lanas. Chile en cobre y plata tiene el primer rango, y su carbón de piedra abastece al Pacífico. Sin el salitre del Perú y sin el huano, menos cañonazos se dispararían y menos fértil sería la tierra en Europa. La quinina es exclusiva producción de Bolivia, como el añil y la cochinilla hacen la riqueza de Centro América; par-

ticipando de todas estas producciones en menor o mayor escala el Ecuador y Colombia, sin excluir el café y el azúcar que enriquecen al Brasil. Todas estas grandes y aun dilatables industrias, han nacido y se han desarrollado al calor de la Revolución; pues que la España ignoró que de tales productos fuese capaz la América. No hay Estado que no esté haciendo ferrocarriles, o no los posea desde hace tiempo; y cuando la prensa anuncia el proyecto de un *Código Civil* de Nueva York, es cuando en unas secciones sud-americanas de diez años a esta parte, en otras de cinco, todas tienen en ejercicio Códigos de comercio, civil, criminal, etc., etc. Todavía creo que hemos de combatir en América por establecer vuestro sistema de Educación Común. Combatiremos; ¡quedará fundado!

Mas os invito a que echéis una mirada sobre la situación actual de la América del Sud, que arde en la guerra, casi de uno a otro extremo, y veréis cómo es inocente ella de la mitad de sus desgracias. ¿Qué es lo que véis, en efecto? La isla de Santo Domingo ocupada por la España, que creyó que el pueblo pedía a gritos reanudar la rota cadena de la colonización; y después de tres años de guerra con ese mismo pueblo, la España misma confesando que se había engañado al creer que tales aclamaciones había oído. ¿No oyen las beatas decir a las campanas, lo que ellas quieren oír? En la *Revue des Deux-Mondes* de 1861 se encuentra explicado cómo la España hizo ella misma llamarse, por el

tratado de 1856, y cómo acudió presurosa a su propio llamado.

Méjico también pidió a gritos un Emperador para asegurarla a la Iglesia sus bienes. Esta es la verdad oficial, la verdad verosímil, la verdad, pero no toda la verdad, como decía Lincoln. Toda la verdad es que hace tiempo se proclamó en Europa la era de los Césares, la negación de los principios políticos que son la base del gobierno de los Estados Unidos, substituyéndoles para el arreglo de las naciones, el cálculo de la parábola que describe la bala del cañón. ¿Qué culpa tiene Méjico de que estas u otras teorías políticas se ensayen en Europa, donde tantas se han ensayado sin éxito, y de que la guerra de los Estados Unidos, abriese camino para ponerle a sus puertas, la teoría imperial como tropezadero? Méjico, tan desestinado, tan incapaz de gobierno, tan desmoralizado, como se le cree, no sucumbió en Puebla, como Roma en Farsalia; y fatigando a sus detractores y a sus vencedores, empieza a interesar al mundo por su valor, su constancia en la desgracia y su amor a las instituciones republicanas. Acaso si viviera Talleyrand, repetiría al segundo lo que en vano dijo al primero: S. M. no oirá el último cañonazo de una guerra con los que pelearon ochocientos años con los moros. La América del Sud consumó su independencia con derrotas, hasta que de la confusión salieron, como los Grant y los Sherman, los Bolívar y los San Martín, que acaban en una campaña,

cuatro años de combate. Si el dicho de Pablo Jones, "recién empiezo a pelear", cuando hundiéndose su nave le intimaban rendición, es norteamericano, la América del Sur fué un colosal Pablo Jones, que dijo lo mismo desde el Río de la Plata y Concepción, hasta Centro América y Méjico. El Coronel Pringles, mi compatriota, estrechado contra el mar por los españoles, se metió al mar con su destacamento de caballería, y continuó peleando entre las olas sin rendirse. Los enemigos respetaron aquel heroísmo y le abrieron paso, escoltándolo hasta su ejército.

En el Perú se presenta una cosa como agente diplomático español, reclama celebrar un tratado de independencia y sin aguardar respuesta, una comisión científica española declaró anexadas al Museo de Madrid las islas huaneras de Chinchas. La América se indigna de la *reivindicación*; la prensa de Chile se ríe un poco de la gracia, la Reina desapruueba la *reivindicación*, pero retiene lo reivindicado. El gobierno del Perú quiere prescindir del agravio, y el pueblo se subleva, y tenéis ya la guerra civil. La España refuerza sus escuadras, no se contenta con tres millones que su agente había pedido por tratar; y arma querrela a Chile, porque le salude la bandera, como iría uno de nosotros a Inglaterra a exigirle en su casa a un lord inglés, que a fuer de bien criado, nos quite el sombrero, y castigarlo si no sabe lo que le pasa, cuando tal demanda oye.

Y aunque la España se equivocó en Santo Domingo, y desaprobó sus agentes en el Perú, y sus ministros en Chile. En Méjico, puede también haberse equivocado S. M. el Emperador, que todos estamos sujetos a error, pero esto no quitará que a la América se le eche en cara siempre que ella les enturbie el agua, como el cordero al lobo; y si protesta que aún no había nacido en la época del agravio, se le replica que habrá sido su PRIMO AMERICANO, que para el objeto es lo mismo.

Otra guerra abraza medio continente americano, la guerra del Paraguay con el Brasil, la República Argentina y el Uruguay. Aquí, en Providence, en la biblioteca de Mr. Carte Brown, encontraréis cuatrocientos volúmenes escritos sobre esa guerra, que comienza por una bula del papa Alejandro VI. Yo os daré un apéndice a esos libros. Recordaréis que en Massachusetts los Puritanos pusieron en práctica las leyes de Moisés. En el Paraguay los Jesuitas se propusieron ensayar teorías de gobierno, que se deducen de las Epístolas de San Pablo y de la tradición de los primitivos tiempos de la Iglesia. Instituyeron un gobierno paternal teocrático, con la abnegación individual, la obediencia pasiva *per inde ac cadaver*, como la base de su asociación; la comunidad de bienes, la pobreza del individuo y la riqueza del Estado, como es su instituto. Ensayaron *in anima vili*, en indios reducidos: y todo marchó bien, mientras hubo un padre jesuita que tocase la campana para salir

al trabajo, para comer, para rezar, para hacer el ejercicio, apagar el fuego a la hora de queda, alegrarse públicamente al repique de las campanas, o entristecerse en masa cuando tocaban plañideramente a muerto. Tan bien iba el ensayo, y tanto prosperaban (no los indios gobernados paternalmente, sino los padres gobernantes), que los reyes católicos a quienes los indios de las misiones del Paraguay no conocían por su Rey, sino por medio de los misioneros, a una misma hora de la noche, en toda la extensión de la América, expulsaron a los Jesuitas. Después del Exodo, viéronse las consecuencias del gobierno paternal. Faltaron los padres, faltó la reina en cien colmenas de abejas, y la confusión se hizo por todas partes. Las abejas, bípedos enseñados a moverse por voluntad ajena, se desbandaron por los bosques, echando menos el alma que les daba vida y pensaba por ellos. La revolución sobrevino, y un discípulo político de los Jesuitas, montó el gobierno sobre la base de la obediencia pasiva, del hombre abeja, y administró pacíficamente el Estado guaraní medio siglo. Sucedióle en el gobierno el primero que acertó a pasar, cuando el tirano se hubo muerto, y éste dejó a su hijo por testamento el gobierno solo hace dos o tres años. Aquí tenéis una República que en cincuenta y cuatro años sólo ha tenido dos dictadores. Pocas son las monarquías del mundo que han tenido tan largos reinados. Desde los tiempos de los Jesuitas, el Gobierno hace por su cuenta el comercio extran-

jero: vende el tabaco, la yerba mate, las maderas de los bosques. El ciudadano de aquella ejemplar república, tiene el derecho de trabajar y el de vender al gobierno al precio que la ley le asigna. Poniéndose en contacto con el mundo exterior, el tercero de los Dictadores, proveyóse de armas, vapores, maquinistas, ingenieros y capitanes en Inglaterra, y un día, con sorpresa de todo el Paraguay encerrado en sí mismo medio siglo, extraño a la guerra de la Independencia en que no tomó parte, invade a Matto Grosso de un lado, a Corrientes del otro, sin dar de ello aviso al Brasil ni a la República Argentina agredidos, sino después de consumada la agresión.

He aquí, pues, corriendo la sangre hoy, porque ahora dos siglos, unos buenos sacerdotes creyeron haber inventado un gobierno adecuado a la situación de sus neófitos salvajes, y *ad majorem Dei gloriam*. Pero cualquiera que el éxito de esa guerra sea y ya parece no ser dudoso, el Paraguay quedará abierto al comercio y civilización del mundo, y ricos dones de la zona tórrida descenderán por aquellos ríos majestuosos a reunirse en las bocas del Plata, con lo que traen otros ríos de climas templados; y aún quizá se realice la idea de canalizar el terreno que divide el Paraguay afluente del Plata, con el Maderas, afluente del Amazonas, que está por la naturaleza ligado al Orinoco, presentando así al mundo atónito, el último de los mundos en reserva para el desarrollo de la humanidad, con

una navegación fluvial de mil doscientos ríos tributarios, atravesando el valle del Amazonas, que es por sí solo un mundo, y descargando sus aguas en el mar Caribe al Norte, o en el Río de la Plata al Sur, o en el Amazonas al Este.

Sin eso, vuestras empresas en el Río de la Plata, vuestra iniciativa en el Paraguay, para volver de los mundos fantásticos del porvenir a las realidades prácticas de la vida, tomarán nuevo incremento, y el cañón que ahora truena en las soledades del Paraguay, los ejércitos que penetran en las villas y misiones, rodeadas hasta donde la vista alcanza de espesos naranjales, serán lo Precursores de la Industria Americana, para quitar la exclusas y cataratas que impedían el paso a vuestros vapores de ríos, hasta el centro de la América, donde el algodón crece espontáneamente en su patria nativa, donde el hierro tiñe de rojo el suelo sobre el que se mecen palmas y dátiles, que sólo comen los huacamayos de colores ardientes.

Terminaré esta larga exposición, señalando una influencia norteamericana que falta, ya que os he mostrado las benéficas y las perversas que nos trabajan. No sólo de pan vive el hombre; y la Nueva Inglaterra está ahí para acreditarlo, en honra de la especie humana, y en cumplimiento del precepto. Ya os he mostrado cómo el espíritu de Horacio Mann coloniza la América del Sur, levantando escuelas suntuosas donde quiera que son conocidas sus doctrinas. Esta acción moral debe ser continua-

da, dilatada, fortificada. Filantropía os sobra, después de haberla derramado en torno vuestro, y acudido con bálsamo a todas las heridas. Las Sociedades Bíblicas expenden anualmente millón y medio de pesos en llevar la luz del Cristianismo a los más distantes puntos del globo. Pero la América del Sur no participa de esos dones, ni los aceptaría en esa forma. No es iniciarla en las tradiciones escritas lo que necesita, sino en el espíritu práctico del cristianismo. Sé que habéis fundado en Providence una escuela normal para preparar maestras que lleven al Sur y distribuyan el pan de la moral a los libertos por el cultivo de la inteligencia.

El Gobernador Andrew ha mandado ya 600 maestras al territorio de Wáshington para prepararlo a llevar la toga de Estado. Esta es la última forma de la propagación de los principios del Evangelio, unidos con la libertad y el trabajo libre. Esto es la que la América del Sud necesita y aceptaría. En las Escuelas que he visitado, se enseña francés en unas, alemán en otras, en ninguna español. ¿Se preparan vuestros maestros a ir a Francia a enseñar las artes de la libertad americana? Y el español es sin embargo la clave de la América del Sud. Vuestros grandes historiadores le deben su fama: vuestros navegantes, ingenieros, constructores, lo necesitan cada vez que a uno y otro lado de los Andes, desde Cabo de Hornos hasta California y la Habana, tocan costa sus naves, o penetran en el interior de la tierra.

Cuando las sociedades miraban para atrás al avanzar, los griegos aprendían el egipcio, los romanos el griego, los bárbaros el latín. Temían extrañarse. Ahora que el pueblo está en posesión de sí mismo, son los idiomas del porvenir los que deben aprenderse y el inglés es el idioma del mundo oceánico, como el español es la lengua que va a desarrollarse a continuación del inglés en la América del Sud. Es el castellano el idioma que el pueblo norteamericano tiene delante de sí, como un hilo conductor, y debiera hacerse el idioma enseñado en las Escuelas donde un idioma a más del inglés se enseña. Vuestras maestras de Escuelas abrirán colegios en veinte Estados sudamericanos, en doscientas capitales de Provincia, en mil villas y ciudades, y con provecho propio, prepararán el terreno al arado, al cultivo, a las máquinas de segar, de trillar, y a los seis mil seiscientos privilegios de invención que ha acordado este año la Oficina de Patentes, y que en la América del Sur no se difunden, porque no está preparada la inteligencia del pueblo para usarlos. Esta es la única conquista digna de un pueblo libre; esta es la doctrina Monroe en acción; este, el rol iniciador de Rhode Island en el Río de la Plata; este mi título para sentarme en la Sociedad Histórica, que me ha honrado con nombrarme miembro suyo.

CONFERENCIA SOBRE DARWIN

CONFERENCIA LEIDA EN EL TEATRO NACIONAL,
DESPUÉS DE LA MUERTE DE DARWIN. — (30 de
Mayo de 1881)

El Círculo Médico celebró una conferencia pública para honrar la memoria de uno de los sabios más profundos de este siglo y tuvo la idea feliz, aunque calificada de *peregrina* antes de expedirse, de pedir a Sarmiento una conferencia sobre Darwin.

Nuestros recuerdos personales, reforzados por el minucioso estudio a que nos obliga la recopilación de estas Obras, recorriendo las impresiones fugitivas, pero siempre genuinas de los diarios, revelan este hecho singular, que el siguiente discurso ha sido la única producción del autor que se impuso desde el primer momento, obteniendo el aplauso unánime de todos los diarios sin excepción, calificándole, amigos, indiferentes o adversos, de discurso monumental. El hecho sólo de haber hallado en los diarios de la época, apreciaciones que envolvían denuestos, pintando el *Discurso a la Bandera* como la obra de un loco y de un imbécil, teniendo que salir "La Tribuna" a su defensa, dice bien que aquel recuerdo no es tan indiferente como para silenciarlo. Si se tratara de una producción cuyo mérito pudiera discutirse, explicaríamos ese consenso unánime con la filosófica reflexión de la fábula, *muy mal debo de bailar...* y creer que había sido mediocre: pero un tema impersonal que

no hería intereses, tratado con esa elevación, logró acallar esa vez, las resistencias que vociferaron en torno de su larga y azarosa vida y espolonearon su genio.

El numeroso público de damas y caballeros que tuvo la fortuna de oír esa conferencia, a más de sorprendido de los conocimientos revelados en un trabajo casi improvisado (1), quedó muy impresionado por el arte exquisita de la lectura, dándole valor y claridad a los conceptos, sin grandilocuencia ni ahucamiento, en el tono de la conversación de salón e infinita gracia y galantería a las picantes alusiones y anécdotas que hacían accesible al auditorio un asunto tan árido.

Señoras y Señores:

HE sido invitado por el Círculo Médico, para dar en su nombre testimonio solemne de respeto y admiración a uno de los más grandes pensadores contemporáneos, al observador más profundo, al innovador más reflexivo y tranquilo, al más humilde y honrado expositor, y para decirlo todo, a Darwin, muerto a la edad de ochenta y tres años de la vida más laboriosa, dotando a la ciencia en los últimos, de libros cada vez más profundos, como si temiera llevarse consigo el secreto de sus últimos estudios, no obstante dejar el siglo lleno de su nombre.

Con este recuerdo, con saber que los comienzos de su ilustre carrera fueron estas Pampas Argentinas y aquel Estrecho de Magallanes y la Tierra del Fue-

(1) El autor tuvo una semana para preparar este discurso.

go por él explorados, puedo estar seguro de la indulgencia de los que me hacen el honor de escucharme; y en las simpatías de las señoras, si agrego que Darwin ha terminado su larga y laboriosa carrera rodeado de su familia, criada como él en la simplicidad de la vida de campo inglesa, tan confortable como inteligente.

A nadie debe tomar de nuevo esta noble manifestación en honor de uno de los más grandes ingenios de nuestros tiempos, porque con harta frecuencia y para honor nuestro, grandes nombres que figuran en los anales de los progresos de las ciencias, se ligan a nuestra historia y a nuestros progresos también.

Figura entre ellos, en primera línea, el ingeniero Azara, que instigado por la abundancia de sus colecciones, se forjó un sistema de clasificación de aves y cuadrúpedos, que vino a ser casi una repetición del de Linneo. Bompland es el primer emigrante francés que penetra en esta América con Humboldt, y se queda hasta su muerte en Corrientes. D'Orbigny precedió a Bravard, y ambos han descrito la Pampa, atribuyéndole diverso origen geológico. Hoy ya es conocida con el nombre de formación pampeana, como una última página de la creación, cubierta de jeroglíficos que nuestros paisanos traducen ya, y como los fellahs de Egipto, faraones y momias, venden megateriums, clyptodones, mi-lodones y caballos antiguos, que no respondieron al

llamado, puesto que no se salvaron en el Arca de Noé.

Tenemos, en fin, entre nosotros, al sabio Burmeister, el primer paleontólogo, que escribe desde nuestra patria, la *Historia de la Creación*, mientras que el sabio Gould prepara la última edición de *Los Cielos*, corregida y aumentada considerablemente, desde nuestro Observatorio de Córdoba.

¿Por qué no habremos de asociarnos a los que en el resto del mundo tributan homenaje a la memoria de Darwin, si todavía están frescos los rastros que marcan su paso por nuestro territorio, y es uno de nuestros propios sabios?

Designado para hablar sobre cosas que tocan a las ciencias naturales y sobre las doctrinas de un gran naturalista, me siento más a mis anchas con los miembros del Círculo Médico, que con el numeroso público que esperará tal vez oír de mis labios una luminosa exposición de las ideas que hacen de Darwin la piedra de escándalo en cuanto al origen y descendencia del hombre. Pero los jóvenes facultativos iniciados en las ciencias que concurren al ejercicio de su profesión, saben a qué atenerse a este respecto y lo que mejor saben es que carezco de autoridad para emitir opinión sobre materias que salen, o no entraron en el campo de la vida pública que ha sido mi provincia especial.

No saldré, pues, de mi terreno trillado.

Pudiera decir, señores, que me era familiar el nombre de Darwin desde hace cuarenta años, cuan-

do embarcado en la *Beagle* que mandaba Fitz-Roy, visitó el extremo Sur del Continente, pues conocí el buque y su tripulación y desde luego el *Viaje de un Naturalista* que hube de citar no pocas veces hablando del Estrecho. Recordaréis que nunca me mostré muy celoso de nuestras posesiones australes, porque no las creía dignas de quemar un barril de pólvora en su defensa, reprobando se montase con fantásticas descripciones la imaginación de estos pueblos que esperan todavía hallar el *Dorado*, por nuestros padres buscado en vano en esas mismas regiones, a fin de no tener una guerra en rescate de aquel Santo Sepulcro de las tradicionales ilusiones.

II

No me atrevería a tener opinión propia sobre la teoría fundamental de Darwin, en presencia de mi ilustre amigo el sabio Burmeister, que no la acepta como comprobado sistema de la naturaleza, desechándola por ser efecto de un procedimiento no científico, por cuanto no parte de hechos reconocidos e incontrovertibles, para elevarse de su existencia a la causa que los produce.

Opinaba lo mismo hace diez años el naturalista Agassiz, que tan profundos estudios hizo sobre el sistema glaciario; y a más de lo que le oí a ese res-

pecto en Cambridge, declarólo así en términos precisos, que constan de una Conferencia impresa. —Me preguntaban, decía, “qué objeto me lleva a emprender mi viaje de exploración al río Amazonas: naturalmente, aumentar mis colecciones de peces para mis estudios; pero el interés que me arrastra, es la esperanza de poder demostrar que no se funda en hechos la teoría del transformismo.”

En otra parte fija bien su doctrina, diciendo: “Todas las derivaciones de las especies conocidas, no son para nosotros monstruosidades; y la ocurrencia de éstas, bajo influencias perturbadoras, añade, para mi modo de ver, nueva evidencia de la fijeza de las razas”.

Debo agregar, para que más se aprecien sus posteriores declaraciones, que hallando infundada la idea de transformación de las especies, “estaba persuadido, decía, de que a menos que pueda demostrarse que las diferencias entre las razas de negros, de blancos y de indios son inestables y transitorias, está en contradicción con los hechos dar común origen a todas las variedades de la familia humana, y en desacuerdo con los principios científicos, hacer diferencias entre las razas humanas y las especies animales, en un punto de vista sistemado.”

Un sabio de la altura de Agassiz, y montado sobre esta teoría científica del diverso origen de

las razas, no viene muy dispuesto a dejarse guiar por la primera indicación en contrario.

Al ver indios y negros, no puede resistir, empero, a la tentación de comparar a los unos con la estructura del babuino, a los otros con la del chimpancé.

Concluye, sin embargo, su expedición con pasmosos resultados, y en una carta al Emperador del Brasil, dándole las gracias por la generosa protección que a su empresa ha prodigado, hace esta reseña, que por lo breve y grandiosa, puede repetirse ante nuestro público, y también porque se halla incluida en un libro escrito por la señora de Agassiz, lo que hará que las presentes se interesen en la obra de una dama.

"Estimo en más de mil ochocientas, dice, las especies de peces que poseo actualmente, y llegarán a dos mil. No insistiré en lo que hay de sorprendente en esta variedad de especies de peces en las aguas del Amazonas y tributarios, bien que me sea difícil familiarizarme con la idea de que el Amazonas nutre el doble de especies que el Mediterráneo y un número más considerable que el Atlántico de polo a polo.

"Pero no es sólo el número de especies lo que sorprenderá a los naturalistas. El hecho de que en su mayor parte están circunscritas en límites restringidos, es más sorprendente todavía; y no dejará de tener una influencia directa sobre las ideas

“que se difunden al presente sobre el origen de los seres vivientes.”

No recuerdo que ninguno de los partidarios de las ideas de transformismo, haya tenido en cuenta esta declaración de Agassiz, e ignoro si él la ha adoptado después francamente, como Lyell aceptó la existencia del hombre fósil, después de haberla negado veinte años.

Los ríos tributarios del Amazonas alcanzan a seiscientos, casi todos navegables, y en cada uno hay tres divisiones de especies de peces, unos que habitan la embocadura, otros el centro, y otros hacia las fuentes, sin mezclarse entre sí, mientras que hay otras especies que recorren todo el Amazonas y remontan por sus afluentes. Pudiera decirse de éstos que son los miembros del gobierno de la nación amazónica, y los otros constituyen los provincianos.

Debemos suponer que el Criador amaneció muy de buen humor, el quinto día, y miró con ojos muy benignos al Brasil, para echar de una sentada, mil ochocientas especies diversas de peces en el Amazonas, y tan bien disciplinados, que hasta hoy conservan los lugares asignados a cada especie.

Darwin ha simplificado el trabajo, con la explicación de la variabilidad de las formas orgánicas, según sus necesidades y colocación. Es un hecho conocido que lo que lo indujo a sospecharlo, fué un pajarillo, chileno de origen, que encontró en el archipiélago de los Galápagos, el cual sin dejar de

ser el mismo, había modificado su pico en corto, largo, grueso o delgado, según que en su localidad hallaba insectos, semillas, granos, o nueces duras para comer; bien así como el eucaliptus, único árbol casi de la Australia, y que nos es tan familiar, ha adquirido cien formas, según que el terreno es pantanoso, o de sécano, de valle o de montaña.

Bástenos, pues, aquella casi confesión del que venía arrastrado al Amazonas, por la esperanza de hallar pruebas que no encontró para combatir la idea del transformismo, para que nosotros que nos contentamos con menos especies de peces en nuestros ríos, y que podemos alegar en nuestro favor la opinión de nuestro naturalista paleontólogo de Mercedes, señor Ameghino, que opina como Darwin sobre el mismo terreno que aquel recorrió, para no tener mucha vergüenza de creer que hemos sido todos los presentes monos y monas!... muy monas!...

Y hay entre nosotros muchos que con razón propia creen, practican y prueban las doctrinas del ilustre sabio, con la circunstancia de que se enriquecen con su creencia, cosa que no nos sucede a todos los que creemos en el progreso humano.

Los inteligentes criadores de ovejas son unos Darwinistas consumados, y sin rivales en el arte de *variar las especies*.

De ellos tomó Darwin sus primeras nociones, aquí mismo, en nuestros campos, nociones que perfeccionó dándose a la cría de palomas, que es en

Europa el arte de hacer variedades a merced de la fantasía del criador.

También aquí fué donde vió en los potrillos cintas en las patas, que parecen indicar la descendencia del caballo doméstico, o su parentesco con la cebra o el caguar, cintas que después desaparecen.

Hay en nuestro país centenares de estancieros, criadores de ovejas y de otros animales. Entre aquellos descuellan los Pereira, Duportal, Chás, Ocampo, Olivera, Casares, Kemmis, Dowry, que leen de corrido a Darwin con sus puntos y comas, cuando trata de la variación por la selección natural, pues ellos la hacen artificial, escogiendo los reproductores. Por lo demás, se les da un ardite de que descendan a su vez los patrones de otra cruce y de otra selección.

Le hemos dado, pues, ciencia, y fama a Darwin, con los fósiles y las crías argentinas; y siguiendo sus indicaciones, se enriquecen nuestros estancieros.

Me parece que hay motivo suficiente para que seamos los Argentinos partidarios de la doctrina del transformismo, pues que nosotros transformamos una variedad de ovejas en otra. Hemos constituido una nueva especie: *lo oveja argentifera*, porque da plata y porque es argentina además.

III

Como me exigiréis que dé una idea de lo que es en sí la nueva teoría y por qué razón les hace a algunos tantas cosquillas; y como los que me oyen no tienen más fe en mi especialidad en ciencias naturales que la que yo mismo tengo, me serviré de una explicación casera que dió el sabio Huxley en una conferencia en Londres, ante caballeros y señoras, para explicar esto mismo.

“Las investigaciones de los últimos tiempos, dijo, han revelado, en verdad, una gran riqueza de vida orgánica en las rocas. Han sido descubiertas de treinta a cuarenta mil especies de fósiles. No hay motivo para dudar de que aquellos seres vivieron o murieron cerca, o en los lugares en que se les encuentra hoy, como no se puede dudar que son conchas las que se encuentran vacías en la costa del mar.

“Lo que tenemos que hacer en seguida, es observar el carácter general de aquellos restos fósiles, y sobre todo hasta dónde las *Floras* y *Faunas* extintas, difieren de la *Flora* y la *Fauna* de nuestro tiempo.

“Si dividimos el reino animal en órdenes, hallaremos que hay ciento veinte de éstas. ¿Cuántas órdenes de animales están absolutamente extinguidas?

“Entre los mamíferos y las aves, ninguno se ha extinguido.

“Pero cuando llegamos a los reptiles, de ocho órdenes, cuatro se han extinguido.

“Entre los afibios hay un orden extinguido.

“Ningun orden de peces se considera extinguido; y no falta ningun orden de insectos.

“Entre los crustáceos, sólo dos órdenes se echan de menos. De los parásitos y gusanos, siete existen, pero faltan tres órdenes: de los *Equinodermos* y de los *Protozoas* solo hay uno, habiendo diez o doce extintas de las ciento veinte órdenes primitivas.”

Ahora, en cuanto a la sucesión, Huxley a quien sigo, la ejemplifica gráficamente así:

“Suponed queuviésemos que cavar un pozo vertical debajo de nosotros en dirección de las antípodas. Encontraréis en los diversos lechos que habremos de atravesar, restos de animales que se hallan en esos lechos y no en otros. Desde luego daremos con terrenos de acarreo, en que se encuentran grandes animales, elefantes, rinocerontes, tigres de caverna, lo que parecerá raro en Inglaterra.

“Si cavamos más abajo, se encuentran restos de un ganado extraño, y en la arcilla llamada de Londres, restos de tortugas, palmas y otros grandes frutos tropicales, con conchas que no se encuentran ahora sino en los trópicos.

“Si seguimos más abajo, encontraremos todavía cosas diferentes, restos de enormes lagartos, ichthyosauros, pterodáctylos, plesiosauros.

“De aquí sale el principio de que en una serie de lechos de barro naturalmente dispuestos, los más bajos son los más antiguos, llegando a la conclusión de que cuanto más nos alejamos en tiempo, mayor

diferencia se nota entre la vida vegetal y animal de una época y la que hoy existe.

“De manera que si atravesásemos el enorme espesor de la costra de la tierra, y llegásemos a las rocas más antiguas, dejarían de encontrarse animales vertebrados, como cuadrúpedos, aves, peces; debajo sólo se encontrarían animales sin vértebras; y en las más antiguas rocas se harían cada vez más escasos, hasta que al fin en las que se suponen las más antiguas, la creación animal se reduciría a cuatro formas: la *oldamia*, — que no se sabe bien si es animal o planta, — un molusco y dos crustáceos. Estos son los animales primitivamente criados.”

Esta es la más concisa noción a que pueden reducirse por sus restos la paleontología, o la creación animal. Para ver con nuestros propios ojos las pruebas de estos hechos, basta asomarse al Museo de Buenos Aires, que es un verdadero cementerio de las pasadas creaciones.

Ha sucedido, pues, en esta parte de la historia natural, lo que sucedió con la astronomía. Las plantas y animales divididas por Linneo, Buffon, en géneros, subgéneros, especies, familias, variedades — ¡qué cosa tan bella! ¡qué Creación tan ordenada y tan sabia! — Pero Cuvier crea la anatomía comparada, y en el entretanto, se están desenterrando huesos de animales desconocidos en toda Europa, y resulta que ha habido elefantes, rinocerontes, hipopótamos debajo de Londres; y deba-

jo de París antas como las que vemos en Palermo; pero estos animales no son precisamente los que viven hoy en África, ni en la India; pues más abajo, en otro lecho, hubo otro elefante que era más simple que el actual, de manera que el cachorro de elefante de hoy se parece al adulto de entonces; ley que ha observado Agassiz en las palmas, siendo la chica de una especie, el dechado de la grande de otra inferior en el orden inverso de sucesión, y todos vemos al eucaliptus de una especie al nacer, que cambia de aspecto a un momento dado de su crecimiento.

Resulta que los animales no han sido creados a un tiempo, mediando millares de siglos acaso entre las distintas capas; y que por ejemplo, no es el mismo elefante hoy, el que fué creado tres o cuatro veces antes con formas menos perfectas.

La anatomía comparada reveló otro hecho más, y es que el prototipo de los mamíferos es el mismo, traducido de diversas maneras, según que es hombre, perro, ave, tortuga: una espina dorsal, un cuello, cuatro piernas, terminadas hasta en el ala de las aves en tres, cuatro o cinco dedos.

La embriología descubre el mismo fenómeno en los diversos grados del feto humano, que en la gran masa de la creación animal.

Todos proceden de un huevo incubado fuera o dentro del cuerpo, según que el animal avanza hacia la perfección; siendo primero una masa como en los moluscos, y después un embrión, con la misma

forma en el perro, el hombre, el gato, hasta un cierto momento en que cada uno sigue su camino, digámoslo así, diferenciándose según su género, y pasando en su desarrollo, por la clase de pez, de mamífero, respirando, hasta acabar en el bípedo... *que nous voici!*...

Todos estos son hechos incontestables, que nadie se atrevería a poner en duda hoy, sin ponerse en pugna con la ciencia. Ahora vienen las ideas de antiguo predominantes sobre la creación, a que ciertamente no responden los hechos, y vuelve otra vez el espíritu humano a encontrarse desazonado, desmontado, y sin base.

El caos se ha producido, y es necesario una ley que explique y una entre sí las veinte y seis creaciones que Elie de Beaumont ha podido contar, haciéndose acaso en millones de años.

Son dignas de examen las cándidas ilusiones de los pueblos primitivos.

¿Sabéis, señores, cómo llueve?

Pues ni yo tampoco; y mucho menos nuestros primitivos antecesores.

¡Cuán avanzadas deben estar las ciencias, para darse cuenta de cómo se reúne agua en el cielo y cae a torrentes a veces, como si ríos se desplomaran en cascadas!

Mi primera noción de la lluvia me la dió una niña de once años, siendo yo menor que ella.

Atravesaban blancas nubes sobre el cielo azul-

celeste de una mañana de verano, y la niñita hizo esta observación, mirándolas:

"Van al mar a alzar agua."

No lo olvidé jamás. En San Juan, al pie de los Andes, no se conoce el mar. Un niño ignorante, que no sabe leer, hijo de padres ignorantes, si nombra el mar es porque viene la palabra en el castellano, como la trajeron los pobladores europeos que lo habían atravesado. Yo completé, pues, mi teoría sobre la lluvia. ¡Ahora era claro para mí como la luz de dónde sacaban agua las nubes: iban a traerla del mar! ¡Y cosa singular! vosotros sabéis que esa es la verdad. Esta es la rotación del agua, en que no me detendré.

Pero el hombre primitivo debió tardar millares de siglos antes de comprender de dónde sacaban agua las nubes; como nunca comprendería cómo se tenían en el cielo los planetas.

La tierra estaba para él, apoyada en pilares sobre una tortuga; la tortuga nadaba sobre el abismo, y pare usted de contar.

Pero la ciencia explica las cosas de otro modo.

Al principio era difusa la luz increada, como se la ve todavía en la nébula de Orión y en las nébulas irreducibles en polvo estelar de la vía Láctea. La luz contenía la materia que dan las rayas espectrales, y desgarrándose, formó nebulosas que adquirieron rotación por la gravitación de las moléculas y fueron formándose soles, los que condensándose como el nuestro han ido dejando por la

fuerza centrífuga, anillos ecuatoriales, como los que se ven aún en Saturno sin romperse, y que rotos, han ido creando los planetas Neptuno, Urano, Júpiter, que vienen quedando como jalones del espacio que ocupó primitivamente el sol nebuloso, como hay setenta millones de estrellas, que son otros tantos soles, centros de creaciones como la nuestra.

Newton puso orden en estos mundos, legislándolos; Laplace y Herschell han descrito la línea de sucesión y desarrollo. Mr. Gould está a la mira de la ejecución de esas leyes y de las novedades que ocurran en aquellos mundos inmutables al parecer, pero en eterno movimiento.

Hemos llegado a la tierra, y tenemos que en lo infinitamente pequeño, ha ocurrido la misma sucesión de operaciones. Fué primero desecho o chispa escapada de la fragua del sol. Ardió un tiempo; se fué enfriando; pudiendo caer en líquidos los gases metálicos al núcleo de la bola que se venía formando por la rotación sobre su eje; sucediéndose la cal, la sal, la greda, etc., hasta que hubo una costra que permitió condensarse en nubes los vapores de agua, caer sobre la superficie y formar mares calientes de que salían islas, en el continuo oscilar de la costra, romperse, evaporarse los mares, volver a caer el agua, descubrirse tierras, y aparecer líquenes, helechos, palmas, coníferas, árboles, mono y dicotiledóneos, hasta los de nuestros tiempos; y a la vez en los mares, bancos de *moneras*, materia

viva sin órganos, en seguida *Amibas*, la materia organizada en un núcleo, y después crustáceos, moluscos, peces, anfibios, cuadrúpedos y cuadrumanos antropomorfos, y los últimos en su aparición en la tierra, los que aquí estamos en dos pies ya, pues hace tiempo dejamos de vivir sobre los árboles, como todavía lo hacen los naturales de Australia sobre los eucaliptus. Es Darwin quien lo dice.

IV

Todavía me permitiré seguir en este camino retrospectivo, buscando una fórmula, como la encontrada por Newton, después que Copérnico y Galileo habían puesto las cosas en su lugar.

¿No habrá una ley que incorpore en un solo cuerpo este desparramo de creaciones en millones de años, reemplazándose unas a otras, introduciendo más avanzadas formas, bajo el mismo tipo, hasta aparecer el hombre que se parece a los monos, que se parecen a los cuadrúpedos, — y lo son los *lemures*, — que se parecen a ciertos anfibios, que acaban por ser peces, que se aproximan a un gusano que crece en ciertas playas y toma en la larva una espina dorsal, que es lo que constituye la creación inmediatamente superior a la de los moluscos y crustáceos?

Vosotros hacéis lo mismo que ha ocurrido a Darwin, después de haber recorrido los mares y exami-

nado las transformaciones que ha experimentado el pajarillo de Chile, o las que hace sufrir a las palomas de fantasía, alargándoles el pico, o acortándoselos, según el capricho del criador de palomas.

Aún no he terminado la serie de movimientos que principian en la luz difusa que todavía forma parte de la nebulosa de Orion.

Tenemos ya creado al hombre, variedad de un mono, antecesor nuestro, algún *dandy* de la familia de nuestros parientes, los antropomorphos, Mr. Gorila o cualquier otro; pero está sin armas, desnudo, y es, además, mudo de nacimiento.

Su historia principiaba antes de 5 ó 6.000 años con los Hebreos, grandes conocedores de la naturaleza de Dios; con los Egipcios, grandes constructores de pirámides; con los Griegos, grandes amantes de lo bello. Los Romanos, ya somos nosotros.

Pero faltaba una primera página a la humanidad, que con el descubrimiento de América, Colón encontró en nuestro suelo, a saber, el hombre *primitivo*, sin artes, sin hierro ni bronce para hacerse armas, aunque en algunos puntos conociese el oro, la plata, tejiese fibras, labrase piedras y edificase templos. Aquí, en nuestro país, en la Pampa y en la Patagonia, sólo el fuego conocía, sin otras armas que pedacillos de piedra para desollar guanacos y rasparles el cuero.

El indio Manuel Grande se construyó en la Isla de Martín García, donde lo mandó preso el Gobierno, un corralito de ramas de una vara de alto, y allí

vivió cuatro meses con ocho mocetones de su tribu. El gorila hace lo mismo.

En Aurignac se descubrió un sepulcro del hombre primitivo que ha restablecido la primera página de la historia humana y llevado al hombre a sus orígenes. Se sigue con él la misma historia. Ha sido animal gregario, vivido en paraderos, refugiándose en cavernas, contemporáneo de dos o tres creaciones de animales extintos. Ha vivido sin otra arma que pedazos de pedernal adaptados a la mano, para herir sin lanzarlos, como si primero le hubiese sido necesario dotarse de manos de piedra, a falta de garras y cuernos que envidiaba a sus enemigos.

Después ha hecho puntas de lanzas, cuchillos, punzones y otros varios instrumentos, que no se describir, pero que el señor Ameghino ha colocado en orden en la Exposición, para distinguir las edades, los usos y los progresos de aquella literatura, antes de las letras, con las épocas de la piedra bruta y de la piedra pulida.

El estudio y la comparación con lo ya fijado en Europa, han llevado al señor Ameghino a adelantar un poco más la historia del hombre prehistórico argentino, americano, que sirve de prólogo a la más avanzada del hombre dotado del bronce para construirse armas de combate, y de la alfarería para proveerse de vasos, hasta obtener el hierro, que yo creo descubrieron los negros, que lo funden todavía por los medios más primitivos, lo labran de

diversas maneras, y no se han civilizado, no obstante creérsele la raza primitiva, o el primer boceto del hombre. Viven juntos hasta ahora con el *gorila*; como el *oran* ha quedado en la isla de Java, que se cree cúspide de montañas sumergidas con los países donde apareció el hombre, acaso de la raza *negrito* que subsiste en Australia.

Tampoco querrán ustedes, señoras, descender de los negritos de Feegi, que se comen a sus madres y se adornan la cabeza con peinados tan elaborados, que el peluquero pone tres días en levantar el majestuoso edificio, y el *dandy* duerme en una horqueta de madera que le sostiene el cuello en el aire, para que el peinado no se aje, debiendo durar seis o siete días. Esta almohada ha sido descubierta entre los cachivaches de los tiempos primitivos.

¿Nació hablando el hombre?

De las mujeres lo creen posible graves autores.

Sin embargo, a una que se había casado en Nueva York con un chino que no sabía inglés, demandando a éste por mala conducta, el Juez le preguntó: "¿Cómo se entendieron ustedes para casarse?" —"Es que, respondió la matrona, para eso no faltan medios."

Sucedió lo mismo con las lenguas que con la astronomía, con la historia natural y con la historia humana.

Al principio, hechos sin cohesión, sin responder a una idea general: Max Müller ha acabado por fijar esta cuestión.

Así como fué inventándose armas de piedra, el hombre se inventó trescientos o cuatrocientos monosílabos para expresar las ideas, deseos o recuerdos que sentía; pues aun hoy los paisanos del campo no necesitan más palabras para sus necesidades, y algunas tribus de indios ni aun poseen tantas, pues deben encender lumbre en la noche para verse la cara, y las manos, porque con gestos y ademanes completan las frases y transmiten las ideas.

Tan natural es esto, que he conocido al general Castilla del Perú, quien para decir que se había acercado a una ventana recién pintada de verde, y ensuciándose la levita, por no haber sido prevenido, lo que desaprobaba altamente en el dueño de casa, se acercó a un grupo de ministros plenipotenciarios al Congreso Americano, y señalándonos con la mano el desaguisado y con el hocico estirado haciendo la *moue*, que Darwin dice ser gesto que nos es común con los monos, exclamó:

"Pintura . . . ventana . . . malo!"

Expresaba exactamente lo mismo que he dicho en diez renglones y con setenta palabras; y la verdad es que ello basta para ser caudillo popular, como muchos otros que conocí en América.

La Biblia, con sus setenta libros, está escrita con seis mil palabras; mientras que Shakespeare ha usado veinte mil en sus dramas.

Las lenguas se han desenvuelto, pues, de la mis-

ma manera que las estrellas, el hombre y la civilización.

¿Cómo pudo encontrarse la ley que sigue el desenvolvimiento del lenguaje humano?

Conquistada la India por los ingleses, un día quiso alguno entender la lengua muerta en que están escritos los libros sagrados de los brahmanes. Encontróse que era una lengua afín al griego y al latín, en que habían palabras comunes a las tres lenguas, como *pi-tar*, *mi-tar*, *pa-ter*, *ma-ter*, y Júpiter el Dios Supremo de griegos y romanos, era *Dju*, Dios y *pi-tar* padre, *Dios padre*.

La semejanza de familia estaba encontrada, pero más primitivo y más rico, el *sanscrito* contenía distintas y visibles las raíces de que se componen las palabras y las desinencias que las modifican, de manera que analizando padre, se encuentra que está compuesto de PI, un verbo *proteger*, y de *tor*, *dor*, en Creador, protector, etc. ¡Qué elevada noción del padre, el protector de la familia, en lugar de *genitor*, el padre, según la carne! Sin embargo, la palabra está montada sobre el primer movimiento del niño que quiere hablar y llama *ma-ma* a la madre y más tarde *pa-pa* al padre.

Sobre esta ciencia, oiréis al señor Calandrelli, autor de un Diccionario de nuestra lengua con sus raíces, y al doctor don Vicente F. López, que se ha consagrado a estos estudios.

Si del bosquejo anterior no resultara comprobado directamente el *transformismo* en la naturaleza

orgánica, sucediéndose en una serie de millones de años una forma más perfecta de la planta o del animal que la que le precede, por haber todavía un salto entre el hombre y la larga y variada familia de los cuadrumanos, en cuyas especies están reparadas o iniciadas todas las partes del organismo del hombre, menos la inteligencia suprema y la conciencia; hay, sin embargo, una marcha general en la sucesión de los astros, en las formaciones geológicas y en los progresos del hombre prehistórico hasta nosotros, como en la lingüística, y aun en la sociología, y en todos estos diversos departamentos del saber humano, procediendo de la misma manera, de lo simple a lo compuesto, de lo embrionario a lo complejo, de la forma informe a la belleza acabada, de todo ello ha resultado la teoría universalmente aceptada de la *evolución*; y yo, señores, como procedimiento del espíritu, porque necesito reposar sobre un principio armonioso y bello a la vez, a fin de acallar la duda, que es el tormento del alma.

Y aquí me acerco ya al terreno adonde quería llevar la teoría de Darwin, para explicar la influencia social que tales movimientos en las ideas ejercen en nuestra época.

SEGUNDA PARTE

Tengo que pedirlos mil perdones, si me permito traer ciertos antecedentes para señalar la evo-

lución del pensamiento, cuya última expresión es Darwin.

Nosotros en uno o en otro continente, nos llamamos pueblos cristianos, aunque seamos greco-romanos en civilización, en artes y en leyes. Los bárbaros del Norte también introdujeron sus instituciones, acaso orgánicas de las tribus guerreras, y nos dotaron además con el sistema representativo, hoy generalizado y en vía de radicarse en todo el mundo cristiano.

Desde la caída del imperio romano, el cristianismo fué el vínculo de unión entre los hombres semicultos, y con el cristianismo, las ideas religiosas que prevalecieron en el gobierno del pueblo hebreo a que Jesús pertenecía, se infiltraron en el gobierno cristiano, debilitándose los principios que griegos, romanos y sajones nos habían legado: tales como la libertad del pensamiento, y las bellas artes de los griegos, el Senado, la Municipalidad y el derecho de los romanos, y la representación del pueblo de los anglo-sajones en sus parlamentos.

El principio religioso lo dominó todo por la necesidad de los tiempos, pues con las invasiones de los bárbaros, el gobierno se *barbarizó*. Los conventos salvaron los libros antiguos que pudieron, o los borrarón los monjes, para aprovechar el pergamino y escribir Vidas de Santos.

No sabiendo escribir los reyes, eran los clérigos los únicos que escribían, de donde viene en inglés y francés la palabra *clerc*, por escribiente.

El Estado fué religioso, y puede decirse que era la religión misma armada de la cuchilla de la ley, para mantener la pureza de la fe, que era católica, por ser universal, después de la separación del mundo griego, que se llamó ortodoxo.

Los reyes gobiernan por el derecho divino, y el Papa es tenido por el representante de Jesucristo, que lo es a la vez de Dios.

El grande hecho histórico, producido por el principio religioso del gobierno, son las *Cruzadas*, en que sucesivamente se precipitan durante dos siglos sobre el Asia, reyes, príncipes, naciones y pueblos, para rescatar el *Santo Sepulcro*, es decir, nada, porque no había un sepulcro conocido de Jesús.

¡El Santo Sepulcro era la idea religiosa!

Hoy la razón, tal como la han formado los nuevos elementos que entran en el juicio, se abisma de pensar que el poema satírico del Caballero andante e Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha sea nuestra *Iliada* de la Edad Media. Como él, toda la cristiandad persiguió durante diez generaciones una quimera generosa y pasablemente absurda.

Nuestro asombro cesará, empero, cuando recordemos que la historia de la anterior civilización está fundada en un hecho idéntico. En los tiempos prehistóricos los reyes y los héroes de la Grecia se habían trasladado a esa misma Asia para rescatar a la bella Helena, robada por Paris, hijo de Priamo, rey de Troya, según la leyenda.

Es el mismo hecho producido por causa idéntica, el principio fundamental de la sociedad y del gobierno. En la Edad Media, el gobierno tiene por base el cristianismo y la persona divina de Jesucristo. Rescatar su sepulcro es, pues, conservar la base y el vínculo del gobierno religioso.

La Grecia se constituyó sobre la base de la belleza plástica, de donde dedujo todas las otras bellezas. La bella Helena puede ser la misma raza helénica, pues era llamada "Helas" la Grecia. Hábilmente preferido Paris a Venus, lo que muestra que era una encarnación del tipo ideal de la beldad, tal como la concebía la raza más bella del mundo, y también el objeto de su culto bajo un cielo luminoso y un mar azul, sobre islas y costas dentelladas como franjas de encajes. Así Jesús era la encarnación viva de la moral, y la justicia descendida de Dios mismo sobre un pueblo tético, agraviado por la historia, pues todos los conquistadores de Asia lo hicieron cautivo, y Alejandro y los régu- los romanos lo vejaron. Estaba al lado del Istmo de Suez la Palestina, al paso de todas las grandes inmigraciones que tropezaban con ella; tenía hambre y sed de justicia, y de sus entrañas salió un Dios de toda justicia y de todo amor.

Con la belleza, como base de toda aspiración, la Grecia, dado el corto número de sus habitantes, ha producido en poco más de tres siglos la civilización más asombrosa, sin excluir la de nuestros tiempos. La *Ilíada* que cantó aquella guerra de los tiem-

pos prehistóricos no ha tenido rival en ninguna de las literaturas épicas.

Las estatuas de Fidias y las que se han descubierto en Olimpia con el medio millón de obras de arte que decoraron las plazas, palacios y templos de la Grecia, del Asia Menor y de Roma, no han sido reproducidas por cien millones de hombres en veinte siglos en cantidad, ni imitadas en perfección, aun teniéndolas a la vista del artista moderno. Nuestros templos son pálidos reflejos del Partenón, y el de Efeso era, sin hipérbole, la octava maravilla del mundo, pues que ocho grandes artistas y doce reyes concurrieron a la obra.

El mundo moderno salió de la barbarie con solo imitar un altorelieve clásico, como modelo. Todas las formas las expresaban los griegos en Músicas; y llamaron música el arte de escribir la historia, música a la poesía lírica, al canto, al baile, al colorido, a la oratoria, a la tragedia, a la comedia y al poema épico. La belleza así sentida en la naturaleza, así expresada en el arte, se infiltró en el alma, y se produjo en el pensamiento.

Platón el Divino, descubrió a Dios por cuanto debía haber una suprema belleza. Lo justo fué para Sócrates una de las armonías de la sociedad humana; y sabéis que sólo la Revolución pudo completar la idea del sencillo sabio ateniense, que enseñó a morir sin ostentación por la verdad.

Pericles, uno de sus políticos lega su siglo, a los veinte que desde entonces contemplan el Partenón

y lo que de Fidiás queda, y cuyo nombre significa administrador, que lo era históricamente, como Helena es la hija de la Grecia, Helas. Sus batallas son Maratón y Salamina, que detienen el curso de la historia y arrojan el Oriente más allá del Ganges. La oratoria es Demóstenes, la medicina da un Dios adorado por siglos, vuestro patrón, Hipócrates; Eurípides, Sófocles, todos inmortalizan lo que tocan, y sus obras nunca las retocarán manos humanas.

Cuando esta planta hubo de morir después de florecer en prodigios de arte, lanzó como el áloe, semillas, su civilización al Oriente con Alejandro y su táctica guerrera, que con 35.000 hombres hace crear diez imperios de los girones que de su túnica se reparten los generales.

El país que fué Grecia, hasta las ligas Etolia y Acaia, esclavo de los romanos por agotamiento, educa a sus amos y nos lega con ellos las bellas artes, el ideal de la grandeza humana, y la libertad del pensamiento, inculcando su filosofía estoica a Marco Aurelio, que vió nacer el cristianismo con doctrina más perfecta. Ha puesto desde entonces quince siglos en amansar bárbaros, hasta el Renacimiento en que lo religioso termina su reinado exclusivo.

Desde 1400 principia el mundo occidental europeo a recuperar los elementos griegos, olvidados a causa de la separación de las iglesias ortodoxa y católica, con los libros de los antiguos que habían



salvado los modernos griegos, y las bellas artes que empezaron a cultivarse en Italia, pasando del modelo bizantino de San Marcos, al grecoromano de San Pedro.

Veamos ahora el estado del saber humano a la víspera del Renacimiento.

La enseñanza es teocrática, para sacerdotes sólo, dada en la Catedral por el Canónigo Maestro-Escuela, por los maestros de coristas en los conventos, y de palabra para los catecúmenos en el Presbiterio.

No hay clase media, no hay burgueses, sino reyes, nobles, obispos, y frailes, con plebes, siervos y esclavos, a guisa de ganado.

Para hacer las Cruzadas, la Iglesia vende entradas al cielo, los reyes otorgan Cartas a las ciudades, y los Barones dan autoridades municipales a las villas y aldeas al pie de su castillo feudal. Así comienza, a causa del desastre de las Cruzadas, la época moderna, y se recupera la libertad humana.

He ahí un cuadro a grandes rasgos, indicando la sucesión de las ideas por la fecha de los acontecimientos.

LAS CRUZADAS, FIN DE LA ÉPOCA RELIGIOSA. AÑO— 1330.

Un descendiente de los cruzados canta la *Iliada* del cristianismo, sublime poema épico de las alucinaciones y de las pesadillas del creyente, Dante Alighieri, autor de:

LA DIVINA COMEDIA

Ahí acaba el mundo antiguo.

EL RENACIMIENTO 1400. — LA PÓLVORA

En la batalla de Crécy habían ya hecho estragos en hombres y caballos las primeras bombardas que con grandes estremecimientos arrojaban con fuego balas de hierro.

Castillos y corazas dejan de proteger a barones y caballeros. La guerra será plebeya, y la inteligencia dará la victoria.

Dstrucción de las noblezas por inútiles, y aparición de la democracia por el trabajo libre.

1400.—LA IMPRENTA.

Inventa Guttemberg los tipos y se reproducen por millares los libros. No puede haber interpretación aceptada universalmente, desde que cada uno leyendo y confrontando los textos, es su propio intérprete.

Emancipación del pensamiento.

Educación común universal para que todos puedan leer lo escrito.

Cesa el presbítero de enseñar en las escuelas de las catedrales.

LA INSTRUCCIÓN SE HACE LAICA.

1463. —COPÉRNICO.

Perturba y disloca la astronomía tradicional, adoptada canónicamente. Pone la tierra entre los planetas, y descende la luna a satélite, como uno de tantos que giran alrededor de los siete restantes.

La mano de Dios y los firmamentos están demás para sostener cada sol y cada planeta. *Entran en funciones las matemáticas y la atracción universal.*

Las ciencias y los maestros dejan de ser religiosos.

1495.—VASCO DE GAMA, COLÓN, MAGALLANES.

Completan la geografía, verificando la ya sospechada redondez del globo.

El teatro de la historia humana sale del Mediterráneo al Atlántico, cuya navegación, costas, archipiélagos y razas nuevas, abren infinitos horizontes.

El sacerdote pierde de su preeminencia, baja a ser capellán de buque o de ejército, predicador del Evangelio a los salvajes, pero no director de la nueva sociedad, que es esencialmente laica en descubridores y pobladores.

Conocido el mundo, el brahmanismo, el judaís-

mo y la idolatría entran en el número de las religiones.

HAY ANTÍPODAS, NO HAY CIELO RELIGIOSO.

1493. — ALEJANDRO VI.

Un papa Borgia, sobrino de otro papa Borgia, padre de César y de Lucrecia Borgia, con quien vive en concubinato en el Vaticano, son los monstruos casi apocalípticos de depravación, la más horrible que haya avergonzado a la especie.

El espíritu moral del cristianismo, dejando de dar impulso y fines a la sociedad, empieza a descomponerse, entregándose reyes, príncipes y papas, a los más espantosos desórdenes. Se reprodujeron en Roma las Mesalinas del antiguo imperio, y en Italia las envenenadoras de profesión. Ese mismo papa descreído, favorece en estatuas, templos y pinturas la resurrección del arte griego, que Rafael y Miguel Ángel reviven en adelante.

Un siglo hacía, que Dante, el inspirado bardo de la epopeya cristiana, había profetizado como Isaías, que Dios abandonaría a su pueblo, por los pecados de sus pastores:

"E giunta la spada

"Col pastorale; e l'una et l'altra insieme

"Per viva forza mal conviene che vada.

"Di oggi mai che la chiesa di Roma

"Per confondere i due reggimenti,

"Cade nel fango . . ."

1543. — MARTÍN LUTERO.

Escandalizado por los horrores de la Prostituta, como le llamarán en adelante a la Roma de los Borgia, y haciéndose eco de los pueblos estrujados y esquilados con un sistema de ventas de perdones de todos los crímenes en indulgencias, que dieron los 200 millones de fuertes que costó San Pedro, abre la época del examen de los antecedentes y títulos de esas creencias, que permiten tanto desorden. Sin Alejandro no hay Lutero.

La Reforma sólo pide más cristianismo, más moral, más pureza, menos misterios, menos autoridad y jerarquía religiosa.

Nace la crítica histórica.

1560. — REACCIÓN POLÍTICA, MAQUIAVELO.

Con el rescate de las Comunas, con las sociedades de fabricantes de paños de Florencia, con el comercio de los venecianos, con la libertad política merced a la imprenta y las controversias, muchas repúblicas han saboreado la libertad. Maquiavelo, profundo sabio, inspirándose en la inmoralidad reinante en su época, escribe, al uso de príncipes y aventureros, el arte de usurpar la autoridad y aherrar a los pueblos. Maquiavelo ha dejado un sustantivo: *Maquiavelismo*, y muchos pueblos son libres, sin embargo.

1565.—REACCIÓN RELIGIOSA.

El cisma que las predicaciones de Lutero producía en la Iglesia, y la secularización que con la imprenta y los nuevos rumbos abiertos a la vida venía operándose, sugirieron a un capitán de milicia, herido en un sitio y retirado, la idea de organizar un ejército de sabios y políticos sagaces, baja una *disciplina per inde ac cadáver*; con cuyo auxilio, dice Emilio Souvestre, el "capitán Loyola, "se propuso cerrarle el paso a la humanidad en "marcha; a la razón que empezaba a afirmarse, "opuso la obediencia ciega; a las ideas de libre examen, de discusión y de gobierno libre bajo el imperio de las leyes, opuso la monarquía absoluta y "el derecho divino.

"En la obra que proyectaba, introdujo sus ideas "de soldado; y la Orden cuyas bases echó, fué por "él considerada siempre como un ejército, el ejército de Cristo. De ahí proviene aquel precepto de "obediencia absoluta y ciega, que es el principal "fundamento del jesuitismo".

El jesuitismo, como táctica moral, proclamó por medio de sus teólogos casuistas, este principio:

El fin justifica los medios.

Ensayó la colonización en el Paraguay, bajo el gobierno teocrático de la Edad Media, que se propuso restaurar.

Edificaba sobre arena. He visto unos naranjales donde fueron las Misiones.

Ha dejado una palabra en las lenguas—*Jesuitismo*.

Quedó también una obra monumental en la literatura moderna: *Las Cartas Provinciales de Pascal*, que son el origen de la revista crítico-literaria moderna.

Todavía luchan los jesuitas por restaurar el mundo anterior a Copérnico y Colón, que ensancharon los límites del cielo, de la tierra y de la inteligencia. Darwin, Agassiz, Gould, Burmeister siguen a nuestra vista, ensanchando más y más aquellos límites hacia las profundidades de la tierra con la geología, y de la historia, con la del hombre primitivo.

1561.—LORD BACON.

Introduce en la filosofía el sistema inductivo experimental, como base y método del razonamiento, abandonando la metafísica, que quería deducir la verdad de textos o axiomas, por medio del silogismo. Este método lo llamó con el presentimiento del genio, el *Organo Nuevo*, trazando casi todo el cuadro que han recorrido las ciencias modernas.

La teología desapareció de las aulas con el sutil Juan Scott y el dominico Aquino, y Aristóteles el peripato.

1561.—GALILEO, GALILEI.

Mide las oscilaciones del péndulo y aplica al cielo el telescopio.

Acusado de herejía científica, pidió a los buenos padres que le indicasen la mentira más del superior agrado del Papa Urbano VIII y lo dejase de fastidiar, siguiendo sus experimentos a los setenta años de edad.

Su prisión, su persecución y su retractación solemne, han enriquecido la historia humana con una de esas protestas vengadoras que han salvado al mundo:

e pur si muove!

Y continúa moviéndose hasta ahora, como no se paró el sol para ver pelear a unos beduinos *pillards*, por haber demostrado el sabio hebraísta obispo de Colenzo, que es un simple error de traducción el que tomando la luna en conjunción que continuaba alumbrando por el sol mismo, dió lugar a suponer a Dios, a merced de cuanto aventurero acaudilla descamisados, como eran los que mandaba Josué, históricamente hablando.

1560.—PALISSY EL ALFARERO.

Si fuese posible ver cómo en un cerebro humano se están deponiendo, sin que el paciente lo sospeche, las ideas que flotan informes en la atmósfera, como el polvo y los átomos que vemos re-

lucir en un rayo de sol, y se encuentran más tarde depositados en cornisas y alcobas, habríase visto en el alma de un alfarero, pintor, vidriero, mensurero y después fabricante de porcelana, estatuario y naturalista, el principio de la edad moderna, siendo un paisano el primero en seguir el camino trazado por Bacon para llegar a la ciencia, con observar todo, recoger todo, ensayar todo — cuatrocientas substancias para barnizar la loza hasta que halló el plomo, — y ser el primero en sospechar que en toda la naturaleza había un cierto orden y dependencia. Contra todos los sabios a quienes mostraba huesos fósiles, él solo contestaba que eran reales y verdaderos huesos de animales no conocidos, gigantescos, pero que habían existido en las marnas debajo de París.

Palissy reunió el primer museo de todas las cosas raras, minerales, plantas, substancias, sales, curiosidades; y fué el primero que dió *Conferencias públicas*, reuniones como ésta, con la particularidad de que él reunía a los sabios para que le enseñasen a él, o para oírlos decir disparates autorizados por la alquimia, la astrología y la teología que aún subsiste.

ÉPOCA CIENTÍFICA Y ARTÍSTICA.

Con el cuadro sinóptico del siglo XV, la humanidad, sin su gobierno y civilización religiosa como antes, vuelve poco a poco a recuperar el elemento legal romano, en sus códigos razonados y

armónicos de leyes; con las constituciones, el sistema representativo de los anglosajones; y con el cultivo de las bellas artes, la literatura, la pintura, la estatuaria y la arquitectura griega.

Repuestos los pueblos en sus antiguas posesiones, comienza con nosotros en el feliz siglo que alcanzamos, *la época científica, constitucional, artística, libre*, completándose en el continente americano la época de las aplicaciones científicas al trabajo, con la poderosa maquinaria como instrumento, el vapor y la electricidad por motores.

Darwin presenta al fin de su grande obra, un complemento a su teoría, que pone de relieve la fecundidad del principio de la civilización helénica, y su fundamento hasta ahora no comprendido, en la naturaleza misma, y es su instinto de la belleza.

Después de haber atribuído Darwin la variación de las formas orgánicas a la selección natural de los tipos más vigorosos y adaptables al medio ambiente para la lucha por la existencia, ha analizado una causa más apremiante todavía, y es la aspiración a la beldad por la simpatía, que ha ido revistiendo a tantos animales de formas exquisitas, de adornos de inimitable elegancia y lujo, realizados por todos los colores del iris y de las luces metálicas del esmalte.

Salía de los toldos al Río IV una joven india, antes de presentarse en sociedad, dijo en su lengua franca: "haciéndome linda primero"; y detrás de

un rancho se ajustó los arreos de la Pampa, con sus placas de plata y sus alfileres de una cuarta.

Esta es la historia de las aves canoras y de ropaje pintado, de las mariposas y de las flores. La mujer culta y elegante, desde el Egipto o la India y la Etruria, en cuyos sepulcros nos viene la urna de los espejos, pomadas, peines y ornatos de la dama, es el epílogo de la creación orgánica y su más bello ornamento.

¿Sabéis que el arte del jardinero inventa flores, a su arbitrio, con hacer vivir en la opulencia plantas de flores mezquinas?

El bienestar de la planta, la civilización diríamos, la hace sobria de reproducción, cambia unos órganos en apéndices de ornatos, pide al iris su paleta, y poco a poco cambia de formas, centuplica sus pétalos, se hace doble, muda de colores, describe en cada perfil, ondulación y enganche la línea de belleza que fijó el arte griego, y tenéis diez mil variedades de rosas; la *Sinia* que desde los campos argentinos ha ido a enriquecer los jardines de Europa, o la *dalia* vuelta a su tierra natal y que no reconoce ya a sus parientes en las sabanas de Méjico o en las pampas, tan engalanada vuelve de su excursión.

¿He descrito la historia de una flor? No. Esta es la evolución de Darwin y la perfección por el deseo de *parecer bien* que de la india prehistórica ha hecho la Venus de Milo, simple idealización del modelo viviente de la mujer griega, de aquella

Helena que se robó Paris, de aquella Friné que, acusada de un gran crimen, desprendió un broche de su túnica y dejó ver sus formas al Areópago, que fiel a la tradición homérica, respetó la obra más acabada de la creación y del culto helénico, aplazando la vista de la causa a cien años. ¡Cuánta sabiduría!

Los que contemplan el espectáculo de un baile aristocrático, pueden verificar si entre las armonías de la música y la cadencia de los movimientos, las jóvenes confirman de instinto la teoría de Darwin, para la mejora y embellecimiento de la raza, revisitiéndose de todos los atractivos y seducciones, de las bellas artes, en colores, formas y apéndices. Un puñado de flores o de plumas, cayendo al desgaire, a un lado de la cabeza, le hace perder su equilibrio y recta posición, motivando el levantar del rostro, las ondulaciones del cuello del cisne y la posición oblicua que revela la vida y la atención inteligente. La cola del pavo real ha debido sugerir ideas de majestad a reinas y princesas; y tanto hará una niña corrigiendo al espejo la posición de los músculos en reposo, que al fin se saldrá con la suya, de hacerse bella, si no ella sus hijas, hasta hacer hereditaria la garbosa distinción y elegancia que trajeron las damas andaluzas a esta América, y conservan nuestras antiguas familias. Darwinismo, puro darwinismo es eso que el vulgo *anticientífico* llama . . . coquetería, de *coq*, gallear, por alusión a

sus malas mañas de erizar y esponjar su plumaje galano.

He abusado, señoras y señores, demasiado de vuestra indulgencia; pero para terminar, debo hacer del siglo XIX reseña tan abreviada como la que apenas he bosquejado del siglo XV, que fué el libertador del género humano por la pólvora y por la prensa.

Asistimos en esta época, a un período de observaciones profundas y de extensas meditaciones, afanándose el hombre en dar expresión a las leyes en virtud de las cuales la naturaleza, la sociedad y la vida misma funcionan y existen. Se hacen grandes, aunque no del todo fecundos esfuerzos, para escudriñar los secretos de la mente humana, y se reconstruye, piedra sobre piedra, la filosofía de la historia; pero las investigaciones más sagaces y profundas, tienen por campo las infinitas manifestaciones de la naturaleza, donde Darwin y sus discípulos han abierto nuevas y desconocidas rutas.

En las ciencias biológicas, se ha llegado a la aplicación de métodos perfeccionados de observación y experimentación, y al empleo de las medidas exactas de la física experimental para las investigaciones fisiológicas. Las que se refieren a la teoría de la generación espontánea, han dado su importante contingente al progreso de las ciencias médicas, descubriéndose que la aparición, en apariencia espontánea, de organismos minúsculos, proviene en gran parte de gérmenes suspendidos en la at-

mósfera, y pudo encontrarse el ácido fénico para destruir los innumerables gérmenes que el aire deposita en las heridas y traen la putrefacción. M. Pasteur sigue explorando este nuevo camino abierto a la observación.

Se ha reconocido igualmente que muchas enfermedades provienen de la multiplicación excesiva de organismos microscópicos, y debe esperarse que se encontrarán los medios de destruir sin perjudicar al enfermo, esos pequeños y terribles enemigos.

Las ciencias que tratan del hombre prehistórico han hecho grandes progresos en la última mitad del siglo. No se ponía en duda que el hombre hubiese aparecido repentinamente sobre la tierra hace seis mil años; pero se ha llegado a probar, merced al descubrimiento de las habitaciones lacustres de la Suiza, que anterior a la época en que el hombre usó del hierro, ha existido una época en que solamente se valió del bronce, combinación de cobre y estaño que parecía poco probable hubiera precedido al uso de un metal simple como el hierro; que antes de llegar al uso del bronce, el hombre no había conocido ningún metal que auxiliara sus débiles manos en la lucha por la existencia; quedando establecido igualmente que el hombre ha habitado la Europa en la época glacial, anterior a la nuestra de 21.000 años, y nuestro estudioso Ameghino ha sugerido que debe haber sido contemporáneo del elefante antiguo, lo que llevaría su

presencia en la tierra a tiempos de incalculable antigüedad.

Los geólogos, con nuestro sabio Burmeister, según lo demuestra en su obra sobre la *Creación*, que nuestro gobierno hace publicar como un timbre de nuestras ciencias naturales, han llegado a convenirse de que los fenómenos que han producido la estructura actual de la tierra, no son debidos a violentas convulsiones periódicas, ni a una energía terrestre que determinara catástrofes repetidas, sino que las fuerzas que operan continuamente, son bastante poderosas para producir con el tiempo resultados tan extraordinarios.

Cuando contemplamos con la pesadilla de grandeza que las montañas imponen, con sus gigantescos dorsos de eternos monstruos de granito arrodillados a lo lejos, según la expresión de un poeta nuestro, pensamos en prodigiosas aglomeraciones de átomos, solicitados de atracción, cuya inmovilidad aparente no es sino un equilibrio de esfuerzo, y que elaboran transformaciones incesantes, que no presencia la breve existencia del hombre.

El número total de las especies de fósiles alcanza a 700.000, de las cuales han sido descritas 300.000 según Lubbock, pues Huxley estimó sólo en 70.000 desde el descubrimiento del *Titanosauro*, — monstruo de los terrenos jurásicos de California, que mide treinta metros de largo y nueve de alto, tres veces el ancho de nuestras calles, y dos el alto de nuestras habitaciones, — hasta las

débiles luces que la paleontología ha podido arrojar sobre las formas primitivas de la vida.

La geografía ha completado casi la rectificación de los mapas, agregando su contingente al descubrimiento de las causas que han determinado la actual configuración de la tierra. La obra de Vasco de Gama, Colón, Magallanes y Américo Vesputio está terminada.

La ciencia astronómica, que con el descubrimiento del planeta Neptuno, había alcanzado uno de los grandes triunfos del genio matemático, ha debido en estos últimos tiempos, al análisis espectral, los más inesperados descubrimientos, sobre la química de los cuerpos celestes y su estructura misma. Sabemos ya, de cincuenta estrellas, cuáles son los metales y los gases que le son comunes con nuestro sol y nuestra tierra, y con el descubrimiento de 220 planetoides intermediarios entre Júpiter y Mercurio, podemos decir que el planeta Tierra es el doscientos veinte y tres.

Nuestro observatorio de Córdoba ha completado el catálogo de las estrellas visibles, comenzado por Hiparco hace dos mil años; y el profesor Gould ha verificado, queriendo medir la luz de ciertas estrellas, como tipo de las magnitudes diversas, que no la tienen fija, sino que cambian de tamaño visible; en fin, que las constelaciones son enjambres de soles, de mundos en perpetuo movimiento cada uno de ellos. El cielo de las estrellas fijas, es pues, un mito que ha hecho como tantos otros su época.

He aquí lo que tenía que decir sobre la teoría de la evolución del viejo Darwin, el más joven de los sabios del orden *Pithecus sapiens*, en cuya variedad él ha clasificado al hombre, como simple variedad.

Al tributar a la memoria de Darwin el homenaje de la gratitud de esta parte de la humanidad, por el bien que nos lega con sus rectificaciones y descubrimientos, creo que debemos una mención honorable a los que en otros ramos han levantado en esta América una punta del velo de la misteriosa Isis de la verdad científica.

Honor a nuestro compatriota Benjamín Franklin, que *eripuit coelo fulmen sceptrumque tyrannis*, pues Morse y Edison son sólo sus ejecutores testamentarios.

Honor y estímulo al continuador de Plinio, nuestro sabio Burmeister, con la verdadera *Historia de la Creación*.

Honor a nuestro astrónomo Gould, que ha terminado el inventario de Hiparco, y restablecido su movimiento a las estrellas, como Copérnico a la tierra.

Honor a Agassiz, que completó con la ilustrada cooperación de un emperador sabio, la de los peces, los primeros vertebrados que poblaron las aguas del abismo de donde salieron las aves y los reptiles.

Honor a Lubbock, el historiador de la vida y nociones del salvaje en América con la ANTIGÜEDAD DEL HOMBRE, que nuestro Ameghino hace re-

montar a algunos siglos con las recientes observaciones europeas y las propias, hasta hundirse en las profundidades del terreno mioceno.

Estímulo y gloria a los trabajadores de toda nuestra América, para ayudar al progreso de la ciencia humana, hasta que por el Mississipí, el Amazonas y el Plata, como el triunvirato del activo movimiento moderno, descienda al viejo océano, una nueva raza americana, armada de máquinas para suplir su falta orgánica de garras, y vibrando el rayo que ha hecho suyo, devuelva a la vieja Tierra, su madre, en instituciones libres, en pasmosas aplicaciones de las ciencias al trabajo, los rudimentos que elaboraron egipcios, griegos, romanos y sajones para nosotros y nos trajeron puritanos y castellanos.

LECTURA SOBRE BIBLIOTECAS POPULARES

Nuestra sociedad antigua, con blanqueos y reboques sucesivos, descubre a cada momento la vieja construcción que le sirve de base. Una biblioteca nacional, monumental, ¿qué cosa mejor para fomentar el saber? Esta es la tradición desde la de Alejandría; y bien, ¿a qué y a quiénes sirve una biblioteca? La experiencia de otras naciones ha mostrado su utilidad para eruditos, profesores y fabricantes de nuevos libros. En esta América, en Buenos Aires, sirve de pasto a la polilla, y de entretenimiento a estudiantes de la próxima Universidad; pero el país entero se queda a oscuras con la luz que da este candil debajo del celemin.

Escriben de Lima a los literatos argentinos pidiendo un ejemplar de sus obras, para enriquecer la vieja y descabalada Biblioteca de que fué digno archivero el teólogo famoso Dr. Vigil. ¿Qué ganará Arequipa con saber que tales libros existen en Lima?

Las bibliotecas populares, fueron establecidas en doscientas poblaciones argentinas por ley, sobre la base de una suscripción voluntaria del vecindario. La nación no gastó más de setenta y ocho mil fuertes en fomentarlas. Pero la nación, cuando se cambia de Presidente, cambia de opinión, y no quiere lo que antes quiso. Se suprimió la facultad de ayudar al sentimiento o interés local, y se desparpajaron las doscientas bibliotecas. Nadie lee en aldea o provincia. Varios jóvenes se

asociaron para hacer una biblioteca circulante que ha llegado a obtener los más felices resultados. Está hoy en próspero ejercicio, remitiendo a las casas cuantos libros le reclaman y aumentando el caudal de éstos, con nuevos socios y suscripciones reunidas. El discurso del General Sarmiento que sigue, explica la teoría de las Bibliotecas populares en los Estados Unidos, adoptadas ya en París, que la América española improproductora de libros habrá de organizar bajo un vasto plan de distribución de los libros que nos vienen de Europa, donde están reunidos los pensadores, que formulan ideas, o registran resultados y progresos de la ciencia.

La conferencia dada sobre Bibliotecas de este género a la numerosa concurrencia reunida para oírla en los vastos salones de la Biblioteca del Municipio, sostenida por la Asociación Rivadavia, se extiende sobre todos estos puntos.

JULIO 20 DE 1883

SEÑORAS Y SEÑORES:

Me ha pedido la Comisión que dirige los trabajos de la "Sociedad Rivadavia" para el fomento de la Biblioteca Popular del Municipio de Buenos Aires, que ponga de manifiesto en su nombre, lo que importan en el transcurrido año los resultados obtenidos, de ofrecer al público los libros que ha podido reunir; y despertar mayor interés, si se puede, en el público, para llevar adelante obra que promete ser de gran consecuencia para la cultura del país, y adelanto intelectual de la numerosa población de esta Capital.

Me he prestado a ello gustosísimo, cuando no

fuera más que para hacer conocer los esfuerzos que han hecho unos cuantos jóvenes animosos, y la prudente dirección que le han impreso unos cuantos bibliófilos ya madurados por la experiencia.

El enorme salón que nos sirve de templo de las luces que esos libros encierran, y los elegantes estantes que los guardan, muestran que no es un hacinamiento de mamotretos el que ha tomado el nombre de Biblioteca, sino un establecimiento público bajo todas o por lo menos las mejores condiciones de exposición, comodidad y servicio que tales oficinas reclaman. Si no hay un edificio construído exprofeso para biblioteca, cualquiera que haya frecuentado bibliotecas, convendrá en que este salón con sus diez metros de ancho y su prolongación de cuarenta de largo, es el único adecuado que existe en Buenos Aires. Aspecto tan decoroso, amplitud tan vasta, estantes tan elegantes, comisión tan erudita, sociedad tan bien intencionada y concurrencia tan selecta, predisponen los ánimos favorablemente, e inspiran ideas y sentimientos de congratulación.

Hace dos años, señoras y señores, que en París se instituyeron bibliotecas circulantes para proveer de libros a domicilio, e hicieron circular al año 242.738 volúmenes en una población de dos millones ochocientos mil habitantes. No es mucho. Este año pasado han circulado 363.322 volúmenes, lo que aumenta exactamente una mitad más que el año anterior.

En Buenos Aires circularon el mes de enero de 1882, 300 volúmenes de la biblioteca, en junio habían salido 4.633 y a fines del año 14.225, en todo 20.214 volúmenes. Eran los socios 172 al principio, son hoy 1.392 (1).

El movimiento ha sido, pues, más rápido que en la capital de Francia, acaso por estar aquella mejor provista de bibliotecas especiales, a más de la nacional, y las muchas de que se enorgullece la nación que es como la depositaria de la tradición humana.

(1) La circulación de libros durante el año 1881

fué de volúmenes	3.299
<hr/>	
Id. en el año 1882, volúmenes	10 214
<hr/>	
Cuya cifra se descompone así:	
Ciencias y Artes, volúmenes	784
Historia, volúmenes	726
Geografía, Viajes, volúmenes	126
Literatura, etc., volúmenes	1.806
Novelas, volúmenes	16.214
<hr/>	
	20.214
<hr/>	

El número de novelas sobre la cantidad de volúmenes, es de 83 por ciento.

De 20.214 volúmenes que han circulado:

18.399 son en castellano.

1.815 en distintos idiomas.

(Del Bibliotecario).

Un vínculo de familia une a esta biblioteca popular con la de París cuyas cifras he comparado, y aprovecho la ocasión de tributar un merecido recuerdo a la grata memoria de mi amigo, el profesor Laboulaye, senador perpetuo que era de Francia y autor de varias obras, entre ellas una "Historia de los Estados Unidos" y la más popular y célebre entre nosotros, *París en América*, que tradujo mi malogrado hijo, el capitán Sarmiento, y que motivó que nos pusiésemos en contacto el autor y yo.

Estábamoslo ya en la índole de nuestras ideas de gobierno, encontrando ambos, él para la Francia y yo para este nuestro país, que las instituciones norteamericanas, como hijas del sistema representativo, eran el modelo a que debiéramos acercarnos.

M. Laboulaye fué el primero en Francia en hacer conocer los beneficios de las bibliotecas populares, con circulación a domicilio de sus volúmenes; y bajo su inspiración se formó la Sociedad Franklin que organizó varias en Francia. Por ese tiempo sus ideas penetraron en este país, y en imitación de aquellas, se fundó en San Juan, promovida desde aquí, una Biblioteca Franklin, que existe, aunque sin circulación. Cuando la "Sociedad Rivadavia" presenta una Biblioteca Popular en plena florecencia, no debemos olvidar que el soplo de M. Laboulaye, el propagador de las correctas ideas republicanas, ha pasado por aquí. Tribu-

temos este homenaje de justicia y reconocimiento a un patriarca de las bibliotecas populares, que ya son una institución propia en Francia y aquí.

FRANKLIN

No era sin un pensamiento de realidad histórica que mi amigo Laboulaye llamaba "Sociedades Franklin", a las que se fundaron en Francia bajo su influencia, y que son hoy las Bibliotecas Populares, semejantes a esta. Cuando en su discurso de Burdeos leía en *Las Escuelas de los Estados Unidos*, el bosquejo de la vida de Horacio Mann, hacía notar que la Francia carecía de aquellos tipos de hombres públicos que abundaban en aquel país; y que si bien tenía sus Cousin, sus Villemain, sus Guizot, que dieron a la educación pública el primer lugar en las atenciones del Gobierno, carecía de aquellos apóstoles como Horacio Mann, (1) que cerrasen su escritorio de abogado para consagrar la energía entera de su alma, a la difusión de la instrucción, llevada a todos los hombres, como un segundo bautismo y regeneración, pues que sin el instinto de los animales, no reciben en herencia lo que supieron sus antepasados e hicieron sus grandes hombres desde los tiempos históricos. ¿Qué hubiera dicho M. Laboulaye de *Pedro Cooper* que

(1) El autor suprime aquí el nombre de Sarmiento que Laboulaye encomiaba a la par del de Mann en ese discurso. — (N. del E.) (B. S.)

sin ser siquiera académico, como decía Pirón, consagró ochenta años de su vida y muchos millones de su fortuna a dotar de medios de educación artística e industrial a cuantos pudiesen asistir a las lecciones que se dan y continuarán dándose por siempre en el Instituto Cooper, en New York, vasto palacio elevado al pueblo, a las ciencias, a la Biblioteca y al Museo, a la conferencia y al meeting popular?

Pero Franklin, el impresor de Filadelfia, de quien se enamoró la niña que fué su esposa, al verlo morder con la mayor dedicación y sinceridad su ración de pan, como pasase el obrero a su faena bajo sus ventanas; Franklin es un desmentido a las preocupaciones clásicas de la Europa, el cual ha producido, no temo asegurarlo, el espíritu yankee.

Franklin, por su lado científico, tiene dos discípulos: Morse el constructor del telégrafo, y Edison, el actual adivino y revelador del alma del mundo, la electricidad. De Franklin, al anunciar su muerte a la Asamblea Nacional de Francia, se dijo que había arrancado al cielo el rayo y el cetro a los tiranos, pero es preciso no olvidar que su manera de ejecutar operación hasta entonces no sospechada, fué aplicar al progreso de las ciencias el juguete del niño que encumbra su barrilete, y puede hacerlo entrar en el seno de una nube. Este procedimiento lo sugiere el *gros bon sens*, cuando

no ha sido viciado por la educación de las aulas, que tantas inteligencias ha inutilizado.

El buen sentido ha sido elevado con Franklin a institución y título de nobleza en los Estados Unidos, donde impera el *self made man*, en lugar del patentado estudiante. Esta es la obra de Franklin, y su espíritu experimental y candoroso se ha encarnado en una nación entera, a punto de que quince mil inventos se añaden cada año a los que ya facilitan y centuplican el trabajo humano, los cuales tienen por autores pequeños y oscuros Franklin, que envían a la nube tonante el barrilete del niño, para ver lo que allí pasa. ¡Nada! ¡El hilo trae el rayo y lo hace servir de mensajero y correísta!

Muy grandes revoluciones se han operado desde 1845, en que visité los Estados Unidos por primera vez. De entonces acá, cuatro o cinco millones de europeos de todas las razas, se han mezclado a la población y cambiado la fisonomía del yankee "pur sang", pues catorce millones de americanos tienen padres europeos.

Hasta entonces se conservaba típica la raza puritana y cuáquera; y el tipo era la fisonomía de Franklin, plácida, sencilla, con cierta malicia bonachona y taimada. Agréguese que en las campañas era frecuente ver ancianos con el cabello largo a lo Franklin, con la corbata y el vestido todavía a lo Franklin.

Es un misterio cómo un alemán se parece a

cuarenta millones de alemanes, de manera que al ver pasar a un hombre, decimos sin temor a equivocarnos, es un alemán. Pero no es un misterio cómo un grande hombre, un tipo adorado, imprime sus gustos, su fisonomía y su porte a los que lo tienen como modelo. Estos son los hombres representativos de Emerson. Cuando estamos tranquilos, los músculos de la cara toman en el estado de reposo, las posiciones de alegría o de tristeza que corresponden a nuestros sentimientos dominantes. El militar se habitúa a parecer enojado, y Caracalla lo tomaba por elogio; el hombre blando y amable lo está revelando por sus miradas apacibles; los jesuitas adquieren el semblante que prescriben sus reglamentos. Los yankees tenían hasta 1846 la fisonomía de Franklin, fisonomía que conservan sus retratos y la estatua que está en Boston, y que todo buen yankee querría reproducir como tipo de la beldad moral, del "Buen Hombre Ricardo", con sus puntos de ironía y de pillería graciosa y astuta. Hay un pequeño retrato del médico Aman Rawson, padre del doctor y del pintor de este nombre, que tiene la expresión de Franklin. D. Aman Rawson era bostoniano, de familia antigua puritana.

Pero es en las obras en lo que aquel pueblo ha seguido la huella de su hombre inmortal. El fundó la primera biblioteca de sociedad, y se han fundado miles después, como también la primera asociación para mejorar la condición e instruirse los

socios. El ha legado fondos que se conservan puestos a interés compuesto, para que en cien años formen un enorme capital, y son diarios casi los dones por millones que se hacen en favor del pueblo; pero ni todo esto, ni su reputación de sabio vale nada al lado del grande hecho de elevarse a las más altas regiones del pensamiento, sin más capacidad que la de leer, leer y más leer!

He aquí el gran colegio, la grande Universidad de Franklin, los libros; y puesto que se escriben, él escribirá a su vez, y será diarista, cientista, embajador, impresor, congresal, como son ahora la gran mayoría de los yankees, que prueban de todo hasta inventar máquinas, como la de coser, o las de tejer de Lowell, porque de algún modo ha de poder imitarse el movimiento de la aguja, o habiendo los ingleses inventado el telar mecánico, luego podía reinventarse en América, poniéndose a ello, y unos cuantos asociados se pusieron a ello, y reinventaron el telar de Bat.

El americano del Norte, si llega a distinguirse, pretenderá que no ha seguido los cursos de los colegios. Todos quisieran ser Franklin, el *self made man*. Y sus filósofos lo reducen a teoría científica: "It is a stricken fact", dice un escritor reciente, "que en todas las edades, los hombres de genio han sido aquellos que, o no pudieron o no quisieron seguir el curso de instrucción que estaba en uso corriente en sus días. La escuela pública ha aparecido ahora. Una gran mayoría de nuestros

“ciudadanos reconoce hoy la escuela pública, como
“su sola *alma mater*. En una convención nacional
“republicana, el general Garfield, después presiden-
“te y más tarde mártir, preguntó al caballero que
“estaba sentado a su lado: ¿cuántos de estos con-
“vencionales han sido educados en las ciudades?
“El caballero contestó pintando un cero sobre la
“mesa”.

Pero estos hombres que no siguieron cursos regulares, no son el paisano rudo que entre nosotros ostenta su barbarie en la grosería de su lenguaje, o en la suprema ignorancia de que hace alarde. No; son la tela de que se van a formar los Lincoln, los Garfield, los Morse, continuadores de Franklin, que se educan en los libros, y se elevan a las alturas de las nubes en el cielo, para arrancarles sus secretos, o a las cumbres sociales para desembarazar en la llanura a los débiles de sus cadenas.

Por eso dejó dicho Milton: *el que destruye un buen libro mata la razón misma*.

Ahí tenéis la razón humana embotellada en esos libros que adornan los estantes de la Biblioteca Rivadavia. La desgracia es que siendo la razón tan rica hoy, con la acumulación del trabajo intelectual de los siglos y del presente que equivale a todas las pasadas edades, no hay sino muestras y fragmentos, diremos así, reunidos. Permitidme una frase un poco aventurada. La razón humana en nuestra época necesita 40.000 volúmenes de libros

por lo menos, para constituir su memoria de lo pasado y dar su juicio de lo presente.

BALANCE

La Dirección de la Biblioteca, por medio de su bibliotecario, D. Enrique Condomi, y su secretario D. Arturo Castaño, que son los que más de cerca dirigen la naciente institución popular, ha hecho el catálogo de las obras que contienen esos estantes; y llevan cuenta de los pedidos a que proveen durante el mes, apuntando cada libro que sale, de manera que un libro muy pedido de un ramo especial de las materias diversas que esos libros contienen, deja el rastro por donde pueden seguirse las inclinaciones y preferencias del público en general para el alimento del espíritu. Así deja el rastro sus rastros en la oficina del telégrafo. ¿Podrá saberse aproximativamente cuál es el estado de la mente pública, el grado de instrucción del común de los lectores por estas solas indicaciones? Brillat-Savarin, el espiritual gastrónomo, decía: "Dime lo que comes, y yo te diré quién eres". Dime lo que lees, y yo te diré por dónde vas; si nada lees, te diré que vejetas como las plantas silvestres. Sí, responde la estadística de todas las bibliotecas populares en todos los países, de manera que se tienen estos indicios en cuenta para proveer de libros en proporción a las bibliotecas populares, a fin de que no permanezcan como capital parado

en sus estantes, libros de ciencia, por ejemplo, si se ha cargado la mano en los de esta clase.

¿Podremos saber qué gusta leer el público de San Francisco de California, gente despierta, ocupada en negocios, buscando en los libros solamente pasatiempo y solaz? Veamos la estadística de la Biblioteca Mercantil, igual a ésta en su objeto y sistema. Un setenta y cuatro por ciento de los libros pedidos fueron de novelas y lectura juvenil.

Biografía e historia, nueve por ciento.

Viajes, tres por ciento.

Ciencias y artes, cuatro por ciento.

Literatura, seis por ciento.

Los registros de nuestra biblioteca popular dan cifras casi iguales: Ciencias y artes, cuatro por ciento. Viajes, seis décimos por ciento. Historia, tres y medio por ciento. Literatura, nueve por ciento. Novelas, ¡ochenta y tres por ciento!

Vése que estamos mucho más arriba de los californianos en las obras de imaginación, de que ya tienen autores famosos en Europa, como Mark Twain y Bret Hart, que han creado un género nuevo, com el de Fenimore Cooper con los indios, con los aventureros audaces que trajo el descubrimiento del oro. Las bibliotecas populares de París nos han suministrado datos que nos permiten comparar con los nuestros, para ver de qué lado se inclina la mente del pueblo en cuanto a lecturas. Tenemos, sacando la cuenta de los libros leídos en el año, que el pueblo de París se ha ali-

mentado con un *cincuenta y cinco por ciento* de novelas; diez por ciento de ciencias y artes; viajes, nueve por ciento; historia, ocho por ciento; literatura, diez por ciento. De lenguas extranjeras hay 1520 pedidos; en San Francisco 3600; y en Buenos Aires 1815, en distintos idiomas; de manera que somos en nuestras lecturas más políglotas que los parisienses. Un incidente pone en mis manos otro dato curioso.

Encargóse al profesor Greenwood, de la ciudad de Kansas, investigar qué clase de libros leían los niños de escuela; y acaba de presentar un interesante informe a este respecto. Ocho meses había consagrado a la tarea que se le imponía, examinando durante aquel tiempo 1371 niños y 1506 niñas; total 2877 en todo. Encontró que el 38 por ciento de lo libros que leían eran novelas, cerca de once por ciento, viajes y aventuras; ocho y medio por ciento historia, y nueve y medio por ciento biografías. En todo diez y ocho de lo que puede llamarse historia; ocho por ciento, ciencias; dos por ciento literatura y ensayos; cerca de doce por ciento, poesía (catorce por ciento literatura), ocho por ciento misceláneas y once por ciento literatura mala. Averiguando más, se encuentra que 432 niños habían leído uno o más números de un sucio papel de *Sport*, publicado en New York, en otras palabras, que uno en cada cinco alumnos, era un constante o accidental lector de aquel papelucho. En cincuenta y siete salas de escuela, se encontraron

niños que lo leían; en nueve no tenía lectores. Cuando se les interrogaba, contestaban unánimemente que no debían venderse tales papeles a los niños, y decían que los leían porque había muchas peleas y muertes en ellos. Yendo de unos salones a otros, encontré, dice, "que había muchos niños "que no leían absolutamente libros de ningún género; otros, además, que no leían sino los más "insignificantes. Todos se mostraban ansiosos de "leer, y los maestros dispuestos a ayudarles. Cientos y miles los compadecen; pero no es compasión lo que necesitan, sino ayuda, y ésta, inmediatamente. Un día el legislador se ocupará de "estos hijos de cualquiera. Lo esperamos al menos".

He aquí un hecho curioso. Kansas es una ciudad de reciente creación en un territorio, y las escuelas no tienen bibliotecas aun, como en los Estados de New York y Massachusetts, donde disponen de millón y medio de libros.

Los niños curiosos leen lo que les cae a la mano; y sin embargo, sólo leen treinta y ocho por ciento de obras de ficción, mientras que los adultos aquí leen un ochenta y tres por ciento, y en California sesenta y tres. Los niños allí leen más historia que nosotros, más viajes y más literatura. En estos ramos se muestran a la par del público parisiense; y si éste les excede en el consumo y apetito por novelas, es que la novela en París es la literatura palpitante y viva, la novedad del día, el asunto de la crítica, de la conversación, del es-

cándalo y de la admiración pública. El parisiense vive del drama y de la novela. Es él protagonista y hace coro, como en la tragedia griega.

Una novela de Dumas pone en movimiento la sociedad; una de Zola levanta un grito de indignación primero, y después para más escandalizarse, se hace una nueva edición de *Nana*, y no bastando al pedido, otra, y en un año más de *cien*, hasta resultar que ningún libro en país alguno, ni en los pasados tiempos, circuló con más profusión, quedando el autor millonario, fruto de su audacia, y reconciliado con el público.

Aun así, con todas aquellas excitaciones febriles que remueven la mente del pueblo más inteligente y más espiritual del mundo, si no se exceptúa a los antiguos atenienses, París no lee la cantidad de novelas que nuestro público, y puede decirse por los datos estadísticos comparados de todas las bibliotecas, que el público de Buenos Aires es el que lee más novelas en el mundo, si no fué Mileto de los griegos antiguos, que inventó los cuentos milesianos. ¡Qué enseñanza nos suministran aquellos datos comparados! Debo hacer notar un hecho que creo que sólo a mí, por mis estudios escolares, me es conocido. Hemos visto que los niños de la escuela de Kansas City, leen en la escuela libros de historia, de viajes y de ciencias, en mayor número que nuestro público adulto. Hemos dicho de que las escuelas públicas de los Estados del Este, están todas dotadas de bibliotecas para uso de los ni-

ños, redactadas especialmente en Nueva York para su objeto, o compuestas las bibliotecas en Massachusetts, de las obras *standard*, de la literatura inglesa, para educación de los niños.

En Buenos Aires, que es donde la niñez es más desenvuelta en América, los niños de escuela no leen libros de ningún género, mientras están en la escuela. Algunos leen los diarios. Uno por mil, como un *petit prodige*, habrá que desenvuelva la pasión de leer desde chicuelo. En Chile sucede lo mismo: los niños no leen hasta la adolescencia. Estudian en sus textos, y los estudiosos consultan libros de referencia. En las provincias de uno y otro país, sucede peor; de manera que puede asegurarse que la inteligencia del hombre está paralizada en América en cuanto a atesorar datos y conocimientos, hasta la adolescencia; principiando entonces a moverse, atraída primero y casi exclusivamente, por lecturas de ficciones, de cuentos fantásticos que excitan su imaginación, como el espumoso champagne nos alegra un momento, dejándonos caer en seguida en el mismo estado en que nos encontró, si no es con un dolor de cabeza más.

¿Qué deducción sacaríamos de la comparación de la clase de alimento intelectual que reclama el público en las cuatro ciudades comparadas?

Una muy triste para nosotros, y es que la masa de la población nuestra, — pues no hemos de contar la parte selecta que hace estudios profesionales, — está en los comienzos de la vida intelectual,

leyendo casi exclusivamente novelas y literatura fugitiva, con escasísimas incursiones en el campo de la historia y de las bellas artes. Las cifras son irrefutables. Lo más notable es que los niños de las escuelas de la ciudad de Kansas, tienen la inteligencia más desenvuelta que nuestros cerebros, pidiendo más historia, más ciencia, más literatura.

¿No será este un indicio de que la mente popular del pueblo norteamericano está más desenvuelta, más nutrida de nociones y de datos que la de otros pueblos, de manera que el niño sabe más que el adulto nuestro, y pide nutrición más robusta? Ya lo he hecho notar antes; nuestros niños no leen en general, ni bueno ni malo, lo que hace perder seis años o más de la vida para atesorar, si no es que deja el hábito para la edad adulta de buscar en otros excitantes y otros estímulos la absorción de las actividades y horas superfluas de la existencia.

Otros datos más nos van a dar más severas lecciones en cuanto a sondear la profundidad de la casi hereditaria falta de lectura.

LA BIBLIOTECA PÚBLICA

Ya veis, señores, de cuánta utilidad viene a ser una biblioteca popular, que así como así, pone siquiera en actividad la imaginación, cuando más no sea preparando y adiestrando el cerebro para el uso diario de las facultades mentales, a fin de atesorar

datos y conocimientos. El hecho de que la biblioteca popular ha venido a poner en actividad la inteligencia por medio de la lectura, es hecho tan luminosamente demostrado, que puede decirse que ha operado una revolución. Pero no dejaré pasar la ocasión de comprobar el aserto, porque nuestra falta de estudio y atención a los hechos que se producen a nuestra vista, hace que vivamos en medio del error, y nos contentemos con palabras *qui stuperet in titulis et imaginibus*.

¿Quién no se ha sentido halagado con el nombre de la Biblioteca Pública de Buenos Aires? Es una gran biblioteca; contiene 33.000 volúmenes, nada menos; ocupa un vasto edificio; dirigiéronla siempre hombres eminentes; tiene una suficiente dotación de empleados. Hace medio siglo que sus estantes, recargados de libros en todas las lenguas, han ofrecido pasto abundante a la inteligencia de los habitantes de esta Capital. Un libro de seiscientas páginas ha sido consagrado por uno de sus dignos bibliotecarios a señalar y hacer estimar los tesoros que encierra.

Veamos qué hay de real en todo esto. Han acudido el año pasado a los salones de la Biblioteca Pública, 6.271 lectores, lo que da 21 lectores por día, sin los feriados. Estos lectores son, por lo general, estudiantes de la vecina Universidad y del contiguo Colegio Nacional. Es probable que la mitad, por lo menos, sean *habitués* cotidianos, los mismos siempre, que tienen adquirido el hábito de

pasar allí su tiempo de huelga, como otros acuden a los tribunales a entretenerse con las emociones que las causas criminales producen. De manera que 33.999 volúmenes sirven sólo para uso de trescientos lectores francos al año!

Tan seguro es este dato, que en diez años no ha subido ni bajado el número de lectores. En 1873 hubo 5017 lectores, y al siguiente año 6192. En 1882 ha habido 7271 lectores; y durante cinco años no se tomó razón de los que hubo, lo que no prueba gran progreso. Habéis visto la marcha a vapor de la Biblioteca Popular. Con 7000 volúmenes por todo caudal, hace leer 24.212 libros en el año a 1382 lectores; de manera que cada libro, a ser todos interesantes, habría sido tres veces leído al año. Ha aumentado su circulación de mes a mes, triplicándola en seis, haciéndola producir el ochenta por uno, como nuestros trigos arrojados a la pampa, cuando ha sido abierto su seno fecundo por el arado.

¿No convendrán ahora los que han dirigido aquel establecimiento, en creer que lo han esterilizado, como el avaro que esconde en guardillas oscuras su tesoro, y no lo ostenta en la delantera de su escritorio de miedo de que se lo roben?

Treinta y tres mil volúmenes han estado cerrados medio siglo, pues no habiendo entre nosotros quienes fabriquen libros y fecunden y cultiven ideas, sino en corto número, y éstos tienen sus propias bibliotecas para consultar autores, y estando la

Biblioteca abierta en las mismas horas que el público consagra a sus quehaceres, sólo van a sentarse en sus bancos los estudiantes de la Universidad y Colegios, acaso para sustraerse a sus verdaderas tareas.

Fácil nos sería demostrar que tantos tesoros y tantos miles de volúmenes, han debido ser de poco auxilio para las ciencias, ya que de ellas en general parecen ocuparse sus autores (1).

La Biblioteca Pública posee (de la Memoria pasada en 24 de Abril de 1882) 32.691 volúmenes repartidos de la siguiente manera:

Secc.	Obras	Vols.
1*—Derecho, administración, estadística, jurisprudencia, etc.	2592	6806
2*—Ciencia en general	3150	7063
3*—Historia, geografía, viajes, etc.	3322	7442
4*—Literatura, filosofía, religión	4581	9380
Diarios de gran tamaño	—	900
		32691

La estadística publicada por el Dr. D. Manuel Moreno, bibliotecario el año 1823, dió un total de 17.229 volúmenes. Hay un aumento de 15.371 volúmenes en 1882.

Las obras están en muy diversos idiomas, abundando el francés, el español y el inglés.

(1) Varios datos estadísticos de la Biblioteca Pública de Buenos Aires:

LECTORES

Año 1873	5017
„ 1876	6192
„ 1880	6953
„ 1881	7715
„ 1882	6271

NOTA. — De Abril de 1882 a Diciembre del mismo año, se han adquirido 795 volúmenes (sin contar los diarios y 282 piezas, entre planos, mapas, estampas, autógrafos, etc., etc.) que, agregados a los 32.509 forman un total de 33.405 volúmenes.

En el presente año, las adquisiciones serán más considerables, pues en virtud de la última ley de presupuesto, se han aumentado los fondos destinados a la compra de libros.

Debe tenerse presente lo que Sir John Lubbock, el eminente sabio inglés, dijo hace tres años ante la sociedad para el progreso de las ciencias, y es que éstas no existen en su forma actual sino de *cincuenta años* a esta parte. Cuando se dice que en Alemania se publican al año nueve mil obras nuevas, y en estos últimos dos años alcanzan a quin-ce mil, se dice simplemente que se está reconstruyendo todo el edificio del saber humano, y rehaciéndose los libros de ciencias naturales, de historia, de crítica, de astronomía, de geología, de geografía, etc., etc., por cuanto la mayor parte de los antiguos se han hecho inútiles, quedando muy atrás del saber y de los progresos de las ciencias modernas.

Apliquemos estos principios a la Biblioteca Pú-

blica de Buenos Aires. En 1823, D. Manuel Moreno, Bibliotecario que tomó razón de los libros que contenía la Biblioteca, halló 17.229 volúmenes. Podemos sin miedo de malograr mucho de interesante, hacer a un lado quince mil volúmenes de aquella biblioteca, por vetustos, por inútiles, por necios. Nadie lee si no es algún curioso, ninguno de esos mamotretos.

Durante el tiempo heroico federal de Rosas, y ese empezó a continuación del Informe de Moreno, no se aumentó un libro si no eran los Mensajes del Dictador, y tenemos que transcurrieron treinta años de quietud sepulcral en la Biblioteca, hasta que vinimos nosotros, sí señores, nosotros, estos viejos que despreciais, y que veis todavía aquí reunidos; nosotros vinimos en 1852, a decirle a este Lázaro: "Levántate y camina!"

Los quince mil volúmenes que adquirió desde entonces la Biblioteca Pública, y que hacen hasta 1883, el pobrísimo aumento de trescientos setenta y nueve volúmenes por año, han servido apenas para mantener vivo el interés, a introducir algunos de los libros que forman el caudal científico y literario de nuestro siglo. ¿Os imagináis, señores, el espacio que ocuparían los quince mil volúmenes que se imprimieron en Alemania, en 1881, y los 14.791 del año pasado? Pues bien, mirad esos estantes que sólo contienen siete mil volúmenes, llenad con la imaginación los que están vacíos, y no podréis colocar diez mil más, y toda-

vía quedan seis mil que produce la Inglaterra, cinco mil la Francia, dos mil a tres mil los Estados Unidos.

No hemos, pues, tenido nunca Biblioteca Pública, sino un fantasmón, que no dejaba acercarse a nadie para reconocerlo inerte, insubstancial y vetusto. El mundo se ha llenado de Bibliotecas nuevas en estos últimos veinte años, contando por centenares las que tienen más de cien mil volúmenes. ¡Qué nos vienen a hablar de Biblioteca Pública y de quince mil volúmenes adquiridos en treinta años! La Biblioteca Pública ha sido la fuente del atraso general, porque se rodeó de trabas, prescripciones y exigencias, y es fortuna que haya de salir al campo luego, entre trastones de mudanza, para que le dé un poco de aire, y no nos apeste con sus libracos, y sobre todo para que el Congreso Argentino tenga vergüenza de ostentar una Capital de República que no tiene más Biblioteca que esta pobrísima que han reunido unos cuantos jóvenes animosos.

Debo antes de decir adiós a la Biblioteca Pública, hacer constar que tuvo por bibliotecarios una serie de hombres notables que ella recibió ya formados o que los formó, y que debieron consultar sus antigüedades y documentos.

Don Manuel Moreno era un personaje distinguido de nuestra Revolución, hermano del ilustre Secretario de la Junta Provisoria y editor de las Arengas de Moreno. El doctor Segurola, que guar-

dó con amor durante nuestra edad media el depósito, como los monjes escondieron en los Conventos las Historias de Tácito y de Tucídides, entre las obras de los Santos Padres de la Iglesia. El poeta Mármol estuvo largos años en tan erudito puesto, si bien el género de sus poesías y de su oratoria no pedía gran acopio de luces.

El señor Trelles es el bibliófilo más estudioso que hemos tenido, y a sus investigaciones debe el país el conocimiento de nuestros documentos históricos, que han visto la luz pública bajo sus auspicios.

Las cuestiones de límites han tenido su ilustrada dilucidación con el doctor Quesada, gran rebuscador de documentos, e historiógrafo de la Biblioteca misma en un libro magnífico, con visita y revisión de las bibliotecas europeas; pero sin doctrina, porque no alcanzó a los tiempos modernísimos de la bibliología, ciencia nacida ayer en los Estados Unidos, y que está actualmente proyectando su luz sobre la Europa y sobre nosotros mismos en sus Periódicos, Congresos, y Revistas de Bibliotecarios y de Bibliografía.

LO QUE LEEMOS

Averiguado por tales indicios cuál es nuestro nivel popular de cultivo intelectual, hemos llegado a fijar claramente que sólo la imaginación se nutre de ficciones que la hacen sentir la vida de sentimiento, de pasión; y a la naturaleza descrita en sus

más galanos adornos, o sus más gallardas formas, el valle, las montañas, los lagos, los arroyos discurrendo por paisajes encantados. No os riáis de la novela ¡oh sabios! La novela es la vida humana, la sociedad, el ideal mismo. La Iliada, el Cantar de los Cantares, la Eneida, los libros genesiacos de todos los pueblos primitivos son novelas, en las que los protagonistas son los dioses Júpiter, Brahma, y los actores los astros, la Luna saliendo del caos a tomar su puesto en la escena del Universo. Después vienen las epopeyas de los Titanes y los Héroes que limpiaron la tierra de monstruos.

La novela es la gran maestra del pueblo, la Aurora de Guido Reni, que viene con el crepúsculo derramando rosas delante de Febo, quien la sigue de cerca cargado de los rayos espléndidos de la ciencia. Si una niña lee, sin un niño es goloso de las novelas de Verne, ese niño está salvado, y aquella niña será más coquetamente elegante, o más elegantemente coqueta.

Pero vamos a aplicar el termómetro a esta masa de novelas leídas este año por 1383 lectores. También las novelas preferidas o más leídas, deben darnos un indicio de los gustos literarios del pueblo, y de sus más simpáticas relaciones de espíritu; porque estas relaciones existen entre todas las inteligencias. De ellas vienen las diversas escuelas de la novela moralista, o clásica, o romántica, o realista, que es la que predomina hoy en Francia.

MATERIA DE LA LECTURA

Para juzgar del valor intrínseco de las lecturas, buscaremos en los registros que los Secretarios llevan de los pedidos de libros, aquellos que más leídos se notan por el número de los que los solicitan.

En materias científicas de popular novedad, en la época presente, no tenemos de Darwin, no obstante no estar completas sus obras, sino:

Darwin	24	pedidos
Flammarión (astronomía)	96	„
Figuier	49	„
Macaulay	8	„

Recordaréis que quinientos niños de Kansas leían un diario de *sport* de Nueva York, en que están registradas muchas peleas, crímenes y asesinatos, y esto excitaba el interés de los chicos. Sabréis también que a esa edad el hombre está desarrollando fuerzas físicas y es esencialmente pugnativo. Gusta por tanto de los espectáculos y de las historias de fuerza y lucha corporal.

En la masa de nuestras novelas, aparece bastante leído un autor Montepin, que abunda en descripciones del género, lo que satisface en ciertos adultos la misma propensión, y hace tan leídos en los diarios los hechos locales cruentos. No son pocos lectores, de Montepin, 527; y nótese como una

peculiaridad nuestra: que las novelas de Mme. Radcliffe, llenas de misterios, fantasmas y escenas nocturnas en las obscuridades de subterráneos, entre ruinas o en palacios góticos medio abandonados, no tienen lectores, porque no hay obscuridades, ni palacios, ni aún la creencia en duendes y aparecidos. Parece que hubiéramos nacido, con el gas o luz eléctrica en el sombrero, como la llevan los mineros de carbón.

Edgard Poe no ha tenido sino 31 pedidos.

Pero he aquí que las novelas de Dumas tienen 2463 pedidos al año. Dumas padre de preferencia. ¿Cómo vive en 1883 Dumas en Buenos Aires, cuyo apogeo es de 1840?

Se explica de suyo que haya 290 pedidos de Víctor Hugo, que llena con su gloria el mundo; pero no confirma los títulos de Ponson du Terrail, ni de Dumas a tanta circulación. Lamartine, a quien como Chateaubriand mató la frase, conserva 125 adeptos. Mme. de Genlis 113. Eugenio Sué todavía tiene 302 admiradores de sus misterios. Balzac cuenta con 226. Giaboriau merece los 426 pedidos.

Nos asombraríamos, sino sospecháramos que ha habido y prevalece una solución de continuidad en el movimiento intelectual, al ver que sean menos leídos que los autores citados y ya pasados de moda, como Walter Scott, que empieza a revivir en Francia, los autores modernos cuyas novelas gozan de universal nombradía, tales como Feuillet con

201 pedidos; Paul Feval con 161; Teófilo Gautier con 108, y nadie más que de los buenos escritores pase de cien pedidos.

Antes de proceder a mayores investigaciones, indicaremos los autores españoles que después de Dumas gozan de más popularidad. Se comprende que el idioma en que están escritos estos libros, y la población española que abunda en Buenos Aires, los hagan más buscados. Aún así, no siempre la demanda está en relación con el mérito intrínseco o la boga actual de los autores.

Pérez Escriche, figura con	1382	pedidos
Fernández y González	863	„
Pedro A. de Alarcón	485	„
M. del Pilar Sinués	471	„
Castelar	243	„
Aygalz de Izco	231	„
Blest Gana (chileno)	193	„
Carrillo	129	„
Fernán Caballero	67	„

Si sumamos todos los españoles que proveen de lectura amena al pueblo de Buenos Aires, tendremos 4034 pedidos de novelas españolas, lo que hace un buen contingente de lectores.

Ahora principia la enumeración de deficiencias en el gusto, o en el conocimiento de las lecturas que llaman la atención del mundo.

Sin salir de las novelas, Perez Galdós, español que ya se hace traducir en otras lenguas por sus

pinturas reales de las costumbres internas de España, en relación a sus ideas tradicionales, está representado por 151 pedidos. Es poco para autor tan moderno.

Julio Verne, el inventor de la novela científicamente absurda, pero de un interés y gracia inimitables, como su inmortal viaje a la Luna, o la Vuelta al Mundo en 80 días, no está representado sino por 300 pedidos.

Oigamos a un crítico inglés en una obra reciente sobre *La Novela Inglesa*, Mr. Lanier. Dicho autor llama la atención sobre el hecho importante de que la novela moderna, con la ciencia y la música, apareció en el siglo XVII, y saltando algunos eslabones de la cadena, hace que George Eliot (una mujer) siga inmediatamente a Richardson; "y aun-
"que el libro de Mr. Lanier no contenga un estudio adecuado del desarrollo de la novela, su crítica es simpática, y muchas veces elocuente. No
"gusta, sin embargo, de los últimos desenvolvimientos de la novela", dice un crítico:

"Detesta la prédica y práctica de algunos escritores modernos, y principalmente de Weitman y Zola. Sin embargo, ¿conviene a la crítica científica
"examinar toda obra literaria, por chocante que parezca al gusto, con la misma impassibilidad que
"los fisiólogos muestran al discutir los vicios humanos, o como el historiador describe la desintegración del romano imperio? Gústenos Zola o
"no, la verdad es que sus libros son hechos que es-

“peran una explicación y coordinación con la so-
“ciudad moderna. Nada se avanza con tratarlo co-
“mo si no existiera, porque ahí está. Es aspirar al
“imposible pretender como Mr. Lanier borrarlo...
“de la faz de la tierra. La crítica nada tiene que ver
“con los deseos. Las novelas de Zola muestran que
“la ciencia moderna ha de presentarse acompaña-
“da con modificaciones de novela. Nadie puede ase-
“gurar que él ha dicho la última palabra; pero el
“realismo es la ciencia aplicada a la naturaleza hu-
“mana: y aunque Zola en su violenta reacción con-
“tra novelas hechas con magníficas virtudes y la
“maldad heroica, que describe gentes con vicios vul-
“gares punto más que odiosos, su predisposición a
“lo melodramático, aunque no siempre feliz, es co-
“municativa. Esto es demasiado para hacerlo im-
“portante, aún a la vista de aquellos a quienes no
“es simpático. No olvidemos que un hombre que
“hace una cosa por primera vez, no la hace, sin du-
“da, tan bien hecha como la hará después”.

Con esta calma miran literatos ingleses, que tie-
nen por modelo de la novela, en lenguaje e ideas,
una mujer de elevadísimo carácter, la aparición de
las novelas realísticas de Zola, que han traído al-
borotado al mundo literario. De tal manera choca-
ron en París sus primeros bocetos, que sus compa-
ñeros de redacción de un diario, lo expulsaron por
no contaminarse. Siguióse una polémica apasionada
y extraña. El público quiso saber de qué se trata-
ba, y de edición en edición, de *Nana* se hicieron

ciento una, esto es, más que de Shakespeare, más que del Kempis. Imitación de Cristo, y poco menos que de la Biblia. El autor quedó inmensamente rico con pintar lo asqueroso si era real, y vive hoy en la opulencia fastuosa de un Nabab, con la consideración que el público de París prodiga al talento triunfante, como el de Voltaire, o el de Napoleón, o el de Víctor Hugo.

No nos asustemos, pues, a esta distancia, de que Zola haya dado en creer que se puede escribir de otro modo que antes. Pasado el primer furor de la lucha, sus últimas novelas son menos ásperas para el contacto de manos pulcras.

Esto nos lleva a recordar que un autor antiguo, tiene 845 pedidos de sus obras, lo que muestra que hay lectores. Es un viejo e incorregible pecador, que no se puede leer sin soltar la risa y pecar a la vez, oyéndole sus desvergüenzas. ¡Paul de Kock! ¡Qué queréis! Es leído entre nosotros más que George Sand, que Daudet, que tantos otros modernos.

Pero más inmoral que Paul de Kock es el aguardiente, cuyos vapores despiertan en el cerebro los mil romances de felicidad que duermen en nosotros, por falta de algunos miles de pesos para hacerlos efectivos.

Esta es la moral de las novelas inmorales.

Suprimen, en el afán de leerlas, horas de fastidio, de holganza, que suprimen a su vez centenares de crímenes en la vida real. Si suponéis dos millones de hombres leyendo los *Misterios de París*

quince días, habréis disminuído de la estadística criminal todas las acciones vituperables que habrían ejecutado esos dos millones de hombres y de mujeres en la lucha por la existencia en esos quince días.

¿Se diría que habíamos vuelto a la edad de oro?
¡Nada! Estaban leyendo.

La inteligencia en tanto se ha robustecido, atesorando datos y estudios, haciéndose instrumento de goces reales y sobre todo afinando las facultades de sentir.

Concluiré diciendo que una dama muy conocedora del mundo imaginario, echa de menos en los catálogos de la Biblioteca muchos buenos libros, no sin sospechar de que los encargados de comprarlos no tengan todo el conocimiento necesario para proveer de las lecturas deseadas por los lectores.

No nos preocupemos, sin embargo, demasiado de este estado de cosas. El Informe reciente de M. Dardenne, Inspector de las Bibliotecas municipales de París, observa que desde que "se ha formado el hábito de leer, los que toman prestados los "libros, pasan de lo trivial, a las lecturas serias, pro"cediendo, con la gradual apertura de la inteligen"cia y el refinamiento del gusto, de las ficciones a "un orden superior de narrativas, de viajes y aven"turas, para pasar a la biografía y la historia, y las "obras populares de ciencia, con el constante resul"tado de elevar el nivel de cultura del lector".

BIBLIOTECAS CIRCULANTES

Para tenerlas es preciso que haya pueblo. Hay pueblo y Bibliotecas Populares en alguna parte; y quiero mostrar que no son los propósitos de esta Conferencia, sueños del buen deseo.

Existen en los Estados Unidos para 50.000.000 de habitantes, 3.700 bibliotecas de más de trescientos libros, con 12.247.000 volúmenes.

Pero como los hombres viven agrupados generalmente en Provincias o Estados, ciudades y grandes capitales, nos entenderemos mejor reduciendo aquellas enormes cifras a proporciones para nosotros tangibles.

En Chicago, después del incendio, había 15 bibliotecas. No es posible calcular lo que aquella ciudad que, como el Fénix de la fábula, ha salido más bella de sus cenizas, hará en bibliotecas con el legado de tres millones de dólares que le ha hecho una señorita, su población de 750.000 habitantes y la esperanza de aumentar a diez millones aquel capital: sólo citaré un ejemplo que puede sernos útil. La Biblioteca Pública con 40.000 ejemplares, en 1875, era sostenida por 14.637 suscriptores, de los cuales más de la mitad eran mujeres; y entre ellos llevándolos a sus casas, circulaban en término medio 1322 libros al día. La biblioteca está ahora sostenida por un impuesto de uno por cinco mil de la evaluación de la propiedad.

En Boston había 31 bibliotecas sobre ramos especiales, a más de la del Ateneo, que es de grande consideración. Pero la gran biblioteca fundada por la Municipalidad de Boston, en 1842, y abandonada al público en 1875, es la que más nos interesa conocer, porque es el modelo de las Bibliotecas, que, como la de Rivadavia, está destinada a ser el padrón de todas las bibliotecas del mundo, salvo acaso las del Vaticano, las del British Museum y la de París, que son otros tantos depósitos y archivos universales de los conocimientos humanos, como se pretende que fué la tan deplorada biblioteca de Alejandría.

En 1879 tenía la de Boston 297.000 volúmenes, todos a disposición, con honorables excepciones, de toda clase de habitantes de la ciudad, enviándolos a domicilio. Digna dotación para ciudad que no tiene el doble de los habitantes de Buenos Aires, pero que lleva el nombre de la Atenas de América, por la universal instrucción de sus habitantes. Las cifras que llevo señaladas, lo prueban abundantemente. Todos leen diariamente, luego deben ser instruidos; 2590 volúmenes circulan diariamente en la ciudad, lo que da de novecientos a un millón al año. Durante los años que mediaron desde su creación hasta 1876, habían circulado 6.150.276 de volúmenes; y debemos suponer, siguiendo las mismas reglas de movimiento, que de entonces acá habrán circulado dos millones por año.

La fundación misma fué la obra del pueblo, y

de aquellas virtudes prácticas y de aquel patriotismo útil de que fué modelo Franklin.

No se pudo conseguir que la Biblioteca Pública, o el *Ateneo*, que ya existía, como aquí la Provincial hoy, o la Nacional, ¡que Dios haya! sirviesen de base a la nueva fábrica. Principió ésta en 1847, por un regalo de mil fuertes hecho por el Mayor de la ciudad, M. Bigelow. Los aficionados a la literatura española han leído la obra de Ticknor, el norteamericano que conocía nuestra lengua mejor que nosotros, y con quien apenas me atrevía a conversar yo, oyéndole sus entonaciones madrileñas, con mi acento criollo de América, que hace reír a los españoles peninsulares que hablan castellano (cuando lo saben) por nuestra supresión de la *z* y asimilación a la *s*; y la prolijidad de las *dd* en prado, *asado*, etc., que ellos se comen. Ticknor y Mr. Everet, otra celebridad literaria, ofrecieron, no libros, sino 50.000 duros contantes y sonantes para la creación de la Biblioteca.

Un Mr. Bates, residente en Londres, leyendo el primer Informe de la Comisión de Bibliotecarios, envió un giro por valor de cincuenta mil fuertes, repitiendo más tarde otro don en libros de Inglaterra por valor de igual suma.

Los hijos del famoso matemático Bodwitch, que traduciendo la *Mecánica Celeste* de Laplace, corrigieron los errores en los cálculos del grande astrónomo, donaron la biblioteca paterna con 2500 ejemplares, a más de los manuscritos. El Reverendo Teo-

doro Parker legó su docta biblioteca con 11.000 volúmenes. Ticknor dióle 3000 volúmenes, entre los cuales iban comprendidos un gran número de clásicos griegos, latinos e italianos.

El Hon. About Lawrence añadió 10.000 fuertes al fondo Bates, 4000 Miss Mary P. Townsend, y 20.000 agregados por el Hon. Jonathan Phillips, sobre 10.000 pesos que ya tenía dados. Todavía Ticknor dejó por testamento 4000 libros en castellano y portugués, con un fondo de 4000 pesos para aumentarlos. Tomás Pennant Burton, de Nueva York, añadió su notable biblioteca de libros de selecta literatura inglesa, con una colección de obras sobre Shakespeare, la más completa que existía en América, más un departamento de la primitiva literatura francesa.

Es inútil añadir que desde el principio se hacía notable la serie de espléndidos dones en libros y dinero que venían de los ciudadanos, por ser este el rasgo característico de aquella ciudad. No hace tres meses que deseando dar más ensanche a los edificios del Harvard College, que es la Universidad situada a corta distancia de Boston, en una aldea llamada Cambridge, los vecinos se cotizaron en doscientos cincuenta mil dollars, para llevar a cabo la obra.

Con tales recursos y las sumas decretadas por la Municipalidad el 1o. de Enero de 1875, fué inaugurada la Biblioteca en un edificio y local que costaron 365.000 dollars.

En 1875 tenía 223.000 volúmenes en la biblioteca central, y cincuenta y seis mil en las siete sucursales que ha extendido a los extremos de la ciudad, como brazos, para la mejor comodidad del reparto y recolección de los libros. Hoy tendrá más de trescientos mil volúmenes, con sólo cuarenta años de vida y crecimiento.

El sistema de exigir una garantía del solicitante, seguido en otras Bibliotecas, no se usa en ésta. Cualquiera persona, siendo decente, puede hacer uso de los libros de la Biblioteca. El número de lectores registrados pasa de 90.000, y casi todos vivían en 1875 y continuaban usando los libros. El buen marchante trae él mismo los libros que devuelve en buen estado. Los libros raros se leen en los salones de Bates, pues no salen del establecimiento. Excuso más detalles, que los Secretarios pueden para su gobierno consultar en el Informe Especial de la Oficina de Educación sobre *Las Bibliotecas Públicas de los Estados Unidos de América, su condición, historia y administración*. — Wáshington, 1876.

He aquí, pues, una gran ciudad en que el pasto del alma está servido como el gas que alumbraba la ciudad, como las aguas corrientes que la purifican, acaso como la fuerza motriz que se estará distribuyendo a la hora de ésta a domicilio, por alambres eléctricos, desde un motor central. Si suponemos que el teléfono se extienda en Buenos Aires a un millar de casas, no hay duda que toda persona usan-

do de una de las bocinas, puede pedir, sin otro requisito, el envío a su domicilio del libro que necesita.

¿Está lejos este día para ciudad tan grande, donde en general son tan acomodados sus vecinos? Algo puede hacerse para acelerar el crecimiento de la Biblioteca Rivadavia. Acaso venga con el auxilio del Estado o la Municipalidad, la idea de comenzar de nuevo por hacerlo mejor.

Esta es nuestra pobre historia. Los recursos actuales de la Sociedad Bernardino Rivadavia, son limitadísimos.

La institución no dará su fruto sino cuando pase de 30.000 volúmenes su capital circulante, y pueda agregar mil por año para mantener vivo el interés, con la inyección de nueva sangre que corra por las venas de este cuerpo social.

He debido presentar el ejemplo de Bóston, porque el asunto lo requiere, pues que sería vana esperanza prometerse hallar imitadores. Estos son escasos hasta en Europa. No en todos los Estados norteamericanos hay la misma largueza, porque la Nueva Inglaterra, y más fuertemente Boston, son un pueblo más bien que una reunión de familias. Un municipio es un organismo vivo, con sentimientos y alma propia.

Cuando quiere emprenderse una obra pública, se votan en la Legislatura los fondos, y por el padrón de la contribución directa, se hace el reparto. Una localidad se impone, para un objeto local; un

individuo anuncia que dará tal suma, si otro o la Municipalidad ayuda a la obra con otro tanto.

Entre nosotros no ha nacido todavía el sentimiento social; cada uno vive para sí, aunque en verdad no todos sepan qué hacerse con el dinero que se acumula en sus arcas. Supongo que en toda sociedad nueva debe suceder lo mismo, porque en California, donde hay ricos de a cincuenta millones y alguno costea un telescopio de un millón para recrear su mirada, en la noticia de las *Bibliotecas en diez principales ciudades de los Estados Unidos*, se dice de la Mercantil de San Francisco, lo siguiente: "Sin duda que el más notable acontecimiento de este último cuarto siglo en los Estados Unidos, ha sido el aumento en número, magnitud y esfera de utilidad de las Bibliotecas, que son los cooperadores de la educación. En la plena y recta expresión de la palabra, San Francisco no tiene Biblioteca Pública; pero merece especial consideración por sus librerías, por sus asociaciones... Describiendo la Biblioteca Mercantil pocas de su género, dice, son tan poco deudoras de su prosperidad y utilidad a la generosidad de sus conciudadanos. Nunca conoció una donación de libros; y lo que es dinero, ni un centavo le ha tocado de los millones que acumulan los afortunados!

"La Asociación puede congratularse a sí misma del excepcional y permanente progreso, y de la alta y sólida posición que ha alcanzado.

“Comparada la Biblioteca de San Francisco con
“las Mercantiles de las grandes ciudades, pocas las
“aventajan. En la primer década de su existencia,
“tuvo 19.000 volúmenes y una circulación de 3.371
“a 40.136 en el año. En la segunda década 33.614
“volúmenes, con 80.136 de circulación. Hoy tiene
“edificio propio, con 41.000 volúmenes. Los tér-
“minos para hacerse miembros de la asociación son:
“miembros de por vida 100 fuertes; para los subs-
“criptores, por prima de iniciación 2 pesos; y 3
“por cuatrimestre pagados anticipados. En 1875 te-
“nía 1669 miembros suscritos de buena cuenta;
“320 miembros de por vida y 78 miembros hono-
“rarios, lo que daba con otros recursos 30.000
“fuertes al año, quedando 10.000 para aumentar
“los libros”.

Creo que os habréis reconocido por la filiación de California. Esta es la misma historia vuestra.

Nadie os ha ayudado, y, sin embargo, habéis hecho el mismo camino en cinco años de existencia, teniendo la mitad ya de los libros de la primera década.

El ensayo está hecho y ha sido feliz. Está fundada y aclimatada la Biblioteca circulante; y con poco esfuerzo y la misma inteligencia y constancia, llegaréis a remontar todas las demás Bibliotecas que sucumbieron al menor soplo.

En Chile se tendió el primer alambre eléctrico entre Valparaíso a Santiago, y a los tres días fué cortado: lo reanudaron y se cortó de nuevo, y du-

rante un mes se cortaba a cada hora, hasta abandonar la empresa el Gobierno. Un mes más tarde tendiéronse de nuevo los alambres; y hasta el día de hoy nadie los ha tocado. El pueblo es así. Rompe las primeras máquinas que le van a ahorrar trabajo. Después que ha vencido, él mismo las reclama. ¡Ya están pidiendo Bibliotecas!

PROVISIÓN DE LIBROS ¿DE DÓNDE?

¿Cuál es la situación nuestra en cuanto a la transmisión de los conocimientos y la difusión de las ideas por medio de los libros?

Para mejor contestar a esta pregunta, no estaría de más echar una mirada sobre la situación de otras naciones.

Principiemos por Alemania. Háblanse en los países que forman hoy ambos imperios alemanes, varios dialectos; pero hay un idioma alemán clásico, con el que se escriben los libros, y por tanto común a todos los que leen. Es hoy la Alemania el foco del movimiento intelectual, y hace muchos años que se publican de ocho a diez mil obras nuevas por año. En los dos pasados ha alcanzado su número a quince mil. Los estantes de la Biblioteca Rivadavia, apenas bastarían para contener los libros de un año, pues siete mil que contienen, llenan la mitad de aquellos.

La generalidad de los habitantes de Alemania es

educada, lo que le da una generalidad con aptitud para leer e interesarse en las cuestiones que la crítica suscita.

Las ediciones se hacen en número reducido de ejemplares; pero un admirable sistema de gabinetes de lectura, porque no son bibliotecas, hace pasar un mismo ejemplar por las manos de centenares.

Los libros alemanes tienen poca irradiación en Europa; pero las ideas que contienen pasan luego a otros idiomas por la traducción o la adaptación. Este movimiento intelectual nos llega tarde.

El francés conserva todavía para nuestras clases educadas, al menos, la posición que ocupó el griego entre los romanos, pues que era la lengua de las letras y de la filosofía. Los libros franceses forman parte del caudal de luces de todos los pueblos de origen latino, de los rusos y de las gentes cultas de Inglaterra.

El inglés ocupa hoy, como órgano de difusión de los conocimientos, un lugar prominente por la grande extensión de la tierra que abraza su lengua y el movimiento comercial que une a todos los pueblos. El inglés hablado por dos grandes naciones modernas, tiene necesariamente una producción enorme de libros; pues los que da la Inglaterra, tienen por lectores apasionados a los norteamericanos y a los ingleses del Canadá, de Australia y de la India.

Tienen, además, los norteamericanos, acceso a los libros alemanes, por ser en algunos puntos, como

en Pensilvania, hablado como idioma vulgar, estar naturalizados millón y medio de alemanes, y enseñarse en las escuelas públicas de algunos Estados. Puede decirse que pertenece al inglés lo que llamaré literatura política. Ninguna otra nación posee sobre esta materia, mayor número de obras, ni mayor fijeza de ideas, siguiendo en esto la índole del pensamiento inglés, que mira la constitución de su gobierno como "un árbol que crece" según la feliz expresión de Mackintosh.

Con estas ligeras indicaciones entremos en nuestra propia casa y veamos lo que en ella sucede. ¿Prodúcense al año veinte obras nuevas en Buenos Aires? ¿Cuántas en el interior? ¿Cuántas en el Uruguay? ¿Cuántas en todos los Estados en que está subdividida la América? ¿Cuántas en todos los países que hablan la lengua castellana? ¿Alcanzarán a mil obras nuevas al año? Si a tal número llegasen, ¿cuántas circularán entre nosotros?

En alemán, ya lo hemos visto, circulan hasta quince mil obras nuevas por año. En francés cinco mil; en inglés, en uno y otro lado del Atlántico, como diez mil. ¿En las veinte naciones de la lengua española, menos tal vez de quinientas!

Tan reducido pábulo, añadido anualmente al apagadizo fuego intelectual que calienta nuestras inteligencias, es contrariado por dificultades que harán por mucho tiempo lenta la difusión de los conocimientos.

El libro que los contiene proviene de una opera-

ción industrial que calcula los costos y la pronta colocación de los productos. Los señores Appleton de Nueva York, exigían seguridades de colocación para tres mil ejemplares de cualquier obra en castellano si habían de encargarse de diez y siete fracciones, ninguna de ellas, no pasando de tres millones sus habitantes, puede responder de la colocación de tres mil ejemplares. Méjico, que cuenta más de diez millones, sólo es capaz de mil ejemplares, como nosotros. Mientras tanto, cuando Dickens visitó últimamente los Estados Unidos, seis imprentas emprendieron reimprimir sus obras; y la casa de Appleton había en cuatro meses vendido un millón de ejemplares de una edición popular, baratísima. Enviáronle por aguinaldo a una escritora alemana sesenta mil fuertes, en compensación de haber traducido al inglés varias de sus novelas históricas, publicadas a treinta y seis mil ejemplares, cuando el costo total de traducción, impresión, estereotipía y encuadernación sólo exigía la venta de tres mil.

¡Cuán diversa es nuestra situación! Un libro producido en Méjico o en Buenos Aires, apenas saldrá de los bordes de su cuna; y si viene de España, de donde tan pocos libros nos vienen, su consumo en América será muy limitado, aunque más general.

El impresor Rivadeneira emprendió, por un mal aconsejado patriotismo, reimprimir todos los antiguos autores españoles, y en toda España obtuvo

ochocientas suscripciones, y mucho menos en América. Verdad es que era demasiado pedir que se interesase el público en lecturas que nada de ameno tienen, de instructivo poquísimo, y sólo para eruditos alimento digerible. Si hubiera habido por entonces Bibliotecas Populares, he aquí una obra de fondo, como lo era antes la Enciclopedia del siglo XVIII.

Debido a estas circunstancias es que no puede haber en América una industria librera, pues no hay mercado para sus producciones, en las cantidades que requiere la necesidad de vender barato.

Si se imprimen diez mil ejemplares, los costos están pagados por los primeros tres mil; más el papel pesado a la romana de los otros siete mil, y un débil tanto por ciento del tirado y usura; pero si se imprimen sobre el estereotipo 200.000 ejemplares, aunque sea en diez años, el estereotipo se convierte en un capital que dará por rédito, las nuevas ediciones que el consumo exigiere.

El Secretario de la *Biblioteca Rivadavia*, interrogado a este respecto, nos ha asegurado que son pocos los libros nuevos que llegan de Europa en castellano, teniendo todos los libreros encargo de remitirles los primeros ejemplares. ¡Escaso pábulo al candil serían diez libros al mes!

Durante mi residencia en los Estados Unidos era frecuente recibir con una carta, un libro nuevo, cumplido muy en uso en aquel país; y aún aquí me llegan ejemplares así enviados de obsequio, por ser

el libro que anda en boga en el momento de escribir la carta.

TENTATIVAS FRUSTRADAS

Como los datos que cito muestran que hace años sigo con ansiedad el lento movimiento de las ideas, y examino la obstrucción de los canales que debieran seguir para llegarnos, contaré el mal éxito de las tentativas que se han hecho de abrir caminos nuevos, o desembarazar los antiguos. Sabiendo por aquellas cifras estadísticas que la producción de los libros en España misma es limitada, se quiso, por haber poca producción original, aprovechar de la *cofradía* que forman entre sí los libreros en Europa para adquirir todos los libros en castellano que se publicasen en todo el mundo, pues la librería española vive de prestado en cuanto necesita una fábrica para producirse.

En Barcelona está tomando incremento esta industria, y ya sería tiempo de que la Biblioteca Rivadavia, se subscribiese a un cierto número de ejemplares de cuanto en castellano allí se publica; porque la industria tiene muy buen ojo para escoger los libros que habrán de reproducirse.

Háblase además de libreros impresores allí, que sin perder de vista las utilidades, hacen mucho por el honor de las letras españolas, y las artes de ornato de la librería.

París es el centro principal de la producción de

libros por la baratura de los precios del papel y la mano de obra, y porque allí abundan españoles peninsulares y americanos para emprender traducciones.

Nueva York, merced al espíritu de empresa de los Appleton, y sus inmensos talleres, se ha hecho un centro de producción de libros en castellano, sobre todo de educación, abundando los literatos Sudamericanos y Cubanos, que como hablistas en nada ceden a los peninsulares. Algunos libros se imprimen en Bélgica, Londres, Leipzig, como tiros dispersos en un gran campo.

Con estos conocimientos, el gobierno argentino destinó diez mil fuertes por una sola vez, para crear una agencia en Europa a fin de coleccionar de todos los puntos los libros que se publicaran en nuestra lengua, encuadernándolos y cobrando una ligera comisión, fijada sobre el valor de librería, que es un treinta por ciento menos que el del catálogo. Consiguióse lo que se deseaba, coleccionáronse los libros en español, obtuviéronse a ciento por ciento, y aún ciento cincuenta por ciento más baratos que los que compraba aquí una Comisión que proveía a las Bibliotecas Populares, y los libros así adquiridos llegaron y se depositaron provisoriamente en la Biblioteca Nacional. Estaban, pues, las Bibliotecas Populares, de que ya había doscientas establecidas, en contacto inmediato con la producción de libros en castellano en todo el mundo, y la que estaba establecida en Olta (Llanos de la Rioja), como

la que había en Humahuaca (frontera de Bolivia), podían leer dos meses después de salir de las imprentas de Europa o Estados Unidos, "Las Maravillas" colección preciosa de libros, para lectura apetitosa, que se estaba publicando en Francia, y de que se iba traduciendo cada tomo así que aparecía.

Un obstáculo surgió de donde menos debía esperarse. Instruído el Presidente de la Comisión de Fomento de las Bibliotecas, de estar a su disposición, a los precios de compra, diez mil fuertes en libros frescos, encuadernados para bibliotecas y baratos, a fin de que los fuese distribuyendo en los pedidos que les hiciesen las bibliotecas, objetó que la ley de bibliotecas se oponía a tal introducción de libros, por cuanto era facultad de cada bibliotecario pedirlos, y obligación de la Comisión proveerlos.

Rara vez hay pecado en recibir lo que nos viene del cielo y se empeñan en que aceptemos. El que había hecho el proyecto de ley de las Bibliotecas Populares, era el mismo que se proponía hacerlas surtir a precios ínfimos, y a la aparición del libro más poderoso del espíritu y de la curiosidad. La Ley de creación de bibliotecas preveía que el Gobierno daría otro tanto de lo que remitiesen en dinero los que se propusiesen crear bibliotecas, pudiendo, como es natural, indicar los libros que preferían. Pero había monstruosidad en suponer un *derecho inalienable* de imponer la elección de todos

los libros, puesto que la mitad eran pagados por el Gobierno.

¿Qué libros pedirían de Humahuaca? Acaso los que por allí se conocen; y ya habéis visto por los libros de lectura más en demanda en Buenos Aires, cuáles serían los que de allá pedirían. Lo viejo y pasado de tiempo.

Fué preciso una conferencia entre el Gobierno y la Comisión y argüido el punto por una y otra parte, resultó demostrado hasta la evidencia que la Comisión no podía imponer a las bibliotecas su propia elección de libros, con protesta formal del Presidente de la Comisión, de no aceptar los libros sin orden expresa del Presidente de la República. No se aceptaron los libros: quedaron diez mil fuertes en libros en los estantes de las oficinas, se fueron regalando, disipando, descabalando y desparpajando, hasta que en manos del Consejo de Educación han acabado de desaparecer, porque nadie sabe hoy qué significaban doscientos ejemplares de las "Maravillas", libro insignificante para sabios y eruditos, pero que el portero sólo sabía estimar en todo su valor, por ser muy entretenidos. De estos chascos me he llevado algunos, y quiero dejar en vuestros recuerdos el más solemne de todos.

UNIDAD AMERICANA, PARA LEER

Quien no está en antecedentes sobre esta peregrina situación de la raza española en América, sin

libros y sin librerías, está expuesto a dejarse alucinar por las argucias que se opusieron a recibir libros baratos, y abrir las corrientes de libros nuevos.

No puede imprimirse una obra seria en castellano, por falta de seguridad de colocación de tres mil ejemplares en un año, a fin de que entre en cajas el capital invertido, y por tanto no puede emprenderse la traducción sin que el traductor esté seguro de obtener el precio de su tiempo, como el librero el de su capital.

El África ha sido el teatro de las más conmovedoras escenas, mediante el heroísmo de los Livingstone, los Stanley y otros, cuyas aventuras han traído preocupada a la Europa durante diez años, sin que la raza española sepa, si no es por las alusiones de los diarios, lo que tanto apasionaba al mundo, porque no se ha intentado traducir al castellano los viajes de Livingstone y Stanley, por falta de aquellas seguridades que necesitan el traductor, el impresor, el litógrafo y el librero.

La América está retaceada en veinte fracciones, a cuyos habitantes convienen los mismos libros, por hablar todos el castellano, pero que ninguna puede costear por sí. No pueden los gobiernos encargarse de hacer traducir libros; pero pudieran fomentar la producción de libros, asegurando el costo original. Como se ha visto, un libro lo pagan 3.000 ejemplares. Como la América está dividida en 15 fracciones, tocaríales a cada una unos 200 ejemplares anuales por su parte de fomento para cada li-

bro *traducido* al castellano, pues no hay que pagarles a sus habitantes propios para que piensen; y los libreros y traductores se encargarían de proveer de libros, salvada la dificultad inicial, que es el costo de impresión.

Fundado en estos antecedentes, el Gobierno Argentino presentó al Congreso una ley pidiendo autorización para ponerse de acuerdo, por medio de negociaciones diplomáticas, con los demás de América, sobre el cuánto con que entraría cada uno en un convenio, y para dar principio pedía al Congreso la facultad de invertir cuarenta mil pesos al año por su parte.

Al ir a negociar con los otros gobiernos, era necesario no partir de hipótesis sino de hechos prácticos. Sobre los cuarenta mil pesos que yo doy por dos millones de habitantes, ¿cuánto darán Chile, Bolivia por los suyos? Y el Gobierno que tal pondría, no iba a tomar de nuevo a los otros gobiernos con la idea. Había su jefe recorrido la América Española, hablado del asunto con sus prohombres y diplomáticos, teniendo a su servicio las imprentas de Appleton en Nueva York, las de Hachette en París, que nada piden sino trabajo con garantías de rendimiento.

¿Cabrían al Gobierno Argentino trescientos ejemplares de los tres mil computados?

No bien habrían llegado, cuando irían a las trescientas Bibliotecas ya fundadas, y como toda la América seguiría el ejemplo, la edición a tres mil

ejemplares, de un libro publicado en castellano en Europa, llegado un mes después a los puertos del Atlántico y del Pacífico, un mes más tarde habría penetrado al último rincón de Bolivia; porque señores, la palabra Humahuaca, que tanto he repetido, es el nombre de un pueblo limítrofe de Bolivia, en la Provincia de Salta. Pero ¡oh! este proyecto debía fracasar en grande, como había fracasado en pequeño la provisión de libros que lo mostraba hacedero. Leído en la Cámara el proyecto, y pasado a Comisión, un espíritu sagaz y atisbador descubrió que... había o debía de haber (lo que por supuesto es lo mismo)... en ello... gato encerrado, que era o podía ser un negocio del Presidente para proteger... y el proyecto fué encarpetaado en la Comisión, de donde no saldrá nunca. ¡Ahí está!

Todavía otro hecho, y concluiré con este punto de la provisión de libros.

Un Ministro de Instrucción Pública, hallándose al entrar en funciones con una Comisión para enviar libros a las Bibliotecas, y otra para proveerlos a las Escuelas, y con un depósito de libros, llamado Biblioteca Nacional, proveyó lo conveniente (es decir, lo inconveniente) en materia de Escuelas, y nombró Bibliotecario para la Biblioteca Nacional, al primer muchacho que le recomendaron. El decreto ordenaba tomar nueva casa para el agrandado establecimiento, y al ordenarlo decía: "trasladar Consejo y Biblioteca".

Trasladóse el Consejo a oficinas que se encontraron adecuadas para sus funciones. Pero no es fácil hallar en Buenos Aires, de la noche a la mañana, local para una Biblioteca. ¡No se encontrará hoy uno en toda la redondez de la tierra! Todas las Bibliotecas del mundo están en un edificio que se llama la Biblioteca. Vastos salones; grande provisión de luz; estantes y armazones hechos sobre la medida y dimensiones precisas del edificio y número de libros que contienen, o habrán de contener.

Se encontraba casa para el Consejo, pero para Biblioteca ninguna adecuada había, sino es el *Coliseo* que fué medido, calculado, codiciado, etc. En fin, se encontró con los salones de lo que es hoy Biblioteca Rivadavia, y un bendito propietario que al construir el teatro *Variedades*, dejó esos vastos salones, los únicos en Buenos Aires adaptables para Biblioteca Pública, pues las Bibliotecas no pueden tenerse en desvanes y sobrados de caserones viejos. Una Biblioteca es una institución y no un anexo. Un Ministro sí que es un anexo. Un Superintendente no es un anexo.

El encargado de la ejecución del Decreto que mandaba buscar local para el Consejo y Biblioteca, entendía que las palabras dicen lo que deben decir, y no lo que la estupidez lea literalmente. Consejo y Biblioteca no decía dos reos inseparables, acollarados con una. Y, sino dos cuerpos de naturaleza distinta que debían cada uno tirar para su lado y funcionar según sus objetos. Había hallado

en este local de la de Rivadavia, más de lo que podía apetecerse, que era la base de la gran Biblioteca Popular de la Capital, con circulación a domicilio.

Con aceptación del Consejo que lo hizo venir el Superintendente a este local mismo, se ordenó y contrató la construcción de los estantes que habían de completar el servicio de la Biblioteca, esperando su terminación para proveer lo conveniente, que era nada menos que echar las bases de una Biblioteca Popular circulante.

Excuso referiros todos los aspavientos que hizo un patriotismo que había estado ocioso *cincuenta años*, como aquel pudor arisco de solteronas flacas y angulosas de sesenta, que los ingleses llaman una *spinter*. Argüíase, como el caso de los libros traídos para las Bibliotecas Populares, que el decreto decía trasladar a una casa *Consejo y Biblioteca*, y el Superintendente, sin respeto, por la conjunción. Y del texto sagrado, había tomado DOS!; pero lo que había en realidad, es algo parecido a lo que se insinuó a la Comisión de Cámara, sobre la destinación de aquellos 40.000 pesos.

Se sospechó y dió por cierto y averiguado que el Superintendente había hecho cesión de los libros de la Biblioteca Nacional a la Rivadavia, cuyo nombre empezaba a ser malsonante a oídos federales, no obstante que la Biblioteca había sido abierta bajo los auspicios del Presidente Avellaneda, con el centenario de Rivadavia, a que concurrió todo Buenos Aires para dar sanción al pensamiento.

Serenada la tempestad, supe por los señores miembros de esta Sociedad, que todos los embarazos suscitados provenían de llamarse de Rivadavia!

Así se hace la historia argentina.

Aconsejé entonces llamarle: "Biblioteca del Municipio" para no espantar la caza; pues los que más necesitan leer son los enemigos de Rivadavia. Lo son por *falta de ignorancia*, como dice el vulgo en Chile.

Apelo al testimonio de los señores de la Comisión, Agote, Lamas, Seguí y a los señores Secretarios para asegurar que nunca prometí nada, que tuve separada y deslindada la parte *nacional* de la popular de la Biblioteca, y lo que es más, que rara vez vine, ni me entrometí en el régimen de una ni de otra Biblioteca, pues cada una de ellas estaba confiada a sus funcionarios respectivos.

Hecha esta declaración, diré ahora que tenían razón aquellas almas benditas en sospechar que algún designio torcido abrigaba yo al traer la Biblioteca, llamada nacional por ironía, a ponerla al lado de la de Rivadavia. Sí: abrigaba el siniestro designio de hacer que hubiese con esa cabulería reunido elementos con que formar una Biblioteca de apariencias decentes como ya ésta tenía: pero una Biblioteca que contuviese cuarenta o sesenta mil libros, sin lo cual ninguna colección pública, si no son especiales, merece el nombre de tal. Sí, señores, me avergonzaba y me avergüenzo todavía de la situación de nuestro país, no sólo en las Provincias

sino en la Capital de Buenos Aires, que carece aún de una Biblioteca pública y no la tuvo nunca, pues como lo habéis visto por el movimiento de la de Buenos Aires, formada de libracos anteriores a 1826, cerrada por la barbarie hasta 1853, y si bien alumbrada en treinta años con quince mil libros nuevos, esterilizada para la instrucción del público, por sus reglamentos conservativos de la polilla, circunscripto su uso a las cien personas, que requieren para trabajos eruditos sus datos, y para estudiantes que hacen la rabona y la frecuentan por pasatiempo. ¡Para el público nada! La Biblioteca Nacional en aquel andar buscando el árbol donde debía ahorcarla el Consejo, o el muladar donde arrojarla, ha acabado por repartirse entre porteros y mozos de servicio algunos libros, descabalarsé casi todas las obras, donarse por orden de los Ministros los duplicados (alguna vez por carretadas) y últimamente ha acabado en los cuarteles y maestranzas, que solía ser en otros tiempos el peligro de las Bibliotecas y archivos destinados a *hacer cartuchos*, único servicio digno de la Patria.

Tengo que confesar mi humildad, diré mejor mi codicia, cuando aconsejé a la Comisión aceptar unos duplicados que le obsequiaba el Ministro al sacar en triunfo sus libracos descabalados de los estantes de la Biblioteca Rivadavia que veis viudos ahora.

En materia de enriquecer las Bibliotecas, no debiéramos ser difíciles como aquella Comisión que

no quiso admitir diez mil fuertes en libros, o como aquel Consejo que se montó a caballo en la conjunción y hechos uno e indivisible como la República Francesa el Consejo y Biblioteca del decreto consabido. Nada quedó de los diez mil fuertes; nada queda de la Biblioteca Nacional, si no son depósitos de documentos, como no queda nada de las doscientas bibliotecas populares que hubieron de alimentar aquellos diez mil libros frescos, aquellos cuarenta mil que debieron abrir el camino a la traducción al castellano de los libros que en nuestra época llaman la atención del mundo. ¿Por qué son buenos para nosotros sin otro examen, ni expurgatorio? Porque todas las naciones los leen, y eso basta.

Tendremos que volver sobre nuestros pasos todavía. Hemos de resucitar las Bibliotecas Populares que mató el abandono, porque la Biblioteca de San Fernando y la de Rivadavia, han probado que las Bibliotecas pueden y *quieren* vivir. Hemos de ir a la provisión de libros estimulando la traducción, pues la emigración que nos trae brazos e industria, no nos trae libros en nuestro idioma.

Los ingleses, cuan pocos son, tienen su fueguito aparte en libros; los franceses parten con nosotros los suyos por cuanto nuestra sociedad culta aprende francés para leerlos, con lo que se retarda la educación de la masa que no sabe francés; y los italianos cuya lengua es la nuestra, acabadas las palabras en *i*, tienen sus libros aparte también, no obs-

tante que sus hijos hablan esta nuestra bella lengua, y no hablarán otra, cualquiera que sea la fuerza que quiera hacerse a la naturaleza.

Para terminar mis lamentaciones sobre la situación que nos hace la lengua que hablamos, tan mal conductora del movimiento intelectual de nuestra época, como el fraccionamiento de la América Española, en pequeños cuerpos aislados, casi refractarios y sin cohesión, recordaré que en Francia, en Inglaterra y Estados Unidos, merced a la baratura y difusión de las ediciones, se vienen publicando de tiempo atrás colecciones de libros por suscripción, que difunden los más acreditados, ya conocidos, u otros nuevos, cuya edición se reparte entre los que siguen la serie.

Pertenece, entre otras, a este género, la colección *Des Merveilles* en francés, que contiene en volúmenes aparte los asuntos que más pueden cautivar la atención o la curiosidad del lector, tales como las Maravillas del Mundo, o las Escapadas de prisiones y cautiverios más maravillosas, que se vienen traduciendo al español, y no sé las que se trajeron para las Bibliotecas Populares. Hay una, llamada la Biblioteca Internacional, ya muy avanzada, también en francés, como hay, entre otras, la *Franklin square Library* de los Estados Unidos, que cada día se enriquece con nuevos libros; pero no para lectores sudamericanos.

A riesgo de abusar de vuestra paciencia, extendiéndome tanto, he querido mostraros cuán grave

asunto es el de la fundación de las Bibliotecas, y cuánto afecta al porvenir de nuestro país, para congratular de nuevo a la Comisión de la Biblioteca Rivadavia y a los animosos jóvenes que fueron los fundadores de la de San Nicolás, por la fecunda iniciativa que han tomado, recordándoles que unos cuantos buenos vecinos emprendieron salvar los pantanos invernales de San José de Flores con un ferrocarril de dos leguas, y ahora el ferrocarril escalará los Andes, con nuestros productos, como San Martín otra vez a la cabeza de nuestras legiones.



INDICE

	<u>Página</u>
<i>Grandes escritores argentinos</i>	5
<i>Las "Cuatro Conferencias" de Sarmiento</i>	9
<i>Sarmiento, por Aristóbulo del Valle (prólogo)</i>	17
ESPÍRITU Y CONDICIONES DE LA HISTORIA EN AMÉ- RICA	25
LA DOCTRINA MONROE	58
CONFERENCIA SOBRE DARWIN	123
LECTURA SOBRE BIBLIOTECAS POPULARES	170

IMPRESA MERCATALI.
ACOTTE 271 — BUENOS AIRES

GRANDES ESCRITORES ARGENTINOS

Director: Alberto Palcos

VI

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

C U A T R O C O N F E R E N C I A S

*Espiritu y condiciones de la historia
en América. La doctrina Monroe -
Darwin - Bibliotecas Populares. e*

Prólogo de ARISTÓBULO DEL VALLE

EL ATENEO

Librería Científica y Literaria

FLORIDA 371 - CORDOBA 2099

BUENOS AIRES

1928

